

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21.

NUM. 249.

LA
ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONES

Director: JOSÉ LÁZARO

SEPTIEMBRE 1909

MADRID

IMP. Y ENCUAD. DE V. TORDESILLAS

Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL CONDE DE ARANDA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU DE BARCELONES

Es este, sin duda alguna, el hombre más interesante de aquel núcleo de filántropos y reformistas que llenaron de gloria el reinado de Carlos III. De una capacidad verdaderamente extraordinaria y de aptitudes tan diversas, que se distingue como militar, hace época en nuestra historia como político, y como diplomático y economista tuvo grandes iniciativas y felices aciertos. No hay detalle en la vida de este gran prócer que pueda ser indiferente, y menos, despreciable. Y, sin embargo, apenas si de Aranda conocemos más que al hombre político, y aun en este terreno, de un modo tan deficiente como son los estudios que pueden ofrecer las parcialidades de escuelas ó de partidos.

En el castillo de Siétano, cerca de Huesca, solar principal de su linaje paterno, vió la luz D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, el día 1.º de Agosto de 1719. Con los timbres y honores de su ilustre casa, elevada desde el siglo xvi á la grandeza, le esperaban al nacer hasta veintitrés títulos de Aragón y de Castilla, todos ellos con estados ricos que producían una cuantiosa renta (1).

(1) Los condados de Aranda y Castelflorido. Los marquesados de Torres, Villamant y Rupit. Los vizcondados de Biota, Rueda y Folch. Las baronías de Garru, Sietamo, Clamora, Eripol, Trasmor, La Mata, Castelviejo, Antillón, Almolda, Cortes, San Ginés, Rabobillet, Orean y Santa Coloma de Farnés. Los señoríos de Alcadaten, Rodillar, Maelta y otros.

Apenas cumplidos los diez años, cuando su padre, el noveno Conde de Aranda, lo envió al Seminario de Bolonia, el Instituto de más fama entonces en Europa, no sólo por la sabiduría de sus profesores, sino por la variedad de sus enseñanzas. Allí permaneció D. Pedro Pablo ocho años, cursando latín, matemáticas, historia y geografía; aprendió el francés y el italiano, y habiéndose despertado su vocación por la carrera de las armas en los últimos años de su permanencia en el Seminario, se dedicó con entusiasmo á los estudios de fortificación, táctica y ordenanzas militares.

Vuelto á España, obtuvo en 17 de Junio de 1740 plaza de capitán de granaderos del regimiento Inmemorial de Castilla, hoy del Rey, del cual era su padre coronel en propiedad. Pero á los dos años falleció el Conde, y con todos los títulos y estados entró D. Pedro Pablo en posesión de la plaza de coronel efectivo de dicho regimiento.

Pronto se le ofreció al nuevo Conde de Aranda la ocasión de acreditar su vocación por la noble carrera de las armas. Era por esta época cuando emprendíamos la guerra con Austria, y el regimiento de Castilla pasó á Italia.

La primera acción seria en que se encontró el Conde fué en la batalla que tuvo lugar en Campo Santo, el 8 de Febrero de 1743, de donde, después de una sangrienta refriega de seis horas, salió herido en una pierna. Su conducta en esta jornada le valió el grado de brigadier, con lo cual llegaba á oficial general á los veintitrés años de edad. Con el ejército de Gages concurrió después á la sorpresa de Velletri y al combate de Ottagio; se distinguió en los sitios y tomas de Senavalle y de Plasencia, y en la sorpresa de Pavía. Combatió en primera línea en la sangrienta batalla de Plasencia, que costó al ejército español 4.000 vidas, y el Conde quedó gravemente herido en Génova, por cuya acción fué promovido en 12 de Abril de 1746 al empleo de mariscal de campo (1).

(1) «Capitanes generales del Ejército español.» D. Laerbo de la Pe-

El espíritu del Conde no se acomodaba bien á la quietud del reposo, y menos le atraían á España los trabajos y vanidad de la Corte. Así es que, próxima á terminar la campaña de Italia, pidió y obtuvo un año de licencia para viajar por Europa. Visitó las capitales de más renombre, abriéndole su posición las puertas en todas las Cortes y facilitándole las mejores amistades. En París fué donde más tiempo estuvo, en íntimo contacto con los enciclopedistas, llegando á tratar familiarmente á Voltaire, Diderot, Alembert, Fontenelle y á otras ilustres personalidades en la literatura y en la ciencia.

Transcurrido el año de licencia, vino á la Corte, desempeñando las funciones de gentilhombre de cámara. Por esta época (1749) se celebró con gran solemnidad su matrimonio con su prima D.^a Pilar de Silva, hija de los duques de Híjar, de cuyo matrimonio no hubo más sucesión que un hijo que falleció poco después de su nacimiento.

Su afición á los estudios militares le hicieron salir de nuevo á Europa; fué á Alemania y se hizo presentar al gran Federico II de Prusia, asistiendo á las maniobras que éste dirigió en Postdam en 1751. Estuvo meses enteros en Berlín, en Viena y en Dresde, y luego regresó á París á refrescar sus amistades de la primera época.

Poco después fué promovido al empleo de teniente general (1755) y nombrado, á instancia de su grande amigo Wall, sucesor de Ensenada, embajador de España en Portugal, cargo que desempeñó muy poco tiempo por sus discordias con el célebre marqués de Pombal, y para resarcirlo de la escasa duración de la embajada, se le confirió, al regresar á España, el collar del Toisón de oro.

Adornaron á Aranda todas las virtudes del buen militar: «valor grande, capacidad mucha y conducta buena» son las notas que se consignan en su hoja de servicios, que se conser-

zuela. De la Academia de la Historia, cap. XLVII.—J. Clonard, *Historia de la Infantería y Caballería española*.

va en Simancas (1). Sus grandes conocimientos de las ciencias militares le llevaron á la dirección de las armas facultativas de artillería é ingenieros; pero sus diferencias con el marqués de la Mina, la resistencia que á sus proyectos de reforma hacía el ministro de la Guerra, el marqués de Eslaba, y sobre todo, la advertencia de «que en lo sucesivo midiera más sus explicaciones con Mina», que recibió de orden del Rey, hirió de tal modo su extremada susceptibilidad, que en 1757 renunció á todos sus empleos y honores militares.

Retiróse el Conde á sus estados de Aragón, después á su casa de Zaragoza, donde le sorprendió la muerte de Fernando VI, ocurrida en 9 de Agosto de 1759. Hombre de espíritu inquieto y de una actividad incansable, el Conde entretenía sus ocios en una gran obra: en fomentar, con el célebre canónigo de Zaragoza, D. Ramón Pignatelli, las obras del canal de Aragón, paralizado desde la muerte de Campillo. En esto se ocupaba, cuando Carlos III, viniendo de Nápoles por Barcelona, se presentó en Zaragoza para salir al día siguiente con dirección á Madrid; pero la enfermedad del príncipe de Asturias primero, y de la reina después, retuvo allí á la familia real algún tiempo.

Bien pronto se granjeó Aranda la voluntad de Carlos III, lo bastante para que el 11 de Marzo le restituyese su empleo de teniente general y le nombrara embajador extraordinario cerca de su suegro el rey Augusto de Polonia. Las aspiraciones del Conde no eran, por cierto, la Corte de Varsovia; pero siendo embajada de familia, no la pudo desdeñar.

En Varsovia estaba cuando, á fines de 1761, llegaron á sus noticias los preliminares del desastroso pacto de familia que luego celebró Carlos III con Luis XV. Previó Aranda el rompimiento con la Gran Bratania, y despertándose en él todo el ardor de su espíritu militar, solicitó un importante cargo de campaña. Declarada la guerra, el Conde fué primeramente

(1) Examinada y citada por el señor de la Pezuela.

destinado á mandar una división del ejército que operaba en Portugal; después, por la dimisión del marqués de Sarria, quedó Aranda encargado del mando supremo del ejército, dirigiendo sus operaciones con gran pericia y gran acierto hasta firmarse la paz, en 1.º de Febrero de 1763, de que tan necesitadas estaban las potencias beligerantes.

Habiendo fallecido el virrey de Valencia, Bailio, y capitán general, D. Manuel de Sada, confirió el Rey en propiedad el mando de aquel reino y del de Murcia al Conde de Aranda en Marzo de 1764, y poco después se le promovía al último grado de la jerarquía militar: á capitán general de los ejércitos. En Valencia encontró ancho campo en que desarrollar sus grandes iniciativas; limpió de malhechores aquellos territorios, reformó los mercados, cuidó mucho de la policía de abastos, mejoró el aspecto público de las poblaciones y hasta llegó á establecer, con un orden antes desconocido, la distribución de aguas en las huertas de Valencia y Murcia.

El famoso motín de Madrid, vulgarmente «de Squilache» (10 Marzo 1766), tomaba caracteres tan alarmantes, que la guarnición no bastaba para reprimir el tropel de sediciosos, que obligaron al mismo Rey á trasladarse á Aranjuez después de capitular con una comisión de amotinados.

En circunstancias tan críticas se nombra á Aranda gobernador del Consejo de Castilla, á la vez que capitán general del distrito de la capital. Pero en esta ocasión, el nombramiento del Conde para la presidencia del Consejo no significaba «una mera sustitución de personas, sino un cambio profundo en la política» (1).

El carácter personal del Conde, su popularidad y la serie de medidas que adoptó desde el Consejo de Castilla, de este modo lo expresa y resume D. Modesto Lafuente (2):

«Hombre de carácter afable y llano, y por esto solo ya

(1) Danvila, *Reinado de Carlos III*. Madrid, 1893; tomo II, pág. 362.

(2) *Décimocuarto*, pág. 186; 1889, Madrid.

agradaba al pueblo, hízosele mucho más asistiendo á los teatros y á los toros, y dejándose ver en las calles y en los paseos en coche sin cortinas; manera de andar desusada por los presidentes, sus antecesores, ya en uso de un privilegio del cargo, de que él mismo quiso desprenderse, ya por haber estado aquella dignidad mucho tiempo desempeñada por obispos y cardenales. Los madrileños agradecían aquella especie de llaneza que no estaban acostumbrados á ver, y la autoridad que logra captarse la benevolencia y afecto del pueblo, tiene una gran ventaja para dirigirlo, y más si reúne, como el de Aranda reunía, el nervio y el vigor que se requiere para reprimir con mano fuerte los desmanes en los casos necesarios.

»Una de las primeras medidas que adoptó el nuevo presidente, fué limpiar la capital de vagos, gariteros, mendigos, cuya robustez les permitía trabajar, y mujeres de mal vivir, polilla siempre de la sociedad y gente en todas ocasiones la primera á engrosar los alborotos y á explotar los disturbios, como quien en ellos no teme nunca perder y espera siempre salir ganando. Ni aun á los eclesiásticos que carecían de empleo ó de comisión que legitimara su estancia en la Corte, les permitió permanecer en ella, sin que les sirviera de pretexto el recurso de que algunos intentaron valerse de meterse á postuladores de limosnas para santos, ermitas, santuarios, comunidades ú hospitales. Para el mejor orden y gobierno de la población, la dividió en ocho cuarteles, cada uno de ellos subdividido en otros tantos barrios, regidos por alcaldes nombrados por los mismos vecinos y encargados de la policía y de la seguridad y el orden de su respectiva demarcación ó distrito. Con esto consiguió Aranda ir restañando las heridas causadas á la sociedad por los recientes desmanes, con general satisfacción, porque se decía de él, y lo confesaban los mismos comprometidos en la sedición, que hacía justicia sin excepción de personas.»

La Corte seguía en Aranjuez, donde la habían llevado los motines de Marzo y de Abril, provocados por Squilache, al

intentar de un modo tan violento y despótico la reforma del traje nacional.

Los recelos del pueblo con el Monarca, y del Monarca con el pueblo, eran cada vez mayores, é iban creciendo á medida que se prolongaba la estancia del Rey en Aranjuez, por lo cual la vuelta de la Corte á Madrid era una necesaria medida de buen gobierno, que sólo podía llevar á cabo en aquellas circunstancias el talento y habilidad política del Conde de Aranda. Para ello tuvo la acertada idea de recabar de las corporaciones principales y la nobleza, del pueblo, Ayuntamientos y gremios, que dirigieran al Rey exposiciones reprobando los pasados sucesos y suplicándole que regresara á su capital para consuelo de su pueblo. Por la persuasión logró también que toda la gente notable adoptase la capa corta y el sombrero de tres picos, ejemplo que bien pronto imitaron la clase media y los mismos plebeyos, tan contrarios antes á aquella novedad cuando se intentó imponerla por la fuerza. Obtenida por medios tan políticos la reforma del traje nacional, renació la tranquilidad en todos los espíritus, logrando el Conde la admiración hasta de sus adversarios políticos, entrando la corte en Madrid el día 1.º de Diciembre entre los aplausos y aclamaciones de todos.

La filosofía de los enciclopedistas—dice Menéndez y Pelayo—se había sentado en todos los tronos (1). A Pombal, en Portugal, responde Choiseul en Francia; Lanucci, en Italia, y Aranda, en España, con la expulsión de los jesuitas y el abatimiento del poder de la Inquisición.

A principios de 1767, sólo se advertía en Madrid calma y alegría. El sobresalto de todas las clases de la población fué grande cuando, al despertarse en 1.º de Abril de ese año, vieron cercados de tropas todos los conventos y casas que ocupaban los PP. regulares de la Compañía de Jesús, su Colegio imperial de San Isidro, su Seminario de Nobles, sus sucursa-

(1) *Historia de los heterodoxos*, pág. 198, tomo III.

les de San Jorge y los Escoceses, su Noviciado y su Casa profesa. Se les notificó un Real decreto disponiendo que todos los individuos de la Compañía de Jesús fueran para siempre extrañados de España y sus dominios, sin poder llevar más que los efectos de su propiedad personal, y quedando embargados todos los de la orden, muebles é inmuebles. Pronto se dió cumplimiento al mandato, siendo dirigidos con buena escolta á Cartagena, para embarcarse para Italia, todos los jesuítas que residían en Madrid, cumpliéndose en el mismo día y á la misma hora igual providencia con los jesuítas de todos los demás colegios y casas conventuales de Sevilla y los otros puntos de España donde residían.

Pero, más que la destrucción de la Compañía, le interesaba á Aranda el abatimiento del poder de la Inquisición; empresa que acometió con bríos desde el Consejo, manteniendo la plenitud de las regalías del trono y reduciendo cada vez más la jurisdicción inquisitorial. Surgió por esta época una cuestión de competencia entre la Auditoría de Guerra de Madrid y el Tribunal del Santo Oficio, en una causa militar, por el delito de bigamia. El Tribunal de la Inquisición reclamaba para sí el conocimiento del asunto, por considerarlo de su competencia, y entonces apareció el célebre decreto de Enero de 1770, por el que se prohibió á la Inquisición que en adelante interviniera en procedimientos por delitos comunes; medida que se interpretó, no sólo como un triunfo del poder temporal, sino como una prueba de la resolución de la corona á combatir los abusos del Santo Oficio (1).

Estos hechos han sido los que realmente han dado popularidad al nombre de Aranda, apenas conocido y menos apreciado por sus reformas en el orden administrativo, en el eco-

(1) Del cual le escribía Voltaire: «Conservo como reliquia preciosa el decreto solemne de 7 de Febrero de 1770.» Citado por Menéndez Pelayo. *Idem* *id.*, pág. 201.

nómico, en el social, etc., que á él se deben las más importantes de las que se realizaron en aquella época.

Transformó Aranda el régimen municipal de toda España. El famoso auto de 5 de Mayo de 1766, aunque sólo se refería á los abastos de los pueblos, permitió que el elemento popular entrase en las corporaciones municipales. Para evitar á los pueblos las vejaciones que por mala administración ó régimen de los concejales padeciesen en los abastos, y que todo el vecindario supiese cómo se manejaban, se ordenó en los pueblos que llegaran á 2.000 vecinos, intervinieran, con la justicia y regidores, cuatro diputados, que nombraría anualmente el común, por parroquias ó barrios, con facultades para promover juntas en que se tratara de los abastos, y con prohibición de que las municipalidades deliberaran acerca de este asunto sin asistencia de ellos. Los pueblos de menos de 2.000 vecinos elegirían dos *diputados del común*, y donde el oficio de procurador síndico fuera enajenado, ó estuviese perpetuado en alguna familia, ó recayese por costumbre ó privilegio en algún regidor individuo del Ayuntamiento, debía el común nombrar y elegir anualmente, guardando hueco de dos años á lo menos, y los parentescos hasta cuarto grado inclusive, un *procurador síndico personero del público*, el cual tuviera asiento á inmediación del procurador síndico perpetuo, y voz para pedir y proponer cuanto conviniese al público en general. Todos los seculares y contribuyentes tenían el derecho de elegir veinticuatro comisarios en los pueblos donde no hubiera más que una parroquia, y doce en los otros, por cada una de ellas, cuyos comisarios elegirían después los diputados y el personero; y como el ser preferido para estos empleos dependía del concepto público de los individuos, se determinaba en la instrucción que dichos cargos podían recaer provisionalmente en los nobles y plebeyos, por ser enteramente dependientes del concepto público; pero servirían, á cada uno en su clase, de distinción y mérito, y se podrían alegar como actos positivos. A esta disposición, cuya trascendencia política no es posible des-

conocer, siguió la resolución de 6 de Octubre y cédula de 13 de Noviembre de 1766, separando los corregimientos de las intendencias, para que los primeros ejerciesen las facultades de justicia y policía que las leyes concedían, y los segundos se limitasen á los ramos de Hacienda y Guerra (1).

Otra gran reforma de Aranda fué la monetaria. Con ella cerró las heridas abiertas á la monarquía española con las mudanzas y arbitrios de la casa de Austria. Extinguió toda la moneda de oro, plata y cobre, la refundió y labró otra nueva con mayor perfección, y de ley y de peso muy cumplidos, dando así toda la verdad y fijeza al medianero en los cambios, y respetando como un sagrado depósito la fe de los contratos (2).

La expulsión de los jesuitas privó á España de una parte de su población, pero la misma mano que decretaba el extrañamiento de 4.000 jesuitas, compensaba esta pérdida de población con la admisión de 6.000 colonos para poblar los desiertos de Sierra-Morena.

Gran parte del resultado de esta colonización dependía de las condiciones del superintendente que se nombrara, y el Conde de Aranda propuso para dicho cargo al honrado y genial D. Pablo de Olivares, que en poco tiempo, y con un gasto de poco más de diez millones de pesetas, conquistó al desierto más de cien leguas cuadradas de territorio en el de las provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla, formando cuarenta y cuatro pueblos con más de 30.000 habitantes. Es notabilísimo el fuero ó constitución que redactó para las nuevas poblaciones Campomanes, y que forma parte de la Novísima Recopilación (VII, XXII, 3): «Es la imagen viva—dice Costa—de una sociedad ideal, tal como la concebían, dentro de las condiciones de lo posible, los repúblicos y economistas de la comunión de Aranda: sociedad sin mayorazgos, vinculaciones ni manos

(1) Danvila, *Historia de Carlos III*, tomo VI, pág. 96.

(2) *Idem id.*, pág. 259.

muertas (cap. 10); sin frailes ni monjas (77); sin doctores (75), y con escuelas primarias de asistencia obligatoria (74); sin oficios de república perpetuos y enajenados, sino temporales y de elección, y de elección popular (14); sin ganaderos que no fuesen labradores, ni labradores que no fuesen ganaderos (67-76), y con viviendas diseminadas por los campos, formando cada labranza coto acasarado (71), no estando permitido juntar, ni aun por causa ó con ocasión de matrimonio, dos ó más de estas haciendas ó labranzas (62)», coronando á esta hermosa creación de Olavides, Campomanes, y sobre todo del gran Aranda, el éxito más completo (1).

El gran número de diversas contribuciones que componían el sistema tributario (las rentas provinciales, alcabala, ciento y millones, fiel medidor, velas de sebo, jabón, etc., y así hasta treinta y seis diferentes), no sólo producía confusión y embarazo para la cobranza, sino que se prestaba también á reprobados manejos. La desigualdad en los repartos era notoria; las exenciones, muchas. La alcabala arruinaba á la agricultura, y los millones encarecían los artículos de primera necesidad, las materias laborables y los jornales, etc. (2).

Aranda recogió toda esa derrama de impuestos y los refundió en una *contribución única*, que no era sino un impuesto general sobre la renta de 3 rls. y 4 mrs. por cada 100 rls. de las utilidades líquidas de las tierras, de las industrias y del comercio (3). Esta forma de imposición se decretaba en España en 4 de Julio de 1770, adelantándose con ello Aranda al pensamiento de Pitt, que en 1789 decretaba una forma de imposición parecida en Inglaterra, el *Income-tax*, que con tanto éxito llega á nuestros días.

A Aranda, por último, se le debe el primer censo de la población, después del que formaron los Reyes Católicos, ofre-

(1) Cota, *Colectivismo agrario*. Madrid, 1898; pág. 118.

(2) *Historia Administración*. Cos Gayón. Madrid, 1851; pág. 227 y 257.

(3) *Diccionario Hacienda*. Canga Argüelles.

ciendo un resultado en la España peninsular de 9.159.992 habitantes en 1768, y el establecimiento de las contadurías de hipotecas, precedente inmediato del régimen hipotecario vigente.

Sus diferencias con el marqués de Grimaldi, en la gran cuestión de las Malvinas, determinaron su salida del poder, nombrándosele, según su deseo, embajador de España en Francia en el mes de Junio de 1773.

La política de Carlos III en el exterior fué en un principio la misma de su hermano: de una absoluta neutralidad entre Inglaterra y Francia. Cambió luego, y un Rey tan prudente en la administración interior de sus pueblos no supo calcular los males que necesariamente había de acarrearlos el sostener con Francia la rebelión de las colonias del Norte de América frente á Inglaterra, y el funesto pacto de familia lanza á España por segunda vez, en 12 de Abril de 1729, á la contienda que con Inglaterra emprendió Francia para favorecer la independencia de las colonias del Norte de América.

Feliz momentáneamente aquella lucha para la casa de Borbón, por el éxito de algunas operaciones, aunque tan desastroso para España, por sus consecuencias, fué el Conde el único plenipotenciario en nombre de España para las negociaciones de la paz. Trasladóse á Londres, y después de muchas conferencias con el de Inglaterra, no consiguió su empeño por la restitución de Gibraltar, que era el principal punto de sus instrucciones. El Conde de Aranda predijo entonces la pérdida inevitable de nuestra América, como consecuencia de la imprudente guerra que se había hecho, y para atenuar sus malos efectos propuso la erección de tres reinos, Méjico, Perú y Costa Firme, para tres Borbones españoles.

En Londres perdió Aranda á su primera esposa, D.^a Ana María Pilar de Silva, el 24 de Diciembre de 1783. Los anhelos de tener sucesión apresuraron su segundo matrimonio con su sobrina, D.^a María Pilar Fernández de Híjar de Silva y Aranda, que se celebró en 14 de Abril de 1784. Y habiendo

manifestado al Rey su deseo de regresar á España, fué sustituido en la embajada de París por el Conde de Fernán Núñez.

La caída de Floridablanca llevó de nuevo al Conde, ya de setenta años, al Consejo de Estado. La primera providencia que tomó fué la de suprimir la Junta de Estado, creada por Floridablanca, que, en sentir del Conde, debilitaba la autoridad y prestigio del Consejo de Castilla, ya que se había formado segregando algunas funciones á éste.

Pero el paso de Aranda por el poder en esta época fué muy breve y además lleno de infortunios. La sinceridad y franqueza de su carácter, que como buen aragonés poseía en alto grado, le costaron en esta ocasión, primero, su caída; después, el destierro.

Es autorizada tradición que cuando Godoy fué elevado á la grandeza, hizo al Conde la visita de estilo como presidente del Consejo de Castilla. Y según uso entre los grandes, le dirigió la palabra tuteándole; habiéndole Aranda contestado con el usted, se sorprendió Godoy, y le preguntó de qué manera había de tratarle. El Conde le replicó *que con tal que fuera de igual á igual, como quisiera*.

Sea ó no cierto este encuentro con Godoy, lo cierto es que cuando más se aferraba el Conde en moderar las exigencias del embajador de la revolución, Bourgoing, fué llamado Aranda á palacio, y con expresiones lisonjeras le significaron SS. MM.—dice Lafuente—su voluntad «de que, en atención á su avanzada edad, se retirara á descansar de los negocios públicos. Poco después fué enviado el ministro de Marina, D. Antonio Valdés, á su casa á comunicarle de oficio que había cesado en el desempeño del ministerio de Estado (15 Noviembre 1792), bien que conservándole todos sus honores y el sueldo de decano del Consejo. Y fué Godoy, joven de veinticinco años, quien reemplazó al anciano de Aranda.

Conservaba la importante plaza de decano del Consejo de Estado, y asistía regularmente á sus sesiones. En una que presidió el Rey, el 14 de Marzo de 1794, se leyó una exposición

de Aranda, insistiendo más que nunca en su constante parecer contrario á la guerra con Francia. Impugnóla Godoy, ya capitán general de los Ejércitos, con expresiones tan duras, que hirieron la natural irritabilidad del Conde, originándose de aquí un altercado en que tuvieron que interponerse los consejeros para serenar á los dos contendientes. Acordóse que el desagradable incidente entre Aranda y Godoy quedaría reservado en el Consejo; mas todos consideraron, como consecuencia del acalorado debate de aquel día, el destierro que inmediatamente se siguió del Conde de Aranda (1).

No había transcurrido una hora después de terminada la sesión del Consejo, cuando se le presentó un escrito con una Real orden mandándole salir para Jaén en término brevísimo. Púsose en camino para Jaén, donde llegó á los cuatro días. De Jaén mandósele trasladar á Granada. De aquí fué á Alhama para tomar las aguas minerales, y después á Sanlúcar de Barrameda, cuyo clima le aconsejaron. Pero viendo que no se reponía, solicitó y obtuvo del rey permiso para trasladarse á su palacio de Epilu, donde, ya viejo, achacoso y postrado por el asma, falleció en la madrugada del 9 de Enero de 1798.

El Conde de Aranda no dejó sucesión de ninguno de sus matrimonios, y su viuda casó en segundas nupcias, en 1808, con D. Francisco Fernández de Córdoba, barón de Erpés, y luego capitán general de los Ejércitos.

De este gran patricio, promovedor de todas las reformas de progreso moral y material que llenaron de esplendor el reinado de Carlos III, sólo cabe repetir el epitafio que años después de su muerte se colocó sobre su sepulcro: que «la patria lo llora y lo bendice agradecida».

FRANCISCO ESPINOSA Y GONZÁLEZ-PÉREZ

(1) Sobre este incidente hay versiones muy diversas. La consignada es la del Sr. Lafuente. Don Andrés Muriel sostiene una versión contraria, atribuyendo á las palabras del Conde el motivo de tan desagradable incidente.

LOS PRIMITIVOS PINTORES ESPAÑOLES

LOS ITALIANISTAS DEL TRESCIENTOS

La Exposición retrospectiva de Zaragoza puso de manifiesto un gran cuadro, de fondo de oro, que es un monumento histórico.

Un rey y una reina, acompañados de un príncipe y de una princesa, donantes minúsculos, están arrodillados á los pies de una Virgen que amamanta al Niño, sentada en un cojín, y á la que unos ángeles adoran, inclinados en su vuelo inmóvil. La tabla está perfectamente conservada. Con sus figuras dulces y finas, sus colores claros y preciosos (1), sus oros impresos y labrados, tiene el aspecto de un retablo italiano del *Trecento*. Sin embargo, no pudo ser pintado en Italia. El rey, cuyo nombre—Enrico Rege—ha sido torpemente borrado al pie del cuadro, no es otro que Enrique de Trastámara, el bastardo que combatió á su hermano el rey de Castilla, Pedro, llamado el

(1) El manto de la Virgen es del más bello azul de Ultramar; está adornado con pájaros, ligeramente pintados de amarillo; el forro del manto es de esa lana llamada de Florencia en los siglos XIV y XV. Las dalmáticas de los ángeles, los justillos del rey y del infante, el traje de la reina y el de la infanta son de un tono anaranjado, sobre el que juega un puntillado de oro. El traje del Niño es de oro.

Cruel, con ayuda de Duguesclín; al principio, vencido y obligado á refugiarse en Francia, venció luego, y reinó, después de haber mancillado sus victorias con un cobarde é inútil fratricidio, en el que tuvo por cómplice al personaje bretón, su aliado.

La identidad del rey representado á los pies de la Virgen es cierta. Haciendo juego con las armas reales de Castilla y de León, pintadas en uno de los ángulos superiores del cuadro, se ve el escudo de la reina Juana, mujer de D. Enrique II é hija de un noble castellano, D. Fernando Manuel, señor de Villena. El infante, arrodillado á la izquierda de su padre, es el príncipe que llevó la corona de Castilla con el nombre de Juan I; la infanta es doña Leonor, que se casó con el heredero de la corona de Navarra, el que había de merecer, en el transcurso de un largo reinado, el sobrenombre de Carlos el Noble.

El cuadro en el que están reunidos estos retratos de la familia real de Castilla, fué encontrado, no en tierra castellana, sino en una capilla de una miserable aldea de Aragón, Tobed, no lejos de Calatayud. Lo adquirió hace poco un anticuario, y lo cedió casi en seguida á un notable coleccionador de Zaragoza, D. Román Vicente.

¿Cómo estos retratos reales pudieron ser colocados en un altar fuera del reino en donde reinaba el donante del cuadro? La historia misma del rey Enrique puede dar materia á estas conjeturas (1). Cuando el conde de Trastámara se puso en campaña contra su hermano D. Pedro, partió de Aragón. Volvió á Aragón como fugitivo, después de la batalla de Nájera, en la que se encontraron presentes en los campos de los dos hermanos, Duguesclín y el Príncipe Negro. Enrique fué acompañado en su huída por un caballero de una noble y poderosa familia de Aragón, Juan de Luna, el que fué más adelante anti-

(1) Una parte de estas conjeturas me fué sugerida en las conversaciones diarias, en las que tuve el placer de tomar parte en Zaragoza, durante tres semanas, en el gabinete del sabio canónigo D. Francisco Moreno, organizador de la exposición retrospectiva, y en donde varios eruditos de la ciudad me comunicaban graciosamente sus observaciones.

papa en Avignon. Cuando el pretendiente hubo llegado á Francia, la reina Juana, que no se sentía ya segura en Burgos, tomó apresuradamente el camino de Zaragoza; acompaña el arzobispo de esa ciudad, Lope Fernández de Luna, que se encontraba cerca de ella como enviado de la corte de Don Enrique.

El pueblecillo de Tobed, en donde fueron encontrados los retratos del rey y la reina de Castilla, está próximo á la frontera. Enrique, quien después de su derrota bajó de Nájera hacia Soria para entrar en el reino de Aragón por el camino de Calatayud, ¿se detuvo en ese pueblecillo? ¿Rezó en la capilla en donde fué colocado el cuadro? ¿Es este retablo un exvoto, recuerdo de los tiempos de angustia? Hay que cuidar de no hacer del cuadro real un tema de novela histórica. Para atenerse á los hechos, es cierto que Tobed formó parte de los inmensos dominios de la familia de Luna; es muy probable que la presencia del cuadro del rey Enrique en un pueblo de Aragón deba explicarse por las estrechas relaciones de ese soberano con los Luna.

La historia exacta de ese cuadro no se conocerá nunca, indudablemente. En cuanto á su fecha, se encuentra comprendida entre las de la batalla de Nájera (1367) y de la muerte de D. Enrique (1379).

* * *

Ahora bien; en 1378, si se cree á Vasari (1), fué á España, atraído por mercaderes que habían ido á Florencia para negocios, un joven pintor florentino, Gerardo Starnina. Entró al servicio del rey de aquéllos, é hizo una pequeña fortuna en su país, «en el que había penuria de buenos pintores». Un documento auténtico prueba que volvió á Florencia en 1387. Es ci-

(1) *Ed. Milanese*, t. II, págs. 5-15.

tado por última vez en 1408 (1). Los frescos que pintó en el claustro del Cármine—una historia de San Jerónimo—mostraban detalles pintorescos y familiares que parecían anunciar el tiempo de los Filippo Lippi y de los Ghirlandaio, al lado de costumbres á la española que recordaban los viajes del pintor. El nombre de Starnina estuvo en boga en Florencia hasta el apogeo del Renacimiento, como el de su maestro, que hizo obra de innovador y formó discípulos tales como Masolino de Panicale.

Los frescos atribuidos á Starnina por Vasari, han desaparecido por completo. No queda de este pintor, cuya historia interesa á la vez á Italia y á España, sino la página de los *Vite*. Aun ésta no se la debe citar sin reservas: Vasari, al escribirla, no hizo otra cosa que desarrollar un escrito anónimo de la primera mitad del siglo XVI, que era como un ligero esbozo de un libro inmortal. Este escrito es conocido por varias redacciones manuscritas que están hoy publicadas (2). Confrontando el texto de Vasari con sus fuentes, se ve que no se ha privado de alterarlas al capricho de su verbo, y particularmente en lo que concierne á Starnina. Omite, al hablar de los viajes del florentino, una indicación preciosa del primer compilador: el pintor, según éste, fué á España y á Francia, y pintó en sus frescos de Toscana trajes de estos dos países. No sería inútil conocer el itinerario seguido por el florentino, y determinar si pasó de España á Francia ó de Francia á España; pero ni siquiera sabemos en qué región de España trabajó ni para qué corte.

Cierto es que Cean Bermúdez escribió en 1800, en su famoso *Diccionario*, que varios españoles, que se encontraban en Florencia, propusieron á Starnina que fuera al servicio del rey

(1) *Rivista d'Arte*, Enero 1905. V. Venturi, *Storia dell'Arte italiana*, t. V, pág. 835.

(2) Véase *Il libro d'Antonio Billi*, ed. Frey., pág. 14; y el apéndice del libro clásico de C. Von Fabriczy, *Filippo Brunelleschi*, págs. 486-487.

«de Castilla», y añade: «El pintor fué á España, en donde el rey Juan I (el hijo de Enrique II) le acogió bien y le dió un salario digno.»

La afirmación era precisa: ha sido reproducida hasta aquí por los críticos. Sin embargo, Cean Bermúdez tuvo cuidado de citar á sus autores, que son Vasari y Baldinucci, el cual copia á Vasari; añade que no pudo encontrar ni huella ni recuerdo de Starnina «en Castilla». Es preciso, pues, olvidar lo que el moderno Vasari de España añadió gratuitamente al texto mismo de Vasari. Starnina fué á España, y tal vez al servicio de un rey; pero dos siglos antes de Felipe II, había más de un soberano en España; ¿quién nos dirá si el que tuvo por pintor á Starnina fué el rey de Castilla, ó el rey de Aragón, ó incluso el rey de Navarra?

Para aclarar la historia del florentino viajero, necesitaríamos el descubrimiento de una de sus obras españolas. No ha mucho todavía, cuando los pintores italianos del *Trecento* eran insuficientemente distinguidos los unos de los otros, y los «primitivos» españoles eran perfectamente desconocidos, el investigador que se hubiera encontrado en presencia del cuadro de Tobed, lo hubiera atribuido sin vacilar al florentino. Hoy es posible poner enfrente de este cuadro toda una serie de obras italianizantes que fueron pintadas en España y por españoles, y varias de las cuales son indiscutiblemente anteriores en una generación á la fecha del viaje de Starnina, tal como la da Vasari.

*
*
*

D. Salvador Sanpere y Miquel, el infatigable explorador de archivos y de conventos, ha realizado un descubrimiento notable hace dos años; antes de dar cuenta de él en el nuevo libro que está terminando sobre los orígenes de la pintura catalana, se ha servido comunicármelo. Solamente las fotografías que publicará podrán manifestar toda la importancia del

monumento que va á salir de la sombra; dos palabras darán de él una idea.

Existe á las puertas de Barcelona, en el convento real de las Clarisas de Pedralbas, cuya clausura ha sido impenetrable desde hace varios siglos, una gran sala, toda cubierta de frescos, escenas de la vida de la Virgen y de la Pasión, que son pinturas intactas del más dulce y más puro estilo sienés. En medio de un Evangelio, según Simón Martini, en el que algunos rayos de realismo familiar se mezclan con el tierno y piadoso relato, aparece una Virgen gloriosa, rodeada por el coro de ángeles, con su nariz afilada, su boca de cereza y sus grandes ojos, como una «Maestá» que hubiera podido firmar Lippo, el hermano de Simón. Ahora bien; se ha encontrado el contrato auténtico: las pinturas de Pedralbas, terminadas en 1390, son 1146 obra de un catalán, Ferrer Bassá, que era pintor del rey de Aragón, y que pintó en 1344 el retablo de la capilla real, en el palacio de Barcelona.

Fuera de Italia, las únicas pinturas de estilo sienés que forman un conjunto comparable al que acaba de encontrarse en un barrio de Barcelona, no por el estado de conservación, sino por la amplitud de las superficies descubiertas, son las del palacio de los Papas de Avignon. En tiempos en que la tierra catalana se extendía muy lejos al Norte de los Pirineos y confinaba con la Provenza, un pintor de Barcelona pudo ser atraído por la magnífica ciudad á la que afluían artistas de todos los países; pudo allí formarse en las lecciones del arte sienés bajo la misma dirección de Simón Martini. Desde que el San Jorge, pintado por Simón en la fachada de Nuestra Señora de los Dones, ha acabado por desaparecer, y la Virgen del tímpano no es más que una sombra negruzca, no hay ya en Avignon una obra de Simón ó de sus discípulos que refleje las visiones del maestro tan exactamente como los frescos de Pedralbas. Siéntense grandes tentaciones de fijar en Barcelona uno de los puntos hacia los que irradió, en la dirección del Sur, aquel foco de arte sienés que, desde el fondo del palacio

francés de los Papas, proyectó su luz dulce y acariciadora hacia los países del Norte, hasta París y Brujas, Colonia y Praga.

La hipótesis del viaje de Ferrer Bassá á Avignon es verosímil, no es necesaria. Puedo probar que las formas sienesas eran conocidas, por lo menos, de los iluminadores de manuscritos, en las provincias marítimas del reino de Aragón, antes de que Simón marchase á la ciudad papal. El frontispicio del libro de los *Privilegios de Mallorca*, conservado en los archivos municipales de Palma, es una página completamente sienesa. El escriba iluminador se ha representado á sí mismo al pie de la miniatura; firmó y fechó su obra en una página próxima: era un sacerdote de Manresa, Romen Despoal; terminó su trabajo el 23 de Septiembre 1334 (1). En 1335, Simón Martini estaba todavía en Siena.

El arte de las pinturas sienesas pudo penetrar en el reino de Aragón, á la vez directa é indirectamente, por las vías marítimas y por el intermedio de Avignon. Fuera como fuese, está averiguado que ese arte se aclimató en las islas y en los puertos, y que hizo escuela en ellos. El único pintor del siglo xiv del que se ha encontrado una obra firmada en la isla de Mallorca, es un mallorquín y no un italiano. *Joan Daurer una pintada l'any MCCCLXXIII*; tal es la inscripción que se lee al pie de una gran imagen de la Virgen con el Niño, en la pequeña iglesia de Inca. El pintor dió á la Virgen sienesa, fina y larga en su túnica de oro, una rigidez de icono.

La mayor parte de los pintores catalanes, numerosos y fecundos en la segunda mitad del siglo xiv, fueron continuadores, más ó menos afortunados, de Ferrer Bassá. Puede juzgarse por el retablo monumental que se conserva en una capilla de la catedral de Manresa. Las quince tablas principales compo-

(1) Estudio de D. J. M. Cuadrado, en el *Museo Balear*, año 1886, número 10; salió en el volumen *Islas Baleares*, de la colección *España, sus monumentos de Artes*, 1888, pág. 915.

nen un ciclo solemne, que empieza con la imagen del Verbo creador, que ostenta el compás del arquitecto y pone en movimiento el globo del mundo, y termina con la coronación de la Virgen. La tabla central, la mayor de todas, está reservada á la Pentecostés, porque la capilla estaba consagrada al Espíritu Santo. El pintor de esta obra, que es cándida y sonriente, á pesar de la enormidad enciclopédica del tema, es un barcelonés, Pere Serra, al que pagó su trabajo la Hermandad del Espíritu Santo en 1394 (1).

En Valencia hubo de formarse una escuela de pintores paralela á la escuela catalana, y, como ésta, con arreglo á modelos sieneses. En los últimos años del siglo XIV manifiesta su vitalidad con una obra que iguala casi al retablo de Manresa por la amplitud de la composición, y la ventaja en mucho por la nerviosa finura de la ejecución. Es uno de los trípticos de la Cartuja de Porta-Celi, que han sido recogidos en el museo de Valencia. La escena de la Crucifixión está colocada entre el Bautismo de Cristo y la Conversión de San Pablo; encima de las tablas, de derecha á izquierda, las dos figuras de la Anunciación, y encima de la cruz el Juicio final en escorzo. Unos medallones, que representan los Sacramentos en siete miniaturas, están como suspendidos en torno del Arbol de vida. El donante, que hizo pintar en los dos extremos de la predela su propio retrato y el de su familia, lleva el hábito blanco de los cartujos; es, según una tradición antigua, el propio hermano de San Vicente Ferrer, Bonifacio, el cual, habiendo enviudado y perdido á casi todos sus hijos, entró en el monasterio en 1396.

La nobleza del dibujo y la delicadeza del modelo son dig-

(1) El contrato y el recibo han sido publicados por Sir Joaquín y Arbós en el *Bulletin del Centre Excursioniste de la comarca de Bages* (Manresa, 15 Febrero 1907). Sanpere y Miquel habían atribuido este políptico á Luis Borrassá, el pintor del gran retablo de las Clarisas de Vich (1416), del que he tenido ocasión de hablar aquí. (Véase la *Revue*, 1908, t. XXIII, págs. 275-277.)

nas de un maestro italiano. Sin embargo, el cuadro contiene unas figuras viriles, cuya delgadez ascética y sombrío aspecto no tienen equivalentes exactos en el arte toscano del *Tresento*, y que pueden pasar por un carácter de raza. El mismo pintor, cuya aspereza realista nos parece hoy «española», supo aureolar de luminosa pureza el grupo de la mujer y de las hijas del donante, elegidas coronadas de rosas en el celeste verjel.

¿Quién es ese Fra Angélico de Valencia? Su nombre se oculta, sin duda, en las listas de pintores publicadas por Puiggari y D. L. Tramoyeres. Hay que limitarse á notar que á fines del siglo xiv el pintor más notable de Valencia, «muy sutil y apto en su oficio», era un cierto Lorenzo Zaragoza.

El tríptico de Bonifacio Ferrer, cualquiera que sea el autor, demuestra el esplendor que conservó, á través de las traducciones extranjeras, ese arte sienés que, exportado de Avignon ó directamente de Toscana, dió modelos á los pintores desde Nápoles y Sicilia hasta Flandes y Valencia, y que fué, en la segunda mitad del trescientos, un arte «Europeo».

* * *

En la época en que pequeñas escuelas de pintores italo-españoles prosperaban en el reino de Aragón, la pintura está representada en Castilla por una obra única, que es una obra italiana.

La capilla de San Blas, elevada en uno de los ángulos del claustro de la catedral de Toledo por el arzobispo Pedro Tenorio (1379-1399), está revestida de frescos de puro estilo «giottesco», que componen una serie de doce escenas, desde la Anunciación hasta la Ascensión. El pintor de estos frescos no formó discípulos en Castilla. En tiempos de Alfonso el Sabio, á fines del siglo xiii, Sevilla fué la capital artística del reino de Castilla y de León; allí, y tal vez en el alcázar real, fueron iluminados los manuscritos de las obras del rey, ó, como el enorme volumen de las *Cántigas* en honor de la Virgen, en la biblio-

teca de El Escorial, que contiene en la alfajía de su encuadernación un mundo abigarrado de figuritas, señores y campesinos, frailes y monjas, moros y judíos: toda la Sevilla del siglo XIII. Entonces, los miniaturistas reales se inspiraban manifiestamente en modelos franceses, cuya nerviosa elegancia imitaban con acierto, sin dejar de mezclar á veces miniaturas musulmanas y sabiendo mirar en rededor de ellos, en las calles y en las casas.

Los pintores de la época «alfonsina» y de las generaciones siguientes, que hicieron aparecer grandes imágenes de la Virgen en las paredes de las mezquitas de Sevilla, transformadas en iglesias, no hicieron á su vez otra cosa que copiar modelos análogos á los que habían imitado los miniaturistas. La Nuestra Señora de Rocamadour, de la iglesia de San Lorenzo, conserva su silueta francesa, como su nombre francés, bajo una traducción española.

La pintura italiana no llegó á Andalucía hasta los últimos años del siglo XIV; no fué conocida bajo las formas sienesas que habían adoptado los pintores catalanes ó valencianos, sino bajo las formas «giotescas», que ya habían aparecido en Toledo.

Este hecho ha sido puesto de manifiesto por el descubrimiento que D. M. Gómez Moreno acaba de hacer de una tabla, que sería puesta en Italia á cuenta de algún discípulo provinciano y arcaizante de Tadeo Gaddi, y que lleva la firma de Garci-Fernández, de Sevilla (1). Este cuadro, oculto en el claustro de un convento de Salamanca, adonde fué probablemente llevado á principios del siglo XV, por un arzobispo oriundo de Sevilla, representa de manera torpe é infantil la dramática escena de la Degollación de los Inocentes. Otras dos tablas, que forman parte con la tabla firmada de un gran retablo, en parte destruído, se han encontrado en el mismo convento: la una representa la Presentación de Jesús en el templo; la

(1) *Cultura Española*: Agosto, 1908, págs. 705-770.

otra es un Ángel arrodillado, que debía de hacer juego en el coronamiento del retablo con una Virgen de la Anunciación. Este ángel es una figura bastante agradable, de puro tipo «giottesco». Garci-Fernández es mencionado en 1403, en Sevilla, como pintor del Arsenal real (1), en donde, sin duda, decoraba paredes y pintaba naves.

Con el descubrimiento de la tabla pintada, en 1400, por Garci-Fernández, se puede, sin vacilar, atribuir á la escuela sevillana las pinturas famosas y hasta aquí mal estudiadas que decoran los tres techos elípticos de tres alcobas de la Alhambra, en el fondo del patio de los Leones. Estas pinturas no son frescos: están ejecutadas sobre cuero y pegadas en el techo. El campo dorado está lleno de dibujos en relieve, estrellas ó follajes. Los tres techos tienen figuras y construcciones que contrastan con la maravillosa irrealidad de la decoración musulmana. Los personajes están agrupados en torno del cielo de oro, siguiendo la curva de la elipse, como la decoración figurada de alguna copa esmaltada.

Los asuntos santos que formaban en Francia ó en Italia, en el siglo xv, la decoración ordinaria de los objetos y de los monumentos profanos, muestrario de espejos ó salas de palacios, solamente algunos de ellos fueron modificados para halagar la vanidad de los sultanes de Granada. Caballeros y damas de Sevilla se unían con guerreros moros, cuyas mujeres quedan fuera del cuadro en la sombra del harem. El pintor ha tratado bastante bien á los cristianos. Uno de ellos acomete á un oso; otro llega al galope y atraviesa á un hombre salvaje, un gigante cubierto de vello, en el momento en que ese descendiente de los antiguos sátiros va á robar á una dama elegante. Pero el mismo caballero que acaba de triunfar del temible monstruo, va á perecer ante los ojos mismos de la dama, en un combate singular, atravesado por la lanza de un jinete musulmán. Más

(1) Festoso y Pérez. *Diccionario de artífices sevillanos*, t. 11. pág. 40.

tipos: unas damas sonríen ante su castillo á unos musulmanes vencedores.

Estas historias de caza, de batallas y de amor tienen por junto una decoración riquísima, cuyos edificios rosados y verdes son de gusto italiano. La taza de una fuente á cuya orilla hablan personajes de decamerón, está sostenida por cuatro estatuillas de mujeres desnudas. Todos los rostros tienen el tipo gótico. Sin embargo, el pintor no es italiano; descuida completamente el modelo para proceder por manchas vivas, finalmente cercadas de un contorno negro.

Los trajes de los caballeros cristianos son de los que se llevaron en la segunda mitad del siglo xiv. Las pinturas del techo central permiten precisar la fecha del conjunto. Ningún cristiano ha sido admitido al conjunto: la asamblea se compone de diez príncipes moros, sentados á la redonda, con ricos turbantes, y apoyados en una larga espada recta, cuya empuñadura está ornada de entrelazados.

Según una tradición antigua, y que tiene grandes visos de verosimilitud, los príncipes musulmanes, reunidos en el techo de la Alhambra, no son otros que los diez primeros soberanos de la dinastía de los Beni-Nazar. Si se excluye de esta dinastía á los usurpadores que fracasaron, el reinado del décimo sultán, sir Mohamed, llega á cerca de 1400; el pintor gótico de la Alhambra resulta exactamente contemporáneo de García Fernández (1).

Siguió la misma enseñanza italiana, pero se acordó de las tradiciones que se remontaban al reinado de Alfonso el Sabio, y que un siglo entero no había hecho olvidar en Sevilla. Los reyes moros, gravemente sentados, parecen copiados de uno de los más curiosos manuscritos de Alfonso el Sabio, el *Libro del*

(1) Este punto importante ha sido fijado por D. M. Gómez Moreno en otro estudio: *Arte cristiano entre los moros de Granada* (en los *Estudios de erudición oriental*, publicados en honor del profesor D. Francisco Codera. Zaragoza, 1904).

Ajedrez (misma biblioteca), en donde se ve jugando á ese juego á cristianos y musulmanes.

El pintor desconocido de la Alhambra estudió, ciertamente, esos modelos antiguos; pero, como los miniaturistas sevillanos del siglo XIII, supo mirar el espectáculo pintoresco de Sevilla; gozó de las maravillas de Granada. Y llegado el día de pintar, con un decorado fantástico, un poco de lo que había visto, dió á esas imágenes de fantasía una frescura y un brillo dignos del palacio encantado (1).

* * *

¿Cómo el arte italiano, que imitaron más ó menos afortunadamente García Fernández y el pintor anónimo de la Alhambra, fué conocido en Toledo y en Sevilla? Ese arte era gótico y florentino; parece, pues, natural y casi necesario invocar ahora el nombre de Starnina. Cean Bermúdez tuvo razón, sin saberlo, al hacer viajar por Castilla al florentino, más bien que por Aragón; yo le haría de buen grado viajar hasta Sevilla.

Puede atribuirse al mismo Starnina la serie de los frescos góticos de la capilla toledana de San Blas. Estos frescos están, desgraciadamente, colocados muy en alto y en tan mala luz, que será muy difícil reproducirlos. ¿Es posible, mientras tanto, recurrir, para conocer el arte de Starnina, al

(1) Puede atribuirse al pintor sevillano de la Alhambra un fragmento de tabla, pintado al temple, que fué descubierto, se dice, en 1863, en el palacio mismo de los reyes moros de Granada, y que se conserva en el pequeño museo de la Alhambra. Esta pintura fué descrita por D. M. Gómez Moreno, en el estudio antes indicado. Representa á dos caballeros cristianos rompiendo lanzas en un torneo, ante una fortaleza completamente rosada. No se ve más que las cabezas y los bustos de los caballeros. El fondo es de oro. Encima de la imagen corre un friso dorado, sobre el que la divisa de los sultanes de Granada, *Dios solo vencedor*, aparece escrita en castellano y en gótico cuadrado. Este cuadro se encuentra, por desgracia, muy estropeado.

cuadro de la colección de Zaragoza, en el que figura el retrato auténtico de Enrique II, el rey de Toledo y de Sevilla?

Nos es fácil comparar ahora este cuadro, que podemos relacionar con obras florentinas de Starnina, desde hace largo tiempo desaparecidas, con obras de estilo italiano que fueron pintadas en el siglo XIV en los reinos de Aragón y de Castilla. Ahora bien; apenas se entabla esta comparación, parece imposible admitir que el cuadro del rey Enrique fuese pintado por las mismas manos que los frescos de Toledo, y que tuviera por descendencia directa las tablas de Garci Fernández y las pinturas de la Alhambra. La Virgen, á cuyos pies está arrodillado el rey, y los ángeles del cortejo no son figuras «giotescas»: con los grandes ojos medio cerrados y su boca minúscula, esa Virgen y esos ángeles hacen pensar en las Madonas de Siena; el mismo trabajo de los dorados tiene la finura preciosa de las obras sienesas.

Hay más: el cuadro del rey Enrique, á pesar de su colorido completamente italiano, no es de mano italiana. En ninguna parte de Toscana, así en las provincias italianas del Sur ó del Norte, no encuentro exactamente ese tipo de Virgen, esa nariz delgada y puntiaguda, esa boca contraída y casi sin labios; en parte alguna veo un Niño Jesús pintado por un italiano, que tenga en las rodillas de su madre esa actitud rígida y esas piernas de madera; en fin, apostaría á que jamás Madona florentina ó sienesa del trescientos descubrió para amamantar á su hijo un seno colocado precisamente en medio del pecho, y que parece único.

Las tablas actualmente conocidas que más se parecen al cuadro de Tobed, son obras catalanas, como el gran retablo de Pere Serra, de Manresa. La identidad es chocante, sobre todo en los tipos femeninos. No hay que olvidar que el cuadro en que figura el rey de Castilla fué encontrado en un pueblo del reino de Aragón. ¿Fué encargado por el rey mismo, ó quizá por uno de los prelados de la casa de Luna, que mantuvieron constantes relaciones con Enrique?

Si este retablo fué pintado para un Luna, lo fué probablemente en Zaragoza. Lo que pudo ser la pintura en esa gran ciudad durante el siglo xiv, no lo sabemos hasta aquí sino por el tríptico del Monasterio de Piedra, ejecutado en 1390, y conservado en Madrid en la colección de la Academia de la Historia. Ni los ángeles mismos, ni las escenas de la Pasión se parecen, ni remotamente, á las figuras del cuadro de Tobed. El pintor aragonés del tríptico en 1390 no fué iniciado en el arte sienés sino por una vía muy indirecta. Colaborador de los ebanistas moros ó judíos que trabajaron en el maravilloso marco del tríptico, vió pinturas musulmanas; de otra parte, conoció seguramente, por tablas ó miniaturas, el arte franco flamenco, el cual, á su vez, imitó ó transformó modelos italianos, y que, á fines del siglo xiv, penetró en el Norte de España (1).

Conviene atenerse á lo que las mismas obras dictan. El retablo de Tobed no está más relacionado con la pintura aragonesa, tal como la conocemos por una obra única, que con la pintura andaluza. Tiene su puesto perfectamente marcado en la escuela catalana. Una conclusión más explícita sería prematura. ¡Ojalá que la publicación de este cuadro histórico, aquí estudiado por primera vez, pueda suscitar nuevas comparaciones y observaciones decisivas!

EMILIO BERTAUX

(1) V. la *Revue*, t. XXII, 1907, págs. 120-123.

E. M.—*Septiembre 1909.*

NATURALEZA DE LA «CIENCIA DEL LENGUAJE»

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES

¿Es la lingüística ciencia natural ó es ciencia histórica? No hay que echar esta pregunta á curiosidad baladí; si ya no piensa el que la echara, que unos mismos son los métodos y caminos por donde corre la ciencia y la historia. Que á no haber ciencia del lenguaje, sino llana y apacible historia que contar, de más estuviera la fonética ó investigación de las leyes, á las cuales miran y dicen todas las mudanzas fónicas de las voces, sin desviarse más de ellas un punto de lo que se desvían de las leyes de Képler los astros en su, al parecer, caprichoso voltear. Sobraran esas disquisiciones sutiles en que asienta la lingüística moderna, como en hondas y firmes zanjas, á la manera que logran asiento y seguridad las ciencias físicas en el cálculo y matemáticas. Sin el cálculo, la física, la química, la astronomía serían hoy lo que fueron cien años atrás: cosmología abstracta, alquimia y crisopeya, astrología judiciaria; sin la fonética, sería la lingüística lo que también fué en manos de cándidos etimólogos: la sabionda ciencia del mocosuena, mocosuene. ¿Ha de zanjarse, pues, la lingüística en principios científicos, ó ha de vagamundear peloteando, cual colección de cuentos y consejas, de mano en mano para solaz de gentes aburridas? ¿Es acaso entretenido juguete el habla, que inventaron á placer ciertos académicos del tiempo del rey que rabió, ó es una facultad tan natural como los ojos y los pies? ¿Corre el ha-

blar á merced de los gobiernos, como el sistema métrico, ó de los sastres, como el figurín y la moda? ¿Está en mano de cualquier hijo de vecino, ó á lo menos de los gramáticos, académicos ó escritores, el torcer su curso, como lo está el apuntalar la escritura de acentos y comas? ¿O es de tal jaez y natío el idioma, que se desembaraza y se escurre del que lo quisiere meter en cintura, dejando burlados y con un palmo de narices al académico más estirado y al más pintiparado escritor? Porque todo ello pende y cuelga de la preguntilla aquella baladí, de si la lingüística es ciencia natural ó es ciencia histórica; de si es el lenguaje un fenómeno tan natural como el calor, la luz, la vegetación, el alentar de los animales, el pensar del hombre, ó un acto humano, arbitrario y buscado, como la conquista de Asia por Alejandro ó la batalla de Pavía, de arte que sólo nos sea dado contar lo que pasa ó pasó, esto es, describir el funcionamiento de los idiomas, desmontando y tornando á encajar como ingeniero belga la máquina que nos trajo de su tierra, y todo lo más mostrar cómo del hablar de los hombres de antaño se derivó el hablar de los de hoy.

Cuestión de palabras, si no se deslinda lo que ha de entenderse por ciencia natural y por historia. El estudio de plantas y animales, ciencia natural parece, y con todo, hay una historia natural de animales y plantas que todos hemos cursado. La batalla de Pavía, hecho humano es que tiene que contar, pero no creo tenga menos que filosofar. Si calásemos los pensares y quererres de los dos campeones que movieron las piezas y entablaron aquel acontecimiento histórico, el emperador y el rey de Francia; si no se escabullesen de nuestra penetración los mil hilos de la trama que tejieron aquella tela, las circunstancias que rodearon el acontecimiento, acaso de lizo en lizo fuéramos á dar en la necesidad que llevó las cosas por tales veredas que forzosamente tenía que darse en Pavía la tal batalla y que en ella tenía que caer prisionero en manos de un vizcaíno el rey Francisco. No cabe menos honda investigación de causas en un hecho social ó particular de los hombres que en otro fenó-

meno físico cualquiera. Para los deterministas, por de contado, el mundo moral no es de otra calaña que el mundo físico, y las decisiones de la voluntad no son menos mecánicas; si bien los eslabones de la cadena, harto más sutiles, quebradizos y numerosos que las manifestaciones de las fuerzas y agentes del universo material. En ambos toma la mano el historiador para contar lo sucedido; tras él viene el sabio que puede llegar á desentrañar lo que se encubre en el fondo del hecho, á ventear y seguir el rastro de las causas que lo ocasionaron. Los que consideran el acto humano como algo libre, que está en mano del hombre ejecutarlo ó dejarlo de ejecutar, podrán llamar ciencia á la investigación de las causas y leyes que originan y reglan los fenómenos naturales, é historia á la narración de los acontecimientos humanos debidos á la voluntad libre del hombre. Para los deterministas, el lenguaje es una ciencia, como lo debe ser todo cuanto acaece en el mundo; para los otros será ciencia, si el lenguaje es un hecho necesario, que no cuelga del querer ó no querer de los hombres; historia, si pende de la voluntad, como los actos morales. Redondamente hay que negar que la voluntad, árbitra de querer ó no querer, éntre á la parte en el hecho de hablar, ni en la estructura, ni en la evolución de los idiomas, ni, por consiguiente, en su origen y primitiva formación. En este sentido, el estudio del lenguaje, aunque admita su tanto de historia, como lo admite la zoología, la botánica y la geología, por darse en todos estos casos fenómenos que acaecen dentro del espacio y del tiempo, es tan ciencia física y natural como estas otras ciencias. Y semejante cuestión, que pareciera baladí, no es, repito, sino de gran momento, ya que el método y manera de estudio é investigación es otro en la ciencia que en la historia.

En los hechos sociales, el individuo y su voluntad es una menuda gota que arrastra entre las demás la corriente arrebatada de un río. No es recio nadador, que á pesar de todas sus fuerzas y mañas le lleva el agua; es una gotuela, un átomo, envuelto en el oleaje de millones de átomos, el querer de un

simple mortal, aunque se llame como se llamare. Ahora bien; el lenguaje es un hecho y un producto social; en la sociedad nació, por la sociedad y para la sociedad creció, se desenvolvió y vive y vivirá. El hombre, como individuo, ni puede ni necesita hablar, si ya no se pretende que el habla sea otra cosa fuera del expresar á otro su pensamiento. Y no hay hombre, por sabio y poderoso que lo fantaseemos, no hay rey ni Roque que alcance á mudar una tilde en el lenguaje, ni un sólo sonido, ni una acepción de un vocábulo, por pura voluntad y capricho. Como reprendiese Marco Pomponio Marcelo al emperador Tiberio por cierta quisquilla gramatical, y saliese por su Señor el cortesano Ateyo Capitón, afirmando que aquello era latino, y que si no lo era, bastaba que lo quisiese el Emperador, para que lo fuera en adelante. «Se engaña Capitón, replicó: Tú, oh César, puedes dar la ciudadanía á los hombres, pero no les puedes dar ni una sola palabra.» «Mentitur, inquit, Capito. Tu enim, Cæsar, civitatem dare potes hominibus, verbo non potes» (*Suetonio, De illustr. gram. 22*).

Pasará la autoridad que quiso imponerse de una manera física ó moral, y presto se olvidará la moda. Ni en la escritura logró el emperador Claudio introducir las tres letras que realmente hacían falta al latín: usáronse cuanto vivió su autor, y desaparecieron con él; cuanto más mudar el lenguaje, que no es de cuatro eruditos ó cortesanos, sino de la sociedad como tal. Yo quiero suponer que el rey ó un gramático afamado ó una docta Academia ó, si á mano viene, un patán cualquiera de por ahí, tenga la ocurrencia de decir una novedad, una palabreja ó una frase, y que á todo el mundo le dé por repetirla y aceptarla de buen grado y éntre de hecho en el caudal del idioma, sin que se pase de moda, lo cual puede y suele acontecer. Esa palabreja ó frase ni viene del Rey ni del César, ni del gramático, ni de la Academia, ni de la buena suerte del patán; viene de toda la sociedad, que le da el visto bueno y la abraza. Y no hay en ello querer ó no querer de nadie en particular, ni siquiera de todos en común; que aun esto no habría

de atribuirse á la voluntad, porque el común no tiene voluntad; sólo es un conjunto de voluntades, las cuales se convienen en algo, por responder ese algo á la naturaleza social y colectiva, hasta el punto de no poder negarse á recibirlo, por ir todos movidos instintivamente como por una necesidad social y, en último término, psíquico-fisiológica. No hay tal aceptación, siquiera sea social. Que la novedad vaya contra la naturaleza del idioma ó que no sea necesaria: el genio del idioma y la ley de la economía, que en todo impera, acabarán, tarde ó temprano, por arrojarla, como sucio y desaprovechado arga-zo, á la ribera.

Palabra, frase ó dicho que llegue á vivir en un idioma, mudanza fónica ó significativa que dure y pase, no son, en todo caso, más que producto y brote natural, no de la voluntad, sino del instinto, que arrastra á los idiomas por el natural cauce de la evolución. Al fin y al cabo, aquello mismo que dió el sér á la cosa, es lo que la acrecienta: *augere* en latín, ó acrecentar, dícese de la misma raíz *aug*, que *auctor*, el autor, y creador y acrecentador. El habla, ni fué hija de ningún hombre particular, sino de la sociedad, ni se mantiene y acrece por los particulares, sino por la sociedad. Pero la sociedad no inventa de golpe y porrazo nuevos senderos por donde caminar, ni viste con pasajera moda cada temporada sus palabras y decirs, mudándoles el són y el matiz; se deja ir por el carril trazado y trillado. Verdad es que fónica y semánticamente va siempre mudando su lenguaje; pero es de una manera tan lenta y tan sin sentir, que ni ella sabe lo que se hace, ni las mudanzas échanse de ver sino muy á la larga. Es el estilo que en todo guarda la naturaleza, de la cual puede decirse lo que de su Autor dicen las Escrituras: que alcanza y logra sus intentos con toda seguridad, y apareja los medios y recorre el camino con suavidad y sencillez. Rachas arrebatadas azotan á las veces su tersa superficie, pero pasan prestamente, y su llanura parece no menearse. Pónense de moda voces antiguas unos días, y aun duran años si responden á cierta necesidad

generalmente sentida. Tráense extrañas maneras de expresarse de lenguas forasteras; al poco tiempo, perdido el brillo de la novedad que halagaba, tórnanse adonde vinieron. Que si son provechosas, irán tomando poco á poco el color y metal del idioma al pasar por los labios de las gentes, y acabarán por acomodarse en su hechura al fonetismo patrio.

Dos caras tiene el habla y cada una de sus voces: el sonido y la idea. Entrambas van sufriendo lenta é insensiblemente el cambio que sufren todas las cosas. Hay quien cree que ese continuo mudarse del habla, prueba pertenecer el estudio del lenguaje á las ciencias históricas. Pero en tal caso, no habría en el mundo más que historia, porque las manifestaciones todas del universo físico son otras por momentos. Plantas y animales, terrenos, continentes y mares nos parecen siempre los mismos. Y es que nuestro vivir es tan corto, que no alcanza á distinguir el incesante cambio que trastorna todas las cosas. Doctrina hoy corriente es la de la evolución de todo el universo. Los trastornos geológicos ya no se cree fueran turbulentos y arrebatados, como no lo fueron las transformaciones de la flora y fauna de aquellas edades; el universo caminó siempre al paso que hoy en día, y sólo á la larga, y por las huellas que dejaron, por los resultados de los movimientos lentísimos durante millaradas de siglos que padecieron las tierras y las aguas, echamos de ver la evolución. No hay que creer que las montañas se empinaron en un día, y en otro se hundieron los mares. Los montes y mares subieron y bajaron siempre, hablando en general, tan despacio como hoy, porque hoy mismo están alzándose y hundiéndose las costas, los montes, el fondo del mar. Las plantas y animales están ahora mismo transformándose de la misma manera que se transformaron en las edades geológicas. Por eso hay una historia natural de la evolución de la tierra, que es la geología, y otra historia natural de la evolución de las plantas y animales, puesto que sin ella no habría paleontología, y sólo por ella escribió Darwin su obra de la transformación de las especies. Y el lenguaje

tiene su historia, pero historia natural: la de su evolución desde el protoariano al latín, griego y sánscrito, y del latín al castellano, italiano y francés.

Pero más allá de esa historia de la evolución de la tierra, de las plantas, de los animales y del lenguaje, queda la ciencia, que busca las causas y leyes de esa misma evolución: porque siendo natural, no es obra de la voluntad particular, fuera de la del Criador, que puso en los seres ese modo cabalmente de ser como son, de ser mudables y haberse de mudar á la continua si habían de durar. Por leyes fijas y naturales se van volcando los terrenos y la materia toda del globo de la manera lentísima que hemos visto; por leyes fijas y naturales van mudándose vegetales y animales; por leyes fijas y naturales van mudándose los idiomas fónica y semánticamente. Escudriñar esas leyes en los hechos y ver cómo las mudanzas responden á ellas, es lo que se llama ciencia: y así, al lado de la historia natural, que nos recuenta los pasos por donde pasaron la tierra, las plantas, los animales, el habla, y los pasos por donde aún hoy día están pasando todos ellos, hay una ciencia natural de la geología, de la botánica, de la zoología y de la lingüística. No hay convenciones que valgan en este no parado voltear lento de los idiomas, como no lo hubo en su primitivo brotar y crecer, ni el querer de los particulares ni de la sociedad entera pueden hacer otra cosa más que dejarse llevar, sin sentirlo ni aun caer en la cuenta de lo que les pasa, por el suave y lento deslizadero de la evolución, en que está precisamente el modo de ser y naturaleza del habla, como de los seres todos.

No es menester para echarlo de ver ser darwinista, como quiere cierto autor. Ni eso es darwinismo, tratándose de la evolución del lenguaje, ni son darwinistas todos los que ven y confiesan un hecho tan claro como la luz del medio día. Con razón, pues, compara Schleicher el habla humana al canto de las aves. No porque confunda la palabra con el simple sonido, ni desconociendo que la una progresa ó evoluciona mientras el otro sigue estantío é igual, sino en cuanto que «el objeto de

la ciencia del lenguaje no es una actividad libre, sino la lengua dada por la naturaleza, sujeta á leyes no mudables de formación, cuyo ordenamiento está fuera del alcance de la voluntad individual; no de otra suerte que al ruiseñor le es imposible modificar su canto; en una palabra, la lingüística es un organismo natural».

Esta doctrina no está fundada en teoría alguna insostenible sobre el origen del hombre, pues cabe dentro de la teoría mosaica lo mismo que en la darwinista más extremada. Tampoco está fundada en la negación del verdadero concepto de la libertad y de la parte psicológica humana. Paréceme que el autor que rebate con esas tres ideas el hecho manifiesto, tangible, de que el idioma evoluciona y evoluciona independientemente de la voluntad humana, mezcla berzas con capachos; yo, al menos, no veo que tengan que ver con él tales ideas. La conciencia individual nos manifestará que somos libres en el ejercicio del lenguaje, como lo somos en ver ó no ver. Con cerrar los ojos, ya no veremos, ni hablaremos con nosotros la boca; pero si queremos ver, tendremos que atenernos á las condiciones naturales de la visión, y si queremos comunicarnos oralmente con nuestros semejantes, tendremos que hablarles, no en la lengua que nos ocurra inventar, sino en la de ellos, en la que poseemos naturalmente, sin que yo ni mi vecino, ni nuestros abuelos, seamos quién para modificarla; modificándola, sin embargo, inconscientemente, una y otra generación, ya que el habla de hoy difiere en algo de la del tiempo de Cervantes y de la del tiempo de San Isidoro.

El lenguaje cabe considerarlo como un obrar presente y como una obra acabada, como *ἐνεργεια* y como *ἔργον*, que dice Humboldt. Energía ó actividad presente es de hecho el hablar, ya que no tomamos de fuera la frase hecha, mejor dicho, las palabras, tal como están en el encasillado mecánico del Diccionario, á la manera que tomamos el fonógrafo ó el teléfono; sino que, al hablar, ponemos en ejercicio la facultad del habla, la inteligencia, la fantasía, la laringe y la boca, y trabajamos y

engarzamos las voces que nos ocurren como más apropiadas para vestir nuestras representaciones en un todo concentrado y artizado, conforme al saber y poder artístico y á la maña que nos damos. Hablar es, formular oralmente el pensamiento, y cada cual fabrica su fórmula según su saber y entender con los materiales comunes del idioma. Pero tomando objetivamente el conjunto de voces de un idioma, es decir, su Diccionario, y el modo en general de trabarlas para expresar las diversas relaciones de las ideas, es decir, la Gramática, el lenguaje es un sistema fónico, como el álgebra es un sistema gráfico, signos ambos de ideas y de sus combinaciones, que nos es dado abstraer como algo objetivo, como una *obra* humana, y ordenarlo y describirlo en Dictionarios y Gramáticas. Claro está que, como *obra*, es una pura abstracción; el habla es funcionamiento de una facultad. Pero todas las ciencias son abstracciones. Las leyes físicas no se dan en el mundo como están en nuestra cabeza, ni como las consignamos en los libros; realmente, no son mas que fuerzas, tendencias que están obrando y manifestándose en fenómenos. Pero ¿puede decirse que la naturaleza de la ciencia del lenguaje es histórica, porque es una manifestación del espíritu humano, como lo es cualquier acontecimiento histórico? Entonces, historia sería igualmente toda manifestación ó fenómeno de la naturaleza física, y todo fenómeno psicológico en el hombre.

Decir con Whitney que «ninguna palabra ha sido pronunciada sin intervención de la voluntad humana», no es por el mismo caso probar que el habla sea una ciencia histórica. Nadie ha abierto los ojos y ha reparado y mirado alguna cosa sin intervenir la voluntad; y con todo, el ver no pertenece á la historia, sino á la ciencia fisiológica. Nadie se ha puesto á reflexionar acerca de un asunto sin intervenir la voluntad; y con todo, el reflexionar no pertenece á la historia, sino á la ciencia psicológica.

Las condiciones del ver, del reflexionar, del hablar y los órganos y facultades de estas tres operaciones, ¿débense á la

voluntad humana? No; y por eso el ver, el reflexionar y el hablar no son cosas de historia, sino de ciencia. Que Fulano vió tal día tal cosa, que reflexionó sobre ella, que de ella habló con sus amigos, son tres hechos que á la historia pertenecen, porque la voluntad anduvo de por medio; pero por qué leyes y principios pudo valerse de esas facultades, cómo obraron la vista, la reflexión y el habla en aquel caso, y siempre que haya que ver, reflexionar y hablar, cosas son que tocan á la ciencia fisiológico-psicológica.

¿Débese á la voluntad el que para preguntar á un aldeano de Castilla si ha cogido el año pasado mucho trigo, tengamos que decírselo en una frase castellana cuyas palabras y trabazón están en el Diccionario y en la Gramática? ¿Débese á la voluntad humana el que *has cogido mucho trigo este año*, provenga de *habes collectum multum triticum hoc anno*? ¿Qué voluntad ha intervenido en esta evolución fónica y en esta evolución ideológica, puesto que los latinos empleaban *habere, colligere, multum, triticum, hoc, anno*, pero no en el orden y construcción de la frase castellana? Las condiciones exteriores son las que hacen que dos nogales tengan distinta forma exterior, aunque ambos provengan de semillas idénticas; y las mismas condiciones son las que hicieron que el latín se convirtiese en España en castellano y en Francia en francés. No hay aquí voluntad individual ni social que valga. No es, pues, cierto lo que el mismo Whitney añade: «Esta misma voluntad ha obrado los crecimientos y desarrollos lingüísticos.» Las leyes fonéticas están sujetas, como las demás leyes físicas del universo, á la necesidad ocasionada por múltiples causas, más ó menos conocidas; pero independientes de la voluntad.

Hay quienes tienen por ciencia histórica á la lingüística por razón del elemento psicológico del lenguaje. ¿Qué elemento psicológico? No basta que se trate del alma ó de sus facultades para que ya estemos dentro de una ciencia histórica. La misma ciencia psicológica es una ciencia de algo físico, natural, que tiene su origen, modo de ser y obrar independiente de

la voluntad, es una ciencia natural. El lenguaje, aun como función, como *energía*, es un fenómeno tan natural como el de la visión. En el acto de la visión entra un elemento físico, el órgano, otro elemento psíquico, el alma ó llámesele como se quiera: en el acto de hablar entran los mismos dos elementos. Y ambos son naturales, independientes de la voluntad en su modo de obrar, supuesto que se quiera ver y hablar. Nadie puede ver sin su órgano fisiológico-psíquico natural, y sin ponerlo en función conforme á la naturaleza objetiva y propia suya; y nadie puede hablar sin su órgano fisiológico-psíquico natural, y sin ponerlo en función conforme á la naturaleza objetiva y propia suya. ¿Que podrá hablar en castellano ó en francés, á capricho? Quiere decir que el funcionamiento del órgano de la visión es único, y el del habla es múltiple. Pero ni el hablar en francés ó en castellano ó en ruso es algo en que haya intervenido la voluntad, fuera del escoger una ú otra lengua. El francés, el ruso, el castellano no los construyó ningún artífice, ni intervino voluntad en su construcción; se formaron por evolución inconsciente de las lenguas de donde derivan, siendo agentes instrumentales los pueblos francés, ruso y castellano, y causas verdaderas mil tendencias psíquico-fisiológicas y aun físicas del medio ambiente, pero en ninguna manera la voluntad humana.

Claro está que esa evolución tiene su historia, como la tiene cualquier otro fenómeno natural; pero no por eso deja de ser fenómeno natural. El describir esa evolución, será historia; el investigar el porqué de esa evolución, será ciencia. Hay historia del lenguaje, como hay historia natural. Pero la lingüística no se limita á esa descripción, sino que busca el porqué del fenómeno del habla. La cuestión queda reducida á saber si este fenómeno, si el lenguaje, ya como *energía*, ya como *ergón*, es un fenómeno natural é independiente de la voluntad humana, como lo es el que el agua se hiele á 0°; ó si es un acaecimiento histórico, debido á la voluntad de los hombres. Ahora bien; en el estado actual de

los idiomas, como *ergón*, son un producto de la evolución inconsciente, cuanto más involuntario; como *energía*, es un funcionamiento conforme á leyes objetivas de una facultad psíquico-fisiológica, también objetiva en su naturaleza propia, independiente de la voluntad. En su origen, el lenguaje es tan natural como el ver y el gesticular. ¿Qué elemento histórico puede señalarse en todo esto? Por tener carácter psicológico el lenguaje, no por eso ya es su conocimiento una ciencia histórica. En la psicología hay ciencia y hay historia, como hay historia y ciencia en el conocimiento de cualquier fenómeno de la naturaleza.

Vengamos á los hechos. Tal cual hoy se entiende la lingüística y como se practica, es algo histórico ó es científico? La Gramática histórico-comparada toma su nombre del método, que consiste en comparar formas de varias lenguas y formas de diversas épocas de una misma lengua. Trátense de investigar por este método las leyes que rigen el desenvolvimiento de los idiomas, aclarando á la par las formas y su etimología. En todo esto yo no veo más que un naturalista que examina fenómenos y objetos, naturales é independientes de la voluntad humana. El lingüista, como el naturalista, busca leyes, principios y el porqué de los fenómenos y de las cosas. Toda la ciencia del historiador está en cerciorarse de la verdad de los datos. El naturalista y el lingüista tienen los datos ciertos y averiguados delante de sí; pero supone que esos datos, esos fenómenos tienen su causalidad en leyes que ha de investigar, leyes objetivas y que obran por necesidad física. El historiador no busca esas leyes; buscará, en todo caso, los móviles que llevaron á los personajes de la historia á obrar como obraron, y los resultados sociales de esas obras y de esos hechos, eslabonando así las consecuencias con sus causas; pero bien convencido de que las causas últimas fueron las voluntades humanas, más ó menos forzadas física ó moralmente. Para el naturalista, esas causas últimas son físicas ó fisiológicas ó psicológicas, y para el lingüista, de las tres clases á la vez. Pero esos tres

órdenes de causas son naturales; obran sin intervención influyente de la voluntad individual ó social.

Hay algunos que tratan de conciliar ambas opiniones. El elemento fónico obedece á leyes físicas; el ideológico, á la voluntad ó á la psiquis. Pero la psiquis, en cuanto facultad refleja, no interviene en el lenguaje ni pone el veto ni toma las riendas y rige á las leyes físicas del elemento fónico; obra tan inconscientemente como ellas, como un principio tan natural y necesario como el de las leyes fonéticas. La acción refleja no impone sus superiores consejos para hacer prevalecer, contra el influjo y dirección de las leyes físicas, alguna voz ó palabra. El habla es del compuesto humano, pero en cuanto principio inconsciente y no reflejo. Estamos siempre en el mismo punto de la cuestión. Prueben que en la evolución del sonido y de la idea interviene la voluntad, y tendremos una ciencia histórica; mientras no lo prueben y los hechos nos digan lo contrario, tenemos que sostener que el habla es un organismo natural en su evolución fónico-semántica, que obedece á leyes físicas y, por consiguiente, necesarias. Quanto á su origen, puede suponerse y barruntarse que sucederá otro tanto, puesto que la naturaleza del habla ha de ser la misma en su primer punto de partida que en los diversos pasos de su evolución; pero de hecho veremos como realmente fué así.

El lenguaje es un fenómeno físico, no un hecho histórico. Hay que describirlo, y esa será su historia; hay que explicarlo por la física, por la fisiología, por la psicología; y esa será la lingüística ó ciencia del lenguaje.

Pero en ambas cosas el lenguaje no es, como los hechos históricos, como las artes, las instituciones, producto de la reflexión humana, que sólo tienen historia; es como la plantas, los animales, las fuerzas físicas, cuya descripción puede llamarse historia natural, pero la investigación de cuya naturaleza es ciencia verdadera. El habla es tan natural, nació y se desenvuelve en los pueblos conforme á leyes tan naturales y físicas, como la tierra con todos sus seres en su primera forma-

ción, desde la nebulosa de la Place hasta su estado actual, última fase de la evolución de las fuerzas físicas de la materia. La tierra tiene su historia, sin dejar por eso de ser ciencia natural su conocimiento; y sin dejar de ser ciencia natural, tiene el lenguaje su historia, porque presenta diferentes fases en su evolución y manifestaciones, ya en el pasado, ya en el presente. Es un anacronismo imperdonable, venirnos ahora con que el lenguaje fué un invento convencional de los hombres, como la pólvora ó el fonógrafo. Estos artefactos tienen su historia que arranca del momento en que se inventaron, y nos cuenta sus transformaciones y perfeccionamientos sucesivos. El habla no se inventó; nació de los principios naturales de la naturaleza del hombre, y ha ido modificándose conforme á los mismos y á las leyes psico-fisiológico-psicológicas del propio hombre y del ambiente en que ha vivido. Tendrá su historia, la de las distintas fases que ha recorrido; pero es historia natural, de fenómenos debidos á leyes físicas; y más que historia, tiene ciencia, porque esos fenómenos se llevan la atención del pensador, que se pone á investigar sus causas y las leyes que los originaron y rigieron. Las alteraciones que en el transcurso del tiempo sufren los idiomas no son alteraciones históricas, como las del arte, la filosofía, la religión; son alteraciones naturales, no debidas al hombre en cuanto producto de su reflexión, de su voluntad, de sus manos, sino á leyes puramente físicas. Un emperador como César puede cambiar las instituciones sociales; un génio filosófico como Sócrates puede abrir nuevos horizontes éticos á la filosofía; un hombre entusiasta como Mahoma puede cambiar la religión; un artista como Rafael puede modificar la idea de la belleza y originar una nueva pintura; pero ni Tiberio pudo hacer que fuese latino un vocablo, ni Sigismundo pudo hacer que *schisma* dejara de ser neutro en el concilio de Constanza. El mismo arte literario, que tanto poder tiene sobre el lenguaje, es una tela de araña que se opone para contrarrestar el incesante movimiento del habla. Antes bien, cuando un idioma llega á ser literario,

y los escritores se empeñan en que persevere sin cambiar, queda condenado á muerte. A los pocos siglos se nota que las variantes dialectales, insignificantes casi, que corrían cual hilos imperceptibles de agua por debajo de aquel idioma cuando era idioma vivo, después que los literatos siguieron escribiendo en en él sin atender á la evolución natural que iba sufriendo en labios de los que le hablaban, aparecen cual fuertes caudales que toman su lugar, y uno de ellos, el que las circunstancias históricas acarician y fomentan con predilección, se eleva á la categoría de lengua nacional y literaria, para más tarde tener el mismo fin y perecer á manos de los mismos literatos que quisieron perpetuarlo en sus libros. Tal es la regeneración dialectal, la historia de las lenguas, del latín, por ejemplo, que muere y viene á verse sustituido por los dialectos románicos, que de muy antiguo corrían ocultos debajo de él. Tan impotentes son las voluntades humanas sobre los idiomas, que ni aun mancomunadas logran otra cosa más que cantar artísticamente su epitafio. Y es que las lenguas tienen vida natural, y en este sentido puede decirse que mueren, engendrándose otros dialectos que luego vienen á ser lenguas. No porque del latín clásico, en el ejemplo propuesto, nacieran los romances, sino porque nacieron del latín vulgar más antiguo, del cual uno de tantos dialectos fué el literario, que se vió favorecido con los honores de la literatura. Pero toda esa regeneración dialectal, y esa degeneración sucesiva, son obra de la naturaleza, no de la voluntad del individuo ni de la nación entera. Llamamos castellano al de las *Partidas*, al del *Quijote* y al de *Pepita Jiménez*; pero, ¡cuánto dista el uno del otro! La literatura ha sido impotente para impedir su evolución. Desde Nebrija á Cervantes cambió en gran manera la pronunciación castellana. En los libros no se nota, porque pronunciamos los escritos del tiempo de Nebrija como los de hoy; pero esas letras sonaban muy de diferente manera en aquel tiempo; son cadáveres á los cuales damos vida artificial, como se la damos á los escritos griegos y latinos pronunciándolos de una manera con-

vencional, que dista bastante de la que tuvieron en vida del griego y del latín. La literatura conserva y perpetúa las letras, los escritos; no el habla, que es independiente de toda máquina humana. La lengua, al entrar en la literatura, es como si entrara en un estanque artificial sin salida, donde queda estancada y muerta para siempre; mientras que los dialectos, sus hermanos, corren cual ríos, engrosando cada vez sus caudales y variando en la calidad de sus aguas.

Hechos como estamos á vivir en medio de convencionalismos de todo género, se nos hace muy cuesta arriba la vida realmente natural y espontánea. La política, los cargos públicos, las carreras, los estudios, la religión, la filosofía, las obras de arte, todo lo hacemos á fuerza de reflexión, de dar y tomar sobre ello, discutir, tantear, pesar el pro y el contra. Los primeros días de la humanidad, las cosas pasaban muy de otra manera: todo era resultado natural, espontáneo é inconsciente de las facultades humanas, de la necesidad. La actividad espontánea de entonces difiere tanto de la reflexión consciente de hoy, como un paisaje natural de otro pintado. La poesía no tenía nada de académica, de artificial, ni siquiera se escribía. No les ocurrió á los vates que los versos pudieran medirse por sílabas, pies ó metros. La política resultaba, sin principios doctrinales de ninguna especie, de la misma constitución natural de la familia, que al ensancharse se convertía en clan, tribu, pueblo. A nadie le ocurrió asentar en un libro los principios de la moral y de la justicia. De la misma manera, el lenguaje no se inventó, ni hubo juntas para ello, ni siquiera ensayos más ó menos acertados para expresarse; la articulación y la relación entre la articulación y la idea eran tan naturales como el gesto, como el mirar para ver, como el llegar á la boca los alimentos, como el distinguir por el olfato y el gusto lo nocivo y lo provechoso. Y aquella misma espontaneidad inconsciente, que formó desde el primer día el lenguaje, fué la que lo ha ido modificando continuamente en cada raza y en cada pueblo. El castellano de hoy en día, sobre todo el que se escribe, es en sus

tres cuartas partes un lenguaje artificial; por eso lo pronuncia mal y lo echa á perder el pueblo. En cambio, el pueblo que hizo la cuarta parte restante de ese castellano, es el que mejor lo maneja. En el pueblo es donde se halla lo inconsciente, lo espontáneo, lo natural. Y la mayor necesidad del hombre consiste en querer corregir á la naturaleza con los artefactos de su reflexión y de sus manos. El idioma artificial más perfecto, el que Leibnitz fantaseó tal vez, sería más cacofónico, más complicado, más ilógico, que el último de los dialectos hablado por la tribu más salvaje. Cuando la naturaleza obra, en ella se encierra la divinidad, y así puede decirse con toda verdad, que el lenguaje, precisamente por ser producto espontáneo de la naturaleza del hombre, es divino al mismo tiempo. Y ese producto humano y divino, ese brote inconsciente del pensamiento, que toma forma sonora, es tan digno de estudiarse, como una flor del campo, una roca del monte, un animal de las selvas, una estrella del cielo, porque es un fenómeno tan natural como todos ellos, y más cercano al hombre que todos ellos, es «el producto vivo de todo el hombre interior,» como dijo Fr. Schlegel. «La razón popular, es decir, la razón espontánea, es la creadora del lenguaje», diremos con Renan; añadiendo que esa misma razón popular y espontánea que lo creó, es la que lo modifica y hace evolucionar. Un fenómeno tan natural no puede ser objeto exclusivo de la historia; tiene su razón y sus causas cuanto á su primer origen y cuanto á su evolución sucesiva, que debe investigar la ciencia. Y esa ciencia no es histórica; es ciencia tan natural como la geología; que investiga el origen y la evolución sucesiva de la corteza terrestre.

JULIO CEJADOR

RECUERDOS

Terminé el artículo anterior en el momento de recibir este aviso:

Que pasase á una habitación próxima donde iba á reunirse el Consejo de ministros.

Y á ella me dirigía, cuando oí algunas frases en un grupo próximo, que me detuvieron breves instantes.

Decía uno, que no sé si era diputado ó militar ó alguno de los íntimos de la familia de Prim; creo recordar esto último.

Decía, pues:

—¡Sí; el general ha conocido á los asesinos!

—¿Cómo es eso?—pregunté con gran interés.

Y me respondieron:

—El general ha contado que al detenerse el coche vió unos cuantos hombres, y que uno de ellos se echó un trabuco á la cara resueltamente y *hasta con gallardía*.

¡Pobre general Prim! Ni aun en aquel momento supremo desmintió su carácter. Un hombre le apuntaba con un trabuco, y él notaba que el asesino se había echado el trabuco á la cara, *hasta con gallardía*.

Después, según decía Prim, hubo un instante brevísimo en que, al parecer, vacilaron los asesinos, y entonces oí una voz, *que conozco*, que, soltando un terno, decía: ¡Fuego... fuego!

Y sonó la descarga.

Cuando esto refirió Prim, cuentan los que le oyeron, que todos preguntaron con ansia:

—¿Y de quién era la voz que usted conoció?

El general no contestó á esta pregunta.

—¿Y nada más, no saben ustedes más?—dije yo.

—Nada más.

El general quedó en silencio, y ya no volvió á hablar del terrible suceso.

Yo me separé del grupo, y me fuí á la habitación en que me estaban esperando los demás ministros, y con ellos el general Topete.

Según parece, en aquellos momentos de angustia, Topete se ofreció noblemente al general Prim, diciéndole:

—Yo no era partidario de la candidatura de D. Amadeo; mi candidato era el duque de Montpensier; pero las Cortes Constituyentes han votado á D. Amadeo por rey de España, y yo acato su fallo. Usted, mi general, no puede ir á buscar al nuevo rey á Cartagena... pues yo iré en lugar de usted.

Y agregaban que la gratitud del general Prim y los elogios del Regente ante la resolución gallarda de D. Juan Topete, fueron grandes y expresivos.

Como yo no estaba delante de dichos personajes en aquel momento solemne, sólo supe lo que me contaron.

*
* *

Y de aquel brevísimo Consejo recuerdo muy poco.

Sólo hago memoria de que en él se decidió que fuéramos á Cartagena á recibir á D. Amadeo: Topete, en representación del general Prim; el general Beranger, ministro de Marina, y yo como ministro de Fomento. El resto del Ministerio quedaba en Madrid, donde se esperaban graves acontecimientos al morir el general Prim, cuya muerte parecía segura, según la opinión de los médicos.

Y aquí mis ideas se oscurecen, mis recuerdos se borran, y

no vuelven á despertar hasta el momento en que me veo en el tren, camino de Cartagena, con Topete y Beranger y con algunos generales. Estoy seguro que el general D. Manuel de la Concha nos acompañó en aquella expedición, triste y angustiosa, porque todos íbamos bajo el peso de una catástrofe.

Todos llevábamos el profundo convencimiento de que el general Prim moriría en breves horas, quizás antes de que llegásemos á Cartagena.

De tal modo se confunden en mi cerebro aquellas lúgubres memorias, que no podría decir si salimos por la noche ó por la mañana, aunque debió de ser por la mañana muy temprano, porque á Cartagena llegamos al anochecer.

* * *

Las llanuras de la Mancha estaban cubiertas de nieve.

El tren se detuvo en muchas estaciones.

En todas ellas nos esperaba numeroso público.

Todos los comités del partido radical, que era entonces extenso y poderoso, acudían en masa á las estaciones, dando vivas al general Prim y á la libertad, y execrando á los infames asesinos.

El general Topete se encerró en el más absoluto silencio.

—Cumpla un deber—nos dijo,—un deber de conciencia, un deber de patriotismo, un altísimo deber como hombre de la Revolución, y un deber de cariño fraternal con el general Prim.

Sí, voy á recibir á D. Amadeo; si hubiera peligro, le cubriría con mi cuerpo; procuraré llevarle sano y salvo á presencia de D. Juan Prim, si todavía vive, y ante su cadáver, si ha muerto.

Pero nada más. Aquí empieza y allí acaba mi compromiso. Yo no soy del partido radical, y estoy resuelto á no realizar ningún acto como ministro radical. Todo eso les corresponde á ustedes—nos decía á Beranger y á mí.

Yo les acompaño; si hubiera peligros, que no lo creo, con ustedes y con el nuevo rey los comparto, y con el nuevo rey vuelvo á Madrid.

Esta era la actitud de D. Juan Topete, y estas eran próximamente sus palabras.

El general Beranger, que jamás había alardeado de orador, echó sobre mí la faena oratoria, y yo tuve que pronunciar un discurso en cada una de las estaciones en que nos deteníamos; discursos destinados á los comités radicales, á los alcaldes y Ayuntamientos, á toda clase de autoridades y al público en masa, que, entre gritos, vivas á la libertad y mueras á los asesinos, asaltaban materialmente el tren.

Fué una serie no interrumpida de discursos, naturalmente muy breves, de unos cuantos minutos, todos cortados por el mismo patrón, y que á medida que íbamos pasando estaciones se iban perfeccionando, si se me permite la palabra.

Los temas de los discursos eran siempre los mismos.

Tántas veces los repetí entre Madrid y Cartagena, que yo creo que hoy mismo podría reproducirlos.

Que las heridas del general Prim no tenían importancia; que en breve estaría repuesto el heroico campeón de la libertad, el valeroso soldado de los Castillejos. Que íbamos á recibir á Cartagena al rey demócrata, al que habían elegido las Cortes Constituyentes; al hijo de Víctor Manuel, el rey caballero. Que yo les invitaba á que salieran á recibir á nuestro regreso al nuevo rey de España, al que representaba el triunfo de la Revolución y el triunfo de la libertad. Y así sucesivamente.

Y al llegar á otra estación, si era de más importancia y eran más los minutos de parada, estos mismos temas se amplificaban, y aunque con palabras distintas, siempre venía á repetir lo mismo: la seguridad de que se salvaría el general Prim; la invitación á todos para que acudiesen á nuestro regreso; los elogios á Víctor Manuel, el rey caballero, el de la unidad de Italia: y hasta otra estación y otro discurso.

Y Topete, silencioso, en un rincón del coche.

Y Beranger, silencioso, diciendo:—A mí no me corresponde la oratoria.

Y los generales que nos acompañaban, silenciosos también, pensando sin duda: cuántas palabras y cuántos discursos y en cuántas estaciones nos detenemos, entorpeciendo el viaje.

*
*
*

¡Y cómo se transforman las cosas y los sucesos con los años! Nuestras lágrimas y nuestras aflicciones, cuando niños, nos hacen reír cuando llegamos á ser personas mayores.

Las tragedias infantiles, al cabo de cuarenta años, son sainetes. Lo que es grave y trascendental á los seis años, es puro juego de niños á los sesenta.

Y aquella serie de discursos políticos que yo pronuncié en mi viaje á Cartagena, al empezar el año 70 del siglo pasado, hoy, que cuento más de setenta y siete años, casi me hacen sonreír.

Y, sin embargo, aquel viaje era trágico y siniestro, y todos los discursos que pronuncié, ante una y otra multitud, eran sinceros.

Lo que iba diciendo lo sentía. No era el político que representa una comedia; era un hombre leal, que transmite sus sentimientos á la muchedumbre popular que le rodea.

Mi entusiasmo por el general Prim, por aquel hombre tan valeroso, tan enérgico, y en que durante dos años se desarrollaron grandes dotes de hombre de Estado, no era ciertamente un entusiasmo fingido; yo no he fingido nunca, y eso que he sido cerca de cuarenta años autor dramático. Habré acertado ó no con la verdad, pero jamás he puesto careta á la mentira.

Y al asegurar á la multitud que la herida del general Prim no era grave, no mentía tampoco; procuraba consuelos, en que yo no creía.

Consolar no es mentir.

Y al hablar de las Cortes Constituyentes y del rey demó-

crata que habían elegido, y de la libertad y de los triunfos democráticos, tampoco representaba un papel, sino que expresaba sentimientos hondos y verdaderos. Y verdaderas eran mis frases de simpatía por Víctor Manuel y la nación italiana.

A Castelar le había dado, años antes, y á petición suya, más de un artículo sobre los mismos temas para sus periódicos.

Y todavía recuerdo que en tiempos de la Exposición Universal de Londres, cuando invitado por un gran industrial, dueño de fábricas importantísimas de acero, á un banquete, al terminar éste y retirarse las señoras, nos quedamos bebiendo y fumando en un gran salón que daba á un parque regio; todavía recuerdo que después de largo silencio, casi religioso, brindaron los ingleses, y brindé yo, por la unidad de Italia y por Víctor Manuel.

En suma: que todos aquellos discursos ó pedazos de discursos, que iba yo sembrando por los andenes de las estaciones desde Madrid á Cartagena, expresaban afectos, creencias y entusiasmos que arrancaban de lo más profundo de mi alma.

Y hoy, sin embargo, vuelvo la vista á aquellos tiempos; me veo de pie en la plataforma del coche-salón ó en el andén mismo, de levita y con la cabeza descubierta, perorando á más y mejor, y sonrío, y me ocurre esta idea: ¿Cómo pude resistir tanto discurso y tanto frío sin constiparme?

¿Cómo era yo tan imprudente, que no usaba en momentos tales un gabán de pieles como el de tiempos posteriores?

Y vuelvo á sonreír, y vuelvo á pensar: La democracia individualista de entonces, hoy también necesitaría gabán de pieles.

En aquellos tiempos le bastaba el fuego de su entusiasmo, que no podían templar todos los mantos de nieve que se extendían á perder de vista por las llanuras de la Mancha.

Pero sigamos nuestro viaje, que del mismo modo siguió hasta llegar á Cartagena.

*
* *

Sí; á no llevar los presentimientos de una desgracia, porque todos creíamos que era segura la muerte del general Prim; á no envolvernos las sombras de la tragedia que en Madrid dejábamos, aquel viaje hubiera sido un viaje triunfal: así á la ida como á la vuelta, porque nuestro partido hizo alarde de su fuerza y de su organización, y triunfalmente llegamos á Cartagena.

Pero hasta Cartagena no más; y al llegar á Cartagena, la decoración cambió por completo.

En todas partes teníamos masas populares, clase media sobre todo, y comités organizados.

En Cartagena no teníamos ni elemento popular, ni organización, ni fuerza política que nos apoyase.

Cartagena no pertenecía al partido radical.

En Cartagena no había más que federales; cantonales, dijera mejor.

Aún quedaban algunos restos del viejo y tradicional partido progresista, pero en dispersión y aislamiento.

Individualidades respetables, leales á la vieja bandera, pero sin cohesión, sin elementos organizados, sin fuerza y sin aliento; acobardados muchos de ellos y perdidos entre las olas, cada vez más encrespadas, del cantonalismo.

Así es que si nuestro viaje fué hasta entonces, no diré alegre, porque la imagen del general Prim moribundo nos venía persiguiendo desde Madrid, al menos animado, entusiasta, salpicado por el vocerío de las muchedumbres; en cambio, al llegar á Cartagena todo fué oscuridad, soledad y silencio, y algo amenazador que flotaba en el ambiente.

Nadie salió á recibirnos, más que las autoridades militares y algún empleado administrativo que otro; era un recibimiento helado y fúnebre.

Esta es la impresión que yo recuerdo.

Ni el Ayuntamiento salió á recibirnos, porque en aquel momento, Cartagena no tenía Ayuntamiento.

Por actos de desatención y desacato á la Comisión parla-

mentaria, que fué á embarcarse á Cartagena para ofrecer la corona á D. Amadeo, el Ayuntamiento había sido suspendido y encausado.

Cartagena estaba, pues, privada de autoridades municipales.

Así es que llegamos á la estación, en donde yo no tuve que pronunciar ningún discurso, como no se lo hubiera pronunciado á la soledad y al silencio, y á nuestro alejamiento nos fuimos cada cual.

A descansar nos fuimos, pero no descansamos mucho.

Como Topete había resuelto no tomar parte en ningún acto político, me encargaron á mí, por representar el elemento civil y por traer ya este cargo y esta autorización, que aquella misma noche formase un Ayuntamiento, que al día siguiente, al llegar D. Amadeo se presentara á saludarle en nombre de Cartagena.

Tan luego como llegué á mi alojamiento, que, si no recuerdo mal, fué en casa del Sr. Spotorno, empecé mis gestiones, que duraron muchas horas y que no dieron resultado grandemente satisfactorio.

Yo llamé y celebré larguísimas conferencias con todos los personajes más notables de la población que pudieran representar á nuestro partido, por ser, como antes dije, restos, tradiciones del glorioso partido progresista.

Pero cuantos esfuerzos hice se estrellaron en el desaliento de unos, y en la tristeza y en los presentimientos de otros.

—Es inútil—me decían en diferentes tonos;—no puede aquí formarse un Ayuntamiento que represente al partido radical, ni á demócratas, ni á progresistas, ni á unionistas siquiera.

Ese Ayuntamiento viviría mientras estuvieran ustedes aquí. En cuanto ustedes se marchasen, no solamente quedaríamos sin autoridad y sin fuerzas, sino que peligraríamos, y peligrarían nuestras familias y nuestras haciendas.

Porque, no hay que hacerse ilusiones: el Gobierno mandará en España, pero en Cartagena sólo manda en los castillos, gracias á la guarnición y mientras la guarnición sea fiel.

Al llegar ustedes esta noche á Cartagena, si no fuera por los batallones de que disponen para la revista de mañana, si hubieran ustedes venido confiados en las autoridades y corporaciones civiles, acaso á estas horas estarían en el fondo del mar.

Y de este modo siguieron aquellos señores haciéndome una pintura pavorosa de la situación política y social de Cartagena.

Yo creí que exageraban, para evitar el compromiso de formar Ayuntamiento. Los tristes acontecimientos de dos años después, demostraron que veían con claridad el estado de la población, y que aquellas que á mí me parecieron exageraciones, inspiradas acaso por el cansancio, el egoísmo ó el miedo, eran verdaderas profecías, que la Cantonal y el sitio de Cartagena confirmaron el año 73.

Yo insistí, sin embargo: rogué, me puse cariñoso, me puse serio, empleé toda clase de recursos; pero no conseguí que se resignaran á formar un Ayuntamiento.

Conseguí, sin embargo, que constituyeran todos ellos una junta, á que di el nombre de junta de notables, la cual debería, tan luego como llegase D. Amadeo, presentarse á saludar, en nombre de la población, al nuevo rey.

No iría el Ayuntamiento, pero irían en corporación muchos señores muy respetables, de lo más respetable de Cartagena, á dar la bienvenida, en nombre de la población, al monarca.

Fué todo lo que pude conseguir, y fué algo, aunque no todo.

A decir verdad, no era fácil que D. Amadeo distinguiese en aquellos momentos una junta de notables de un Ayuntamiento, y habíamos salvado la dignidad, el decoro, el buen parecer.

Aun así, me aseguraron que se comprometían grandemente, y que acaso quisieran los federales ejercitar contra ellos alguna venganza.

Sólo realizaban aquel acto, según dijeron, por patriotismo, por deberes de partido, por consideración al Gobierno y por no crear nuevos conflictos.

Les di las gracias con toda sinceridad, y me disponía á descansar; pero aquella noche no era noche de descanso: recibimos un telegrama que confirmaba nuestros tristes presentimientos.

El telegrama decía: «El general Prim ha muerto.»

Y poco después, ó acaso al mismo tiempo, esto no lo recuerdo bien, otro telegrama de Gobernación, diciendo: «Se sabe, por referencias dignas de crédito, que Antoñete Gálvez, con unos cuantos tiradores de la federación de Murcia, llegarán ó habrán llegado á Cartagena; se supone y se teme que preparen algún atentado contra el rey; tomen ustedes toda clase de precauciones.

Y nos reunimos Topete, Beranger y yo, el general Concha y algún otro, para meditar sobre aquellos dos telegramas.

La noche era admirable para el descanso.

¡El general Prim ha muerto!

¡Antoñete Gálvez va á Cartagena á matar al rey!

Cartagena no tiene Ayuntamiento.

La población se envuelve en el silencio y la hostilidad.

El rey debía llegar al despuntar la mañana.

El cuadro era bien negro.

La muerte de Prim no había más que sentirla, llorarla por el amigo, por el hombre de corazón, por el gran luchador de la política, y deplorarla por la libertad y por la patria; pero no había nada que hacer más que esperar á que llegara D. Amadeo, para que nuestra primera frase de recibimiento fuera comunicarle el asesinato del general Prim.

Recibimiento consolador y alegre para la llegada de un rey.

En fin, estos hechos son inevitables; consumada la muerte, inevitable la noticia, y una posición bien triste para nosotros, los mensajeros de la desgracia.

Pero el telegrama que nos ponía en situación bien angustiosa, era el segundo: la llegada á Cartagena, según el telegrama decía, de Antoñete Gálvez y los tiradores federales.

A decir lo cierto, algunos años después, ni el telegrama nos hubiera preocupado como entonces nos preocupó, ni siquiera lo hubiéramos considerado como probable.

Acontecimientos políticos de años posteriores demostraron que Antoñete Gálvez era un hombre de pasión, de energía, de arrojo, pero que no era un anarquista ni un asesino.

Más aún: que, aparte de sus pasiones políticas, no era un hombre sanguinario; de él he oído referir rasgos que le honran, y me los ha referido persona digna de crédito.

Pero como entonces no se había dibujado del todo esta figura, que tanto relieve tomó en la Cantonal de Cartagena; como no sabíamos lo que era Antoñete Gálvez, y su nombre nos sonaba tan sólo como algo amenazador, dimos crédito al telegrama, y discutimos las medidas que convendría tomar á la llegada del rey D. Amadeo.

Ya lo he dicho: la situación de Cartagena era gravísima; sólo podíamos contar en plena confianza con el apoyo de las fuerzas militares, y nada más; ni policía, ni vigilancia, ni nada en que pudiéramos tener confianza absoluta.

Al menos, este era el estado de nuestro ánimo.

Y después de pensarlo mucho, resolvimos lo siguiente:

Que al otro día, después de llegar el rey, de presentarnos á él, y de comunicarle, como Dios nos diera á entender, la noticia del asesinato de Prim, el rey bajaría al arsenal; que en el arsenal estarían preparadas las tropas para la revista; y que en el arsenal no se dejaría entrar á nadie, no siendo de absoluta confianza.

Que, terminada la revista, sin entrar en la población, medida que justificaríamos como pudiéramos, volvería á la fragata D. Amadeo y en la fragata celebraríamos el banquete, que en la población hubiera sido una imprudencia celebrar.

En la fragata dormiría el rey, y á la otra mañana, desde la fragata á la estación, entre dos filas muy espesas de tropa; y de la estación á Madrid á todo vapor; y ahí te quedas, Cartagena, con tus federales de hoy, tus cantonales de mañana, con la

enemiga de la clase popular, el miedo de las clases acomodadas, y con tu silencio y tu siniestra hostilidad.

Este era nuestro programa, que lo aceptó con desconfianza el general Topete, pareciéndole pocas todas las precauciones, y recordándonos á cada momento que se había comprometido á llevar vivo á Madrid á D. Amadeo.

—¿Podemos hacer más?—le preguntábamos.—¿No lo sacrificamos todo, hasta el decoro, hasta la dignidad del Gobierno á la seguridad del monarca?

Si usted quiere más precauciones, dígalas.

—Está bien, está bien—repetía, agitándose nervioso y rogando á Dios que le sacara con bien de aquellos apuros.

No en verdad apuros personales; que D. Juan Topete sabía jugarse la vida como el hombre más valeroso; pero la idea de que pudiera ocurrir una desgracia á D. Amadeo, le ponía fuera de sí, y hasta había momentos en que se arrepentía de haberse comprometido en aquella empresa.

—Ese Antoñete, ese Antoñete—murmuraba paseándose con agitación.

Y ya muy avanzada la noche nos separamos, buscando cada cual unas cuantas horas de descanso.

JOSÉ ECHEGARAY

PARNASO INTERNACIONAL

EN EL CEMENTERIO DE ARROW

(De Lord Byron.)

¡Oh campos dulces á mi infancia! ¡Oh troncos
En cuyas secas ramas, indecisa,
Suspiros gime roncós
Con són doliente plañidera brisa,
Que en cielo puro lánguida se pierde!
Mi pie, de nuevo, conmovido pisa
La misma alfombra verde
Que un tiempo hollaron plácidos conmigo
Los que mi pecho amó, y hoy lloran lejos,
Cual yo quizás, su dicha, que halló abrigo
Bajo de vuestras ramas, troncos viejos!
Cuando, con paso incierto, errante giro
Del áspera colina
Por las torcidas sendas, aún te admiro,
Grato á mi corazón, olmo frondoso,
Que á la hora en que declina
Pálido el sol en el ocaso triste,
A tu sombra yacer, y de mis sueños
Gozarme en los encantos halagüenos,
Tantas veces me viste.

A tus pies fatigado
Aún me tiendo, y me esconde
Trémulo tu follaje; pero ¿dónde
Está mi pensamiento apasionado,
Que ya á mi afán, cual antes, no responde?
¡Ay! á evocar la sombra del pasado
Parece que me llamas
Cuando en murmurio tierno
La brisa orea las temblantes ramas,
Y la voz que en las hojas vaga gime
Suenan en mi oído murmurando:—«Dime,
Dime el adiós eterno.»

Cuando de mi existencia el hilo quiebre
La muerte, adormeciendo en letal calma
El corazón, donde la viva fiebre
Alimenta mi alma,
El postrimer consuelo
De la hora triste en que infeliz sucumba,
Si consuelo falaz la muerte alcanza,
Fuera saber que en el sagrado suelo
Que tan grato me fué, se abre mi tumba.

Quizás esta esperanza
Endulzara mi fúnebre agonía,
Y durmiera dichoso donde un día
Mis ensueños, de galas primorosas
Vistió la fantasía,
Y extendió mi ilusión alas hermosas;
Donde rodó mi cuna al dulce abrigo
Del viejo árbol amigo;
Donde imprimí jugando infantil huella
En la tierra que me abra pobre lecho,
Para que al polvo en ella
El polvo torne de que fuí yo hecho;
En mi última morada bendecido,
Por las voces que oía complacido

Sonar junto á mi cuna, y no he olvidado,
Llorado siempre con dolor profundo
Por la amistad sincera, y olvidado
Por el resto del mundo.

A ***

Hubo un tiempo feliz, que tú no olvidas,
Aun cuando yo no evoque su recuerdo,
Un tiempo en que ligó nuestras dos vidas
Amor que tú has perdido y yo no pierdo.

Y desde el día plácido en que abriste
Tu tierno corazón á mis amores,
Aunque hayan desgarrado mi alma triste,
Sin comprenderlo tú, crueles dolores.

Ninguno en mi memoria quedó impreso
Cual esta idea, que robó mi calma;
Huyó el amor, cual su mentido beso,
Rápido huyó, mas sólo de su alma!

Pero halló alivio la desgracia mía
Cuando en tus dulces labios he escuchado,
Con la voz que sincera juzgué un día,
Que te acuerdes aún de aquel pasado.

Hoy, con desdén tu orgullo mi amor paga;
Mas, si en la hoguera en que me abraso, no ardes,
Es para mí una dicha, que me embriaga,
Que todavía mi recuerdo guardes.

Esta idea feliz mi dolor corta:
Huye hoy de mí con aspereza impía,
Huye de mí mañana; ¿qué me importa?
Tu fuistes, un tiempo, mía, sólo mía.

E. M.—Septiembre 1909.

A LA MUERTE DE UNA JOVEN

¡Brille con grata luz á tu alma el cielo!
Jamás otra tan pura,
Para ascender á Dios en raudo vuelo,
Rompió del lodo la prisión obscura.

Con un rayo divino, ya en el mundo
Resplandecía tu alma;
Gozas de Dios, y nuestro afán profundo
Este feliz presentimiento calma.

¡Séate leve el césped de tu fosa!
¡Fresco brille y florido!
De la aflicción la imagen angustiosa
No ha de enlutar tu nombre bendecido.

En tu sepulcro, á tu memoria, flores
Son el digno tributo;
No cipreses, emblema de dolores.
¿Para qué por los ángeles el luto?

TEODORO LLORENTE

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

ESPAÑA Y NAPOLEÓN

1804-1809 ⁽¹⁾

«La guerra de España ha sido la causa primera de las desgracias de Francia... es lo que me ha perdido», murmuraba Napoleón desde el fondo de su destierro. No hay ningún historiador del emperador que no haya ratificado esta penosa confesión. En principio, un cambio de dinastía podía parecer una operación fácil, á la que Europa había tenido ocasión de acostumbrarse desde hacía unos quince años. Ningún pueblo había sinceramente llorado á su monarca desposeído; Francia abandonó á los Borbones; Holanda aceptó la República; después al rey Luis, sin acusar grande impaciencia; los alemanes perdieron á muchos de sus príncipes soberanos, sin apelar ante los vencedores de este abuso de fuerza; los italianos, piamonteses, venecianos, toscanos, contemplaron con la misma mirada indiferente, lánguida, á los ministros ó los príncipes que se sucedieron en Turín, Venecia, Florencia; en Nápoles, José Bonaparte se posesionó sin dificultad de la herencia de Fernando IV. El silencio de los pueblos pareció ser su asentimiento.

(1) Este interesante artículo ha visto la luz en la *Revue Hebdomadaire*.

Nada parecía amenazar al trono de los Borbones de España. El Gabinete de Madrid se había aliado con el de París. Ya en Trafalgar, Carlos IV pagó esta alianza con la pérdida de los diez mejores navíos de su flota; el porvenir le reservaba otras decepciones. El rey era un hombre excelente; pero era, sobre todo, «un pobre hombre», que desempeñaba de la mejor manera del mundo y del modo más inocente el papel de marido engañado. La reina María Luisa de Parma, que ostentaba sus desenfrenos á los ojos de todos sus súbditos, y á la que llamaban, en voz baja y hasta en voz alta, Mesalina, gobernaba al amparo de su amante, al que había hecho primer ministro y príncipe de la Paz. Godoy era un hombre de mediana inteligencia, embriagado por su poder, sin escrúpulos, sin honor, engañando á su amo con un tal cinismo, que dejaba estupefactos á los más insignificantes testigos. ¡Qué magnífico terreno para hábiles maniobras! ¡Qué hermosa presa para un conquistador siempre sediento de conquistas, aquella corte desprestigiada y aquel país entregado á la anarquía!

Aquella corte de España agonizante; las intrigas de Napoleón para dividirla, engañarla y, finalmente, aniquilarla; el despertar de un pueblo dormido durante un siglo; toda esta sombría historia, iluminada por resplandores siniestros, ha encontrado hoy su historiador en M. Geoffroy de Grandmaison. No es éste el lugar de decir todos los méritos de la obra del eminente escritor; pero se puede intentar un resumen de la negociación española, utilizando los diversos trabajos de M. de Grandmaison, no solamente su último libro *L'Espagne et Napoleon*, sino también la correspondencia que publica en estos mismos momentos del conde de la Forest, embajador de Francia en Madrid durante todo el reinado de José Bonaparte, correspondencia preciosa, tanto para los fervientes de la historia como para los aficionados al estilo elevado y al penetrante análisis diplomático.

Frente á Carlos IV, lo mismo que con Pío VII, Napoleón quiso proceder con la astucia; como esto no le dió resultado en

ninguno de los dos casos, hubo de emplear la fuerza, su argumento supremo. Hubiera podido declarar la guerra al rey de España; no le hubiesen faltado pretextos (Carlos IV no era un aliado sincero, puesto que las intrigas de Godoy iban lo mismo á Londres que á Berlín). Su obra más franca habría sido tal vez menos frágil; por querer economizar una conquista, se vió obligado á la más larga y á la más difícil; por primera vez, Napoleón, en lugar de encontrar ante él á un ejército, tropezó con un pueblo entero que defendía su independencia.

*
* *

Sigamos los pasos del conquistador.

Napoleón volvía de Tilsitt, entusiasmado por su alianza con Alejandro I, más todavía que por su campaña victoriosa. Dueño reconocido ya de una parte de Europa, no le faltaba más que el título de emperador de Occidente para poner de acuerdo las formas con la realidad. España era, pues, su vasalla, lo mismo que el Wurtemberg ó el reino de Etruria; hacía pasar sus ejércitos á través de Navarra, de Castilla la Vieja y de León, para ir á Portugal; la autorización que solicitaba de Carlos IV, su aliado, no era á sus ojos sino una simple, simplicísima formalidad. Carlos y su ministro aprobaban; aprobaban también otra cosa: por la mediación oficiosa y nada digna de un tal Izquierdo, firmaban en Fontainebleau, el 27 de Octubre de 1807, un tratado que fraccionaba á Portugal, concedía la parte meridional á Godoy, Príncipe de la Paz, promovido á soberano, y la parte septentrional á la reina de Etruria, que, á cambio, abandonaba su reino á Napoleón. El emperador se reservaba la parte central de Portugal, comprendida entre el Tajo y el Duero, para disponer la paz general, pero Carlos IV ¡podría tomar el título de emperador de las Dos Américas! Para semejante empresa, natural era que Francia introdujese 28.000 hombres en la Península y movilizase otros 40.000 en las fronteras pirenaicas.

¿Tenía Napoleón en aquel momento la intención de ejecutar estrictamente el tratado y de respetar la corona de los Borbones de España? Puede creerse, mientras que creyó sólido el trono de aquéllos; pero pronto le pareció verle vacilar. M. de Grandmaison ha insistido, con razón, sobre el proceso de El Escorial, página curiosa y oscura de aquella lamentable tragedia que produjo sobre Napoleón una impresión decisiva; desde el día en que una familia real se divide públicamente, inicia al pueblo en sus querellas y se convierte en un objeto de desprecio y casi de escándalo, su suerte está resuelta. ¿Cómo basarse en un rey que lleva su ceguedad hasta condenar á su hijo para satisfacer las bajas venganzas de su mujer y su ministro, sin aclarar con la menor investigación esa intriga complicada? ¿Cómo condenar á un infante, cuyo partido es, sin embargo, poderoso y numeroso en la nobleza y en el pueblo, y que se humilla cobardemente?

Fernando era un joven de veintitrés años, bastante inquieto, ambicioso, pero tontamente, hablando demasiado y no obrando nunca. Al corriente, como todo el mundo, de las intrigas de la corte, estimaba poco á su madre y detestaba á Godoy. Admiraba mucho á Napoleón, ó, por lo menos, deseaba hacerle la corte, previendo próximo el día de su advenimiento: viudo de la princesa María Antonia de las Dos Sicilias, no creyó poder hacer cosa mejor que pedir una esposa al emperador. Advertido M. de Beauharnais, embajador de Francia, se apresuró á indicar á Mlle. Tascher de la Pagerie, prima de la emperatriz. El emperador no había pensado en esta combinación, y esta idea, por venir de otro, fué condenada. Las princesas de la familia Bonaparte—y Mlle. de la Pagerie no lo era—en edad de casarse no eran numerosas; la mayor, Carlota, hija de Luciano, tenía doce años. Además, Napoleón no había llegado aún á ese amor de los proyectos matrimoniales que le hizo más adelante casarse con una Hapsburgo para dar á su casa un lustre de antigüedad. En 1808, y sobre todo respecto á un Borbón español, no le placía prestarse á seme-

jante negociación. Dejó al príncipe de Asturias en actitud de suplicante, hasta que la tragedia de El Escorial vino á aclarar su pensamiento y fijar su resolución.

Fernando, aconsejado por su profesor el canónigo Esquiza, ayudado por el Infantado, el conde de Montarco, el duque de San Carlos y numerosos miembros de la nobleza castellana, preparaba su reinado futuro y combinaba la caída de Godoy.

Para hacer caer al ministro, bastaba abrir los ojos del rey. La cosa era menos fácil de lo que se imaginaba el presuntuoso infante. La carta que escribió á este efecto fué interceptada por Godoy, que, como buen ministro, vigilaba los manejos del príncipe heredero; á la reina y á él no les costó trabajo convencer al rey de que su hijo preparaba una revolución. El historiador ha escrito, con su estilo vivo, esta escena penosa y burlesca: Fernando, ante la mirada de enojo de su madre, arrastrándose á los pies del rey, implorando su perdón, desaprobando á sus consejeros, echando sobre ellos toda la responsabilidad; Carlos, irgiéndose, para acoger más dignamente las excusas, y volviéndose hacia la reina para saber si puede aceptarlas. Estos príncipes hacen pensar en el rey del Ponto, Prusias, y en su mujer, Arsinoe; es cierto que Nicomedes tenía más noble actitud que Fernando, pero Carlos IV repelía con el mismo temblor de voz que Prusias y la misma mímica de espanto:

—«¡Ah! No me enojas con la República.»

Fernando fué considerado como irresponsable, y se instruyó un proceso contra sus consejeros. El 25 de Enero de 1808, una Junta, convocada especialmente, se negaba á formular una sentencia condenatoria, abofeteando así públicamente al príncipe de la Paz y á la reina. No pasaron dos meses, cuando, el 17 de Marzo, habiéndose trasladado la corte á Aranjuez, estalló un motín, que terminó con el encarcelamiento de Godoy, la abdicación de Carlos IV y la proclamación de Fernando VII.

*
* *

Si los acontecimientos de 25 de Enero han satisfecho al emperador, puesto que arrojan un nuevo descrédito sobre el Gobierno español, los del 17 de Marzo perturban singularmente sus planes. Desde los primeros días de 1808 están tomadas sus decisiones; ha aplazado la ejecución del tratado de Fontainebleau, sin dejar por eso de apoderarse del reino de Etruria; pide á Carlos IV socorros pecuniarios para que le ayude en su campaña contra Portugal; ha apresurado la entrada de sus tropas en la Península; en fin, el 20 de Febrero ha nombrado á Murat «lugarteniente del emperador» en España. Todos estos actos han asustado al pueblo, han asombrado á la corte y han causado el motín de Aranjuez. Carlos IV y Godoy, comprendiendo el peligro, han querido huir; el pueblo se lo ha impedido; Fernando se ha pronunciado por la resistencia contra el invasor; ha sido aclamado. Ha hecho en Madrid una entrada triunfal en medio de un pueblo delirante, al que la presencia del ejército francés no ha impedido demostrar sus sentimientos. Murat ha entrado veinticuatro horas antes en la capital; los dos rivales se vigilan, pero se ignoran.

Carlos IV y Godoy hacían, al huir, el juego de Napoleón, conscientemente ó no. Encontrándose vacante el trono, el emperador le hubiera dado en el acto un titular. El advenimiento al trono de un joven príncipe popular iba, por el contrario, á obligarle á la lucha ó al disimulo. Empezó por eludir todo acto de reconocimiento y por erigirse en protector de los soberanos desposeídos.

M. de Grandmaison ha revelado detalladamente en su libro todos los medios, persuasión, intimidación, amenazas que las gentes del emperador emplearon para hacer que fueran á ponerse á sus pies en Bayona Carlos y Fernando. Ha descrito, con la ciencia y el arte que se sabe, estas penosas escenas; ha mostrado á este conquistador colmando de atenciones y de miramientos á aquellos últimos Borbones desposeídos, para ahogarlos mejor, y esforzándose en aterrorizar á Fernando para arrancarle una abdicación, que comprendía que era difícil ob-

tener por la persuasión; pero ¡qué excusa para Napoleón el rebajamiento, la cobardía imbecil de los «viejos reyes», la inconsciente doblez del pretendiente y de sus consejeros!

Cuando Fernando hubo puesto la corona en manos de su padre, y Carlos IV hubo abdicado en favor de Napoleón, el emperador se creyó al fin dueño de España. Con este golpe de fuerza iba, por el contrario, á quebrantar el edificio que había elevado piedra á piedra desde hacía ocho años, y que solamente la paz con Inglaterra podía permitirle coronar. Este acto oficial, violento, sobre un nuevo reino, del que, sin embargo, no hubiera podido temer ninguna empresa, del que no podía esperar ahora ningún socorro útil, debía atraerle sobre él nuevas maldiciones, dar nacimiento á nuevas luchas. El ejemplo de Luis XIV hubiera debido ilustrarle; ¿de qué sirvió al gran rey poner á su nieto en el trono de Carlos V y proclamar: ya no hay Pirineos? La Naturaleza es sorda á estas grandes frases, y la voluntad de un hombre, de Luis XIV ó Napoleón, no puede hacer que sean comunes intereses divergentes.

*
* *

Para seguir á José en su papel de rey de España, el mejor guía es el conde de La Forest, que le precede en Madrid algunas semanas. Es un embajador del antiguo régimen; cónsul en América, se relacionó durante la revolución con Talleyrand, que le llamó á su lado durante su ministerio con el Directorio, el cual le envió sucesivamente á Luneville, á Munich, á la dieta de Ratisbona; le confió la legación de Berlín, en donde, con su gran habilidad, su profunda perspicacia, supo impedir que el Gobierno prusiano se aliase con Austria durante la campaña de 1805, é informó con celo al emperador sobre el estado de los espíritus y la preparación secreta de la ruptura. Un diplomático tan hábil era necesario en Madrid. Llega en los primeros días de Abril; queda sorprendido al encontrar á la opinión pública relativamente favorable á Francia, puesto que

los españoles esperan todavía que el emperador va á reconocer á Fernando VII. La marcha de éste á Bayona les ilustra; el motín del Dos de Mayo abre la era de la resistencia popular. Murat, para afirmar su prestigio debilitado, para seguir las instrucciones del emperador, se muestra implacable en la represión; después hace un llamamiento á la concordia; cree trabajar para sí mismo; espera el correo de Bayona, que le reconocerá el título de rey. El Consejo de Castilla empieza á prever el advenimiento de aquél, y se prepara á ella; su aire marcial, su aspecto simpático, su sangre meridional, le dan algunas ventajas para conquistar los corazones.

Así, cuando corre la noticia de que el trono es para el rey de Nápoles, José, La Forest comprueba desde luego la «frialidad en el público para pronunciarse por José Napoleón más bien que por Joaquín». El 10 de Mayo anuncia que el Consejo de Castilla hace saber «que no puede pedir por rey á tal ó cual príncipe de la familia imperial antes de ser más ampliamente informado. Uno solo de los miembros ha hecho consignar en los registros su voto formal por José Napoleón». Al día siguiente, el embajador da cuenta de las conversaciones que ha tenido con los miembros del Consejo de Castilla, del cual desea Napoleón obtener un voto formal á favor de su hermano. «Hubiera habido pocas divagaciones, me decían, entre los consejeros, si se hubiese tratado de expresar un voto por su S. A. I. el gran duque de Berg. La esperanza de ser notado por el príncipe que había de reinar, hubiese hecho que la circunspección cediese á la ambición, á la solicitud, á todos los sentimientos que se desarrollan en tales casos. Pero la desconfianza y la timidez dominan cuando hay que votar fríamente por un ausente.»

Si es, pues, probable que la candidatura de Murat hubiera sido mejor acogida que la de José por las clases elevadas; si es cierto que Joaquín hubiese dado pruebas de una mayor habilidad y hasta de más justa ciencia del gobierno que José, como lo demostró luego su conducta con el reino de Nápoles;

si es evidente, sobre todo, que su presencia al frente de un ejército le hubiera dado una unidad de dirección que los lugartenientes del nuevo rey no pudieron asegurarle nunca, no menos verosímil es que el pueblo español se hubiese sublevado contra él como se sublevó contra José. A los ojos del pueblo, el lugarteniente del emperador, puesto de pronto en el trono de los españoles, no podía ser, como lo dice sin eufemismos su historiador, sino «el rey intruso».

M. Frédéric Masson, que mejor que hombre alguno de Francia conoce las relaciones íntimas de Napoleón y de su familia, ha contado al detalle las numerosas conversaciones á las que dió lugar en el círculo imperial la vacante del trono de España. El emperador, en el mes de Febrero, había ofrecido ya la corona de Felipe V á su hermano mayor; pero entonces pretendía quedarse con Navarra y Cataluña y la orilla izquierda del Elba; José la rehusó. El 27 de Marzo, al saber la primera noticia del motín de Aranjuez, Napoleón se dirigió al rey de Holanda, y no habló ya de fraccionamientos; Luis lo rehusó, en una carta seca y casi grosera: dió á entender que no estaba hecho para ser gobernador de provincia. El emperador se dirigió entonces á Jerónimo; éste era un instrumento dócil; pero su mujer, Catalina de Wurtemberg, era protestante, y se negaba á convertirse. Quedaba Luciano, que, retirado en Roma, se encontraba en relaciones más que frías con el emperador. Ni por un instante, á lo que parece, pensó Napoleón en ofrecer á Murat la corona de Carlos IV. M. Frédéric Masson encuentra la mejor y más sencilla explicación de esto: Murat era un mariscal del Imperio, al mismo tiempo que una alteza real; darle un trono, y el más alto en la jerarquía tradicional de Europa, era atraerse las reclamaciones ó el despecho de todos los otros mariscales. Cierto es que Murat llegó á ser rey de Nápoles; pero aparte de que este pequeño reino no estaba sino en el segundo término de sus preocupaciones, Napoleón no se lo dió á su cuñado sino porque todos sus hermanos estaban colocados, y porque su hermana Catalina aportó á

su esposo honores que el emperador hubiese querido reservar para ella solo.

De nuevo le fué ofrecida la corona á José, el cual, más contrariado que satisfecho, aceptó el trono de Madrid á cambio del de Nápoles. Pero no se apresuró á ir á su puesto. Franqueó la frontera española, escoltado por una corte apenas constituida, el 9 de Julio.

*
* *

Transcurrió un mes: el país se sublevaba contra las tropas francesas, que tenían que forzar la entrada de cada ciudad, de cada pueblo; la resistencia se organizaba contra «el intruso»; por primera vez, desde los comienzos de la Revolución, ¡capitulaba un cuerpo de ejército en Bailén! El rey evacuó la capital, y el 9 de Agosto, desde Burgos, en donde se había refugiado, escribió al emperador que se esforzaría en volver pronto á Madrid, y que se apresuraría entonces á dar una proclama, «diciendo que renuncia á reinar en un pueblo que ha tenido que someter por la fuerza de las armas, y que teniendo todavía la elección entre un tal pueblo y el de Nápoles, que sabe apreciar su gobierno y hacer justicia á su carácter, da la preferencia á los pueblos que le conocen, se vuelve á Nápoles, haciendo votos por la felicidad de las Españas, y yendo á trabajar por la de las Dos Sicilias».

¡Extraño destino el de estos monarcas errantes!

Napoleón no contesta sino con el envío de nuevas fuerzas; corre á Erport á asegurarse de los sentimientos del zar Alejandro, y sin pérdida de tiempo se dirige hacia los Pírneos, para poner mano en aquel nuevo asunto, que decididamente se complica. Con la actividad y el espíritu de decisión y de organización, que es la propiedad de su genio, el emperador, en unos días, indica á todos la dirección que conviene; con un golpe de energía, en todas partes, al mismo tiempo en el te-

territorio invadido, hace que se restablezca el orden mostrando la fuerza. La campaña de España no es una de las menores operaciones militares de Napoleón, pero es la primera en la que no puede alcanzar el fin propuesto. En páginas vibrantes, animadas por un soplo guerrero, M. de Grandmaison describe la marcha forzada del gran ejército de España, conducido, al redoble de los tambores, por su jefe, que persigue al enemigo con una energía tanto mayor, cuanto que ese enemigo es el inglés, el más antiguo, el más tenaz, el único con quien hasta ese día no ha podido habérselas; pero el enemigo retrocede; la tempestad ruge; el ejército francés escala la sierra, á pesar de la lluvia y la nieve; Napoleón, unas veces á pie, otras á caballo, se esfuerza en reanimar el ardor de sus reclutas fatigados, quienes por primera vez murmuran, prontos á aclamarle; al día siguiente dan vista á la llanura de León; corren á meterse en el lodo en persecución del enemigo, que, prudentemente, se repliega. El 2 de Enero de 1809 el emperador entra en Astorga; inquiere una vez más el camino seguido por el ejército de John More; está á punto de rodearle, de aniquilarle, cuando el correo de Francia le anuncia que Europa se agita de nuevo, que Austria, aprovechando el alejamiento del gran ejército y de su jefe, se arma. En una noche Napoleón ha tomado su partido; modifica sus planes, opera una vuelta completa; la suerte está echada; ¡no se medita con los ingleses hasta Waterloó!

Mientras que el mariscal Soult continúa la persecución, y no puede impedir que el ejército británico se refugie en Coruña y embarque, ¿qué es del rey José?

El 4 de Diciembre, ante la intimación de Napoleón, Madrid ha abierto sus puertas, los insurrectos han huído, el ejército francés ha ocupado todos los cuarteles; el rey no ha vuelto á hablar de abdicar; por el contrario, trabaja activamente en organizar su Gobierno; desde que su hermano ha acudido para defenderle el trono, no tiene más que una preocupación: obrar por sí mismo, hacer actos de soberano independiente, para no parecer el delegado del emperador ó su vicerrey. Sin embargo,

Napoleón es quien dicta los decretos, quien de un mismo plumazo reduce en dos terceras partes el número de conventos, suprime el tribunal de la Inquisición, los derechos feudales, el Consejo de Castilla, decide el encarcelamiento de los principales personajes de Madrid, va á elaborarse una Constitución; Francia lleva á los españoles la libertad.

El 22 de Enero de 1809 el rey José ha vuelto á su capital; por esta fecha, Napoleón está de regreso en París. Se invita á los oficiales franceses que han quedado en Madrid á que lleven la escarapela española; el mariscal Joudan es el jefe de Estado Mayor, obediente y adicto del nuevo rey. El conde de La Forest, como embajador celoso, anota todos los detalles, encarece los esfuerzos del nuevo Gobierno y sus buenas disposiciones, comunica á Madrid los consejos más ó menos imperativos de París; sin embargo, ve que el pueblo permanece silencioso y sombrío; el Tesoro está exhausto, el rey y sus ministros no saben qué método seguir; la amenaza ha hecho al pueblo hostil; la benevolencia le deja ahora indiferente.

Harto justo castigo de una empresa poco justificable, cuyas consecuencias van á ser tan penosas para toda la política imperial. Napoleón ha desencadenado contra él la ira de los pueblos; los españoles servirán de ejemplo á los rusos y á los alemanes; para todos aquellos cuyos deseos y afecciones se han violentado, va á abrirse la guerra de la independencia; el sentimiento patriótico de legítima defensa que animaba á los voluntarios de 1792 y los hacía victoriosos, va á desarrollarse en las naciones subyugadas, y por toda la Europa va pronto á resonar la fórmula magnética de la Revolución: ¡la patria está en peligro!

De España brotó la primera chispa del inmenso incendio prendido por una ambición generosa, pero desmedida. M. de Grandmaison, que ha fijado en páginas tan claras y tan elocuentes los comienzos de esa siniestra aventura, nos contará pronto, sin duda, las peripecias, y guiados por él, veremos tristemente desmenuzarse los restos del gran ejército en los

llanos de Castilla y de Extremadura ó en las gargantas de las sierras, acosado por los paisanos armados ó por los soldados de Wéllington, rodeando, en fin, á José en su carroza real y llevándole por el camino de Bayona á los cinco años de haber llevado por el mismo camino, en la misma carroza, los mismos granaderos á Carlos IV y Fernando VII.

PEDRO RAIN

GOYA

POR

VALERIANO DE LOGA



(CONTINUACIÓN)

En la, para Goya, tan desdichada época de su enfermedad, coloca Iriarte (1) su famoso episodio con la duquesa de Alba, que, á pesar de la erudita refutación de los autores españoles, tan arraigado está en el público y en las literaturas extranjeras.

D.^a María Teresa Cayetana de Silva y Toledo, XIII condesa duquesa de Benavente y de Alba, era sin duda una dama tan excéntrica como bella. Su nombre le ha hecho inmortal Rafael. En efecto; poseía la tablita ovalada de la Sagrada Familia que el Ermitage de San Petersburgo cuenta hoy como su más preciado tesoro. La valiosa tabla que un Virrey de Nápoles llevó á España, fué regalada, según se cuenta, por la duquesa, en un momento de loca prodigalidad, á su cirujano, regalo de que pronto se arrepintió y que, según se susurraba en la corte, hubo de expiar con la muerte. La entusiasta amante de las artes hizose retratos por Goya varias veces, así como su esposo, el diletante marqués de Villafranca, y dió al artista brillantes muestras de favor, que también se hicieron exten-

(1) Matheron, á quien debemos la descripción inserta más adelante, de la relación de Goya con la Duquesa, nada sabe de relaciones ilícitas.

sivas á su mujer y familia. Le proporcionó habitación en su palacio, le puso coche, y mandaba á D.^a Josefa comida de su propia mesa en vajilla de plata, con orden de que no la devolviera, etc. Dadas las libres costumbres de aquel tiempo, tanto la elevada dama como el artista podían permitirse mayores libertades que otras damas, á pesar de lo cual, el célebre pasaje de la carta á Zapater, por lo demás, el único de doble sentido en este género, puede interpretarse como una inocente baladronada (1). ¿Por qué no había una dama principal de dejarse estucar la cara por un pintor? Ya ambos eran entonces (1800) entrados en años. También deben meditar los amantes de la referida leyenda amatoria, que se puede codiciar un mudo amador, pero no uno sordo, que además está enfermo, y se acerca á los cincuenta.

El gascón Iriarte, cuya fantasía era mayor que su amor á la verdad, cuenta, refiriéndose á cartas del nieto del maestro, que fuera de él, por cierto, nadie ha leído, una novela muy seductora. Goya acompañó, dice, á la duquesa, desterrada de la corte por intrigas y celos de la reina, á Andalucía. Enfermedad simulada, luego hermosas semanas en Sanlúcar de Barrameda, florido pueblo combatido por las olas. Cuando en Sierra Morena, en el paso de Despeñaperros, se rompió el coche, la ayudó á bajar, dándole la mano, á trueque de un enfriamiento, del cual provino su sordera.

El mismo autor habla después de un álbum que poseía Valentín Carderera, y le llama precioso documento, que describe, día por día y hora por hora, todos los detalles de este viaje á «Citerea». Desgraciadamente, en tan interesantes páginas, que se conservan en el Prado y en la Biblioteca Nacional de Madrid (2), ha visto el afortunado biógrafo lo que los demás

(1) Zapater: o. c., pág. 55. «Mas te valía venir á ayudarme á pintar á la de Alba, que se metió en el estudio á que la pintase la cara, y se salió con ello. Por cierto, que me gusta más que pintar en lienzo.» La carta original, fechada 2 de Agosto de 1800, la posee el marqués de Casa Torres.

(2) Araujo Sánchez: o. c., págs. 83 y 84. A. M. de Barciá: Goya en la E. M.—Septiembre 1909.

simples mortales no hemos podido ver. Pero aun cuando se quisiese ver en aquellos dibujos de bellas, á la duquesa faltaron ocasiones, que ni en Madrid ni en el viaje se pudieron presentar. Lo picante de tales relaciones, inspiró luego á muchos cultivadores de la fábula. La duquesa, antes de relacionarse con Goya, tuvo que deshacerse de su rival, la de Osuna. Otra falsedad. Por las Memorias de Godoy, está demostrado que estas dos elevadas damas se disputaban los favores del torero Romero; el escándalo de 1787 debió dar por resultado el referido destierro de la de Alba.

El admirable retrato magnífico de color que posee el marqués de la Romana, que representa á Goya paseando en cortés conversación con su protectora, así como un encantador y atrevido Capricho, testimonian la íntima posición de que gozaba el artista en casa de la duquesa. Este último lleva, sin embargo, como el retrato grande, la fecha de 1795. En la elegante y esbelta figura, con su magnífico pelo negro, si bien éste sólo se ve por detrás, se reconoce fácilmente á la aristócrata. Aparece en actitud de acariciar á una dueña que sostiene un crucifijo, y pedirle ayuda ó favor para algo ilícito. En la pareja vemos á la misma vieja de Negra, que cantó Quintana, y que en uno de los dibujos de la Biblioteca se encuentra prendido en el pecho de la señora, y un pequeño y grotesco paje, que también, como reza la inscripción, Luis Berganza pertenecía al recreo de la duquesa. Una encantadora impresión del momento, radiante de humorismo.

Una vez que la leyenda tomó este incremento, se quiso reconocer en todas las figuras femeninas de Goya el retrato de la famosa duquesa: en los cartones de tapices, en casi todos los Caprichos, en los retratos de bellas desconocidas, y sobre todo, en las dos célebres Majas. Hasta corrió la anécdota de una sorpresa por el marido. El mismo perro que aparece en el magní-

sección de estampas de la Biblioteca Nacional. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Madrid, 1900. IV, pág. 193.

fico retrato de su Palacio de familia, al lado de la duquesa, fué tomado por una especie de símbolo, y siempre que se encontraba un animal parecido, sobre todo en situación ambigua (Caprichos, núm. 27), se creía rastrear á Goya y á su protectora.

La comparación con el retrato auténtico de la duquesa destruye todas estas historias, en el caso de que no se admita, como algunos fantaseadores, que Goya sólo pintaba el cuerpo para poner otras cabezas.

En el célebre retrato del palacio de Liria, en Madrid, doña María Teresa señala con imperioso ademán el suelo, donde se lee escrito en la arena: «A la duquesa de Alba, F.^{co} de Goya, 1795.» El perro blanco está á su lado. El paisaje es sólo una impresión, y el interés se concentra en la faz de la figura, completamente vestida de blanco, y cuyo talle rodea un ajustador encarnado. La cara, pequeña y nerviosa, enfermiza, se destaca entre un bosque de bucles negros; una larga y fina nariz, una boca extraordinariamente pequeña, cejas negras, pronunciados son los detalles más salientes de aquel rostro, que difícilmente se olvida. En los amenazadores ojos hay una sombra de melancolía. Julios Wernher, en Londres, posee una excelente reproducción del retrato procedente de Nápoles. La media figura que posee el duque de Medina Sidonia parece un boceto anterior. El famosísimo retrato de la duquesa, vestida de negro, de la colección Urrureta Goyena, que después de diferentes vicisitudes se encuentra en la Spanish Society, de New York, entre otras obras de arte españolas, es quizás idéntico al mencionado en la carta de 1800 á Zapater. De la circunstancia de que también allí señala la bella duquesa el nombre de Goya, escrito en el suelo, pudieron alimentar los amigos sus picantes historias. El busto que posee D. Rafael Boris representa á la duquesa algo más joven. No falta el perrillo, su contraseña, ó de la pasión de Goya. El delicado retrato de la colección de Salamanca, que poseyó luego Mr. Bamberger, en París, hoy fallecido, no tiene nada que ver con la duquesa.

Lo que, por otra parte, se contaba de galanteos de Goya con damas de la alta sociedad, carece igualmente de verosimilitud. Lindamente cuenta Matheron cómo zarandeaba á su gusto á los imbéciles maridos y gustaba goces ilegítimos, por decirlo así, ante los ojos del engañado, y cómo una dama enamorada de él, le dejó en su testamento una fortuna, que él arrojó, con groseras palabras, á los pies de los legítimos herederos. Por fortuna, el democrático Bocaccio no cita nombres propios.

* * *

Cuando Goya, después de larga enfermedad, volvió á tomar parte en la vida pública, con el oído perdido para siempre y con los ojos no muy sanos, pues tenía que gastar lentes (los retratos de Bayona y Castres le representan en sus demarcadas facciones de esta época), halló el mundo conmovido en sus cimientos. Al entusiasmo con que España había saludado á los jefes de la revolución francesa, siguió pronto una desilusión. Pronto el país se mantuvo indiferente ante los hechos de allende los Pirineos, porque las cuestiones discutidas en las reuniones francesas estaban muy lejos del pueblo leal y clerical por naturaleza. Cuando se conocieron, una sobre otra, las noticias de la prisión, proceso y ejecución de la familia real, el caballeresco pueblo, como un solo hombre, púsose sobre las armas. Mas este movimiento nacional fué sofocado. Intrigas de corte tuvieron quieto al ejército, pues también andaban mal las cosas en España.

Con Carlos III fueron enterradas muchas felices reformas y disposiciones. Cierto, que Floridablanca subsistió, pero tuvo que luchar diariamente con la camarilla. La reina, á quien en el fondo le eran tan indiferentes los asuntos de Estado como á su marido, sólo quería dominar y tener dinero para sus dilapidaciones. El sin conciencia é intrigante Lerena, su instrumento incondicional, consiguió pronto aislar al hombre de Estado. En 1790 era enviado Cabarrús á una fortaleza, Jo-

vellanos desterrado y Campomanes caído; una vez alejados así los mejores consejeros, el mismo Floridablanca tuvo un golpe desgraciado en su política. A la noticia del movimiento popular de París, el viejo fué desconcertado en sus planes. «Vió que habría echado en su glorioso Gobierno gérmenes de disfavor; hizo causa común con los peores, destruyendo así los mejores trabajos de su vida» (1).

A su caída, enlazada con tan indignas circunstancias, le sucedió Aranda, hombre gastado ya entonces. Pero se susurraba que sólo se le había nombrado para preparar el inaudito caso de favoritismo que había de perder al país.

Ya antes de la entronización de Carlos IV, había empezado el favor de Godoy con María Luisa, cuando por fin el rey se enteró de aquel secreto á voces, después de violentas escenas y catorce días de separación (Carlos IV desquitóse entretanto en San Ildefonso); quedó María Luisa por fin victoriosa, y desde entonces sucedió lo increíble. Poco le costó al favorito ganar al rey en toda la línea, extravió moral que se acentuó con los años, hasta el punto de que en la catástrofe de Aranjuez, Carlos se cuidó antes de salvar la vida de su Manuel que su propia corona. El mismo Godoy quiso explicar su inusitada carrera en sus desacreditadas y falaces Memorias, afirmando que el rey, penetrado de su incondicional abnegación, le había colmado de tantos favores, y aún le parecían pocos. Este *menage á trois*, dicho sea en honor de Godoy, continuó en el destierro después del destronamiento de su protector.

Tan grande fué la general indignación, cuando en Noviembre de 1793 las riendas del Gobierno fueron abandonadas en las ineptas manos del favorito, que los clericales se inclinaron al suplantador Aranda, á quien no podían perdonar la expulsión de los jesuitas.

Cuando Godoy, para encarecer los méritos de su adminis-

(1) Baumgarten: Geschichte Spaniens vom Ausbruch der frauzösischen Revolution, I, pág. 36.

tración, enumeraba la larga lista de libros impresos en España durante su Gobierno y todas las medidas benéficas y útiles, hablaba también de las artes. «Mi título de protector no fué una vanidad... los artistas... más que protector de la Real Academia, me encontraron un amigo oficioso; sus discípulos me miraron como padre» (1). También á Goya le fué siempre afecto el poderoso. El artista encomiaba especialmente la urbanidad de Alcudia, y contaba á su amigo que el Príncipe le sacaba á paseo en su coche, comía con él, y hasta para poder hablar con el pintor, aprendió á hablar por señas (2). Ya indicaremos después los encargos que le encomendó.

Poco á poco habíase restablecido Goya de su enfermedad, hasta poder pintar de nuevo. Nada podía abatir su espíritu superior, y su buen natural le enseñó á sobrellevar sus padecimientos.

También hallaba estímulo y distracción en sus conversaciones con los amigos, que en su mayor parte habían aprendido el lenguaje mímico.

Después del destierro de Jovellanos, eran sus íntimos, además de los fieles amigos antiguos, el poeta Quintana, Meléndez Valdés y Moratín hijo, así como Isidoro Máiquez, Talma y las ingeniosas comediantas Tirana y Rita Luna. Parece ser que, á la muerte de su cuñado Ramón, llevó á su casa á su sobrina Feliciano, la cual le distraía, como después Rosario, con su travesura. A esta encantadora niña la inmortalizó Goya por el arte de su paleta.

El 4 de Enero de 1794 escribía á D. Bernardo Iriarte, que quería exponer algunos cuadros en la Academia: «Para ocupar la imaginaci.ⁿ mortificada en la considerac.ⁿ de mis males, y para resarcir en parte los grandes dispendios q.^e me an ocasionado; me dedique á pintar un pliego de quadros de gabinete, en q.^e he logrado hacer observacio.ⁿ á q.^e regularmente no dan

(1) Godoy: Memorias, I, pág. 168.

(2) Zapater: o. c., págs. 55 y 56.

lugar las obras encargadas, y en que el capricho y la invención no tienen ensanches» (1). En una segunda carta se habla de un «Corral de locos», que empezó á pintar según estudios hechos en Zaragoza. Algunos detalles hacen colegir que se trata de aquel cuadro que después pasó á la Academia, por mediación de D. Manuel García de la Prada. También se citan los otros tres cuadros conservados allí. Las tablas de igual tamaño sorprenden, dentro de la frescura de su concepción, por una ejecución esmerada y amorosa. En especial, ha conseguido cumplido efecto en la perspectiva que Goya eludía en los cartones y despreciaba en casi todos los retratos. En un circo, improvisado en el campo, de forma irregular, como se suele ver en las fiestas de los pueblos aún hoy, se verifica una suerte de pica. En «La procesión del Viernes Santo», con flagelantes, encapuchados y demonios, domina, como en la corrida, una luz apagada de extraña delicadeza. Los otros dos cuadros nos trasladan á un espacio murado, y alumbrado por escasa y diseminada iluminación, que representa con persuasiva fidelidad una sesión del tribunal de la Inquisición y el interior de una casa de locos. Una inspirada reproducción del último, que, quizá por su vida, es preferible al primero, posee hoy D. Aureliano de Beruete. Si el célebre y atrevido cuadro carnavalesco «El entierro de la sardina», en que rivalizan un humorismo bacanalesco, con verdadera orgía de colores, fué pintado entonces ó más tarde, es difícil determinarlo. En todo caso, no se aviene muy bien con la disposición de ánimo de Goya en esta fecha.

Estos cuadros significan un importante momento de la evolución artística de Goya. El que consumió una generación pintando cartones para tapices, y amenazaba paralizarse con los dibujos académicos, siguió, en cuanto pudo emanciparse de todo encargo, la inclinación de su natural temperamento que le arrojaba á resolver problemas pictóricos.

(1) Museo Británico. Egerton, 585, 74 y siguientes.

En sus retratos ya pudo, mucho antes, Goya camppear á su gusto. Aun cuando seguía, al principio, la tradición dominante, en cuanto á los fondos de cortinajes, paños, muebles, eligiendo, de cuando en cuando, alguna perspectiva libre, siempre el interés principal estaba reservado al asunto, así como el mayor esmero de la ejecución. Pero tan pronto como sintió el accesorio como una obligación penosa, prefirió presentar las figuras como Velázquez, inmediatamente delante de una pared, cuya uniforme coloración reflejada, prestase al cuadro unidad de tono. Su visión, independiente de la naturaleza, le inclinaba á pintar las figuras al aire libre, de modo que se destacasen vigorosamente como en una cámara fotográfica, mientras el paisaje retrocede algo por una oleada de ambiente, y todos los contornos y líneas del mismo parecen como debilitados.

También hay algunos retratos, fechados del año 1794, de los cuales, en verdad, no se sospecha que hayan sido pintados por un enfermo. La media figura del célebre escritor militar D. Félix Colón de Larviategui (Colección Traumann, Madrid), puede clasificarse por su estilo con el general Ricardo, de Boadilla del Monte, y con el hermoso retrato de un brigadier desconocido, que posee D. Luis de Navas. «D.^a María de las Mercedes Fernández, por Goya, 1794», se lee en una hoja de papel que tiene la dama vestida de blanco (Colección del Conde de Villagonzalo). Era la abuela del marqués de San Román, el célebre general.

Hemos de agregar también á la obra maestra del siguiente año, el retrato de la duquesa de Alba, de que ya hemos hablado, la espiritual figura de D.^a Tadea Arias de Enríquez, en el Prado.

El retrato de Guillemardet en el Louvre, que en el año 1795 desempeñó corto tiempo el cargo de embajador (1), sin ser recibido en la corte, muestra á Goya en el apogeo de su fuerza

(1) Matheron: o. c., cap. VIII.

creadora. El mismo parece que declaró (1) que ningún retrato le había salido mejor; y un francés pudo decir: «Jamais un peintre français n'a si bien mis d'accord les trois couleurs nationales» (2). El hombre que aquí aparece tan guerrero era médico de Autun, y por cierto padrino de Eugéne de la Croix, el ardiente admirador de Goya.

Goya supo sacudir de sí los ingratos trabajos para la Fábrica. Además, Carlos IV mostraba menos interés que su predecesor por los tapices que, bajo el reinado de su padre, habían consumido casi medio millón. La reina necesitaba el dinero para otras cosas; quizá hubo también en Livinios Huik menos energías; el caso es que la manufactura no siguió floreciendo. En vano pidió nuevos modelos, y por último, para dar trabajo á los obreros, hubo que repetir los bocetos de Goya (3), y se hicieron alfombras semejantes á las de la Savonierie.

En el año de 1797 pintó Goya á su amigo Zapater, por segunda vez, en un retrato ovalado. (Durand-Nuel, París.) Por lo que se puede colegir de aquí un nuevo viaje á Zaragoza, del maestro. También lleva esta misma fecha el retrato el Anacreonte español, que precisamente en aquella época había sido trasladado de Valladolid á Madrid, con el cargo de procurador de lo criminal. Meléndez Valdés, que debía expiar con el destierro su gestión como director general de Instrucción pública (1817, en Montpellier), fué uno de los amigos de Goya. El cuadro de Bowes Museum en Barnard Castle, que merece la preferencia sobre las reproducciones de Madrid, está pintado con tan poco color, que á trechos aparece la tela. Las luces están muy repartidas, y la carnación es suave y sanguinolenta. Con él se puede clasificar, en cuanto á la fecha, el retrato de otro poeta, con el cual el maestro, en los últimos años de su

(1) *Gazette des Beaux Arts*. XIX, pág. 575.

(2) *Idem* XIX, págs. 147 y 148. Se conocen de su mano unas rosas, copias de Caprichos hechas en Sepia.

(3) Cruzada Villaamil, núm. 42.

vida, volvió á encontrarse en Bordeaux. Leandro Fernández Moratín, el fundador del moderno teatro español, había vuelto en 1796 de sus viajes al extranjero, durante los cuales también visitó Alemania. Además del retrato de la Academia de San Fernando, poseemos otro de mano del maestro, pintado posteriormente en Bordeaux. «La gloria que busqué toda mi vida, la he logrado, antes que por mis versos, por el pincel de Goya» (1), parece haber dicho ante el retrato.

La misma técnica flotante y amplia, mezclada con el más refinado gusto en la gradación del color, aparece en más alto grado en el exquisito retrato del Dr. Payrel, en la National Gallerie de Londres. También el simpático retrato del joven con el lapicero, en que nuevas investigaciones, han hecho ver al esclarecido político D. Evaristo Pérez de Castro, y que hoy adorna el Louvre, se puede clasificar entre éstas sus más sazonadas creaciones.

En Septiembre de 1797, la boda del príncipe de la Paz con D.^a María Teresa de Borbón, la hija del infante D. Luis, proporcionó á Goya nuevos encargos (2). Para sustraer al disoluto é infiel favorito al influjo de la conocida Josefa Tudó, con la que se decía estaba ligado y tenía hijos, y cuyos parientes presentaban memoriales en su palacio, no tuvo inconveniente la reina en sacrificar á la ambición y vanidad del príncipe á su sobrina, casi una niña entonces. En vano se opuso el clero á bendecir tan vergonzoso matrimonio, y amenazó la Inquisición hasta con una querrela de bigamia, y el digno primado del reino, cardenal Lorenzana, antiguo preceptor de los tres niños del príncipe (3), fué voluntariamente al destierro. Cuando el patriarca de las Indias, menos escrupuloso, bendijo en la capilla de palacio la unión, los nobles no asistieron á la ceremonia.

(1) Matheron. Capit. VIII.

(2) Memorias, II, pág. 236. Lafuente, pág. 79. Baumgarten, o. c., I, página 94.

(3) El retrato de este digo príncipe de la Iglesia, de la sala capitular de la catedral de Toledo, no es de Goya.

Pero aquel libertino, sin conciencia, pronto desatendió á su joven y bella esposa, como había hecho con su señora; volvió á los brazos de la Tudó, y hasta consiguió un título de condesa de Castillo Fiel para la odiosa criatura.

Goya pintó varias veces, en aquel tiempo, á la bella hija de su venerado y amado protector.

A manera de aureola, rodean los dorados cabellos el delicado y noble óvalo de su rostro, donde sonríen una rosada boca infantil y dos candorosos ojos como violetas. Un vestido blanco, liso, con lazos y ajustador azul pálido, forman el adecuado engarce de la joya.

Del gran retrato, de figura entera, de la princesa, se conserva también en Boadilla del Monte un estudio del busto. En el brazalete que rodea su graciosa muñeca se advierte la miniatura de su madre. Esta obra maestra, en la cual Goya se indemnizó en su culto á la belleza de su trabajo diario, fué sólo superada por el tercer retrato de la infanta. Vestida de blanco, ante una pared oscura, en sillón dorado, resplandece con suave gracia, y domina por su belleza. Ciertos cambios en su esbelta figura hacen colegir que cuando este retrato se hizo, ya María Teresa estaba casada hacía varios meses. El medallón que ostenta en la pulsera está tan gastado, que no permite saber á quién representa la miniatura.

Poco se conoce de la vida ulterior de esta simpática criatura; sufría en silencio su delicada alma el amargo ultraje, hasta que su muerte hizo sitio á la Tudó.

También el hijo del infante D. Luis María, que Goya pintó de niño, como á su hermana, fué retratado ahora por el maestro, ocupando la silla de San Ildefonso, como sucesor de Lorenzana, y ostentando la púrpura cardenalicia. El artista estuvo, probablemente (1) el 5 de Marzo de 1801, en Toledo, para tasar la decoración pintada por Fernando Branbila y Gregorio Borguini, en honor del nuevo arzobispo. Sencilla y sin preten-

(1) José Martí y Alonso, o. c., pág. 474.

siones, como conviene á un alto prelado, aparece el cardenal. El lienzo, en Boadilla del Monte, difiere poco del ejemplar del marqués de Casa Torres. Una reproducción de este retrato existe hoy en el Museo del Prado.

En la época del casamiento de Goya hay que colocar también las pinturas decorativas de Goya para el palacio del duque, hoy Ministerio de Marina. Desde el gran vestíbulo conduce la escalera recta á un pequeño recinto, cubierto de bóveda plana, que en otro tiempo fué antesala y hoy es biblioteca. Se componen de grupos alegóricos de la Agricultura, Industria y Comercio. El cuadro de encima de la puerta es posterior. Los asuntos, compuestos de dos ó tres figuras, están admirablemente adaptados al círculo; el color es agradable, pintado tan claro, con la intención de producir la ilusión de los frescos. El tono general forma un gris delicado y armónico.

El año 1798, el duque de Osuna, á quien gustaba jugar á los soldados, encargó á Goya el retrato del general Urrutia; que de la venta de 1896, de infausta memoria para el Museo del Prado, pudo salvarse. El célebre general sintióse en Madrid tratado con frialdad, desde que manifestó su desacuerdo con el Gobierno del favorito y con sus planes militares. Está en la montaña, con un anteojo en la mano, en actitud de hacer un reconocimiento junto á una escarpada roca natural y sin pose. Una esbelta y elegante figura, en cuyos ojos, á pesar de los setenta años, luce fuego juvenil. En su pecho aparece la cruz rusa de San Jorge.

Un segundo retrato, en el cual aparece un oficial, en actitud indolente, en la plaza de operaciones; un oficial de cuerpo entero, D. Manuel Lapeña, marqués de Bondad Real, es del siguiente año. Asimismo, de los primeros años del siglo es el elegante retrato del conde de Fernán-Núñez, en traje directorio, á la moda francesa. D. Carlos Gutiérrez de Ríos fué el jefe de la oposición contra el príncipe de la Paz. A su funesto consejo se debió el viaje de Fernando á Bayona. El noble, nacido en 1778, aparece aquí más joven que en el grabado de Manuel

Salvador de Carmona, de 1795. La pareja de este magnífico retrato, que representa á la esposa del conde, no está tan bien concebido ni presenta su tipo.

En los mismos días que el retrato del general Urrutia, pintó Goya, para la Alameda del duque de Osuna, seis cuadritos representando brujas, que en el asunto se aproximan á las últimas hojas de los Caprichos.

«Un aquelarre á la luz de la luna»; un laboratorio de brujas visitado por demonios; un adepto que pretende ser admitido en el grupo, y un curioso, hechizado por sus conjuros, y que los demonios arrebatan por el aire. Es probable que estos asuntos fantásticos procedan de fuentes literarias, como otros dos números de la serie, como para el convidado de piedra, también para el sexto, hoy en la National Galerie, suministró el asunto una comedia de Antonio de Zamora.

En los años siguientes compró el duque otros seis cuadritos de Goya, los que, en parte, se reconocen como estudios para tapices, como «Las cuatro estaciones»; sólo que, en vez de «La vendimia», figura aquí «La gallina ciega» para el «Otoño». Los dos cuadros pertenecientes á la misma serie, el «Albañil herido» y la «Madre en la fuente», estaban también en la Alameda, sin que se encuentre en el archivo la fecha de su adquisición. Muestran poco importantes discrepancias de los cartones: la más notable es la del «Albañil herido», donde la expresión del que lleva al albañil, es una mueca, por la que se pudiera creer que, más que de un accidente, se trata de una borrachera.

El cuadro de la «Merienda campestre», verdadera joya, en la National Galerie, y los dos pequeños de la «Romería de San Isidro», deben ser considerados como los «Dos asuntos de campo» catalogados allí.

En la pradera del Manzanares, alrededor de la ermita del Patrón de la villa, y durante la romería que se celebra en los hermosos días del mes de Mayo, apiñase el pueblo. En el camino vense puestos de objetos de devoción, recuerdos, botijos y otras chucherías por el estilo, y en la Pradera campea la gente

á su gusto. Esta romería española conserva mucho de su primitiva alegría. La parte pictórica de una fiesta de este género estimuló á Goya; aunque más que la muchedumbre, le sedujo la perspectiva de la villa, de que podía gozar desde las ventanas de su casa de campo.

En el más pequeño de los dos cuadros, de igual altura, se ve en el fondo la ermita con su cúpula y sus tres torres. Ante ella se apiñan los devotos. En primer término están sentadas algunas parejas amatorias endomingadas, de la clase del pueblo, que disfrutan de la libertad de un día de campo. El segundo, mucho más ancho, representa un sitio unos cien pasos más al Oriente en una eminencia sobre el río. El sol está en su ocaso. Al otro lado del río brillan las blancas masas de edificios de Madrid, sobre el cual una neblina amarillenta se destaca en el cielo azul de primavera. A la izquierda, el pesado bloque rectangular del Palacio Real y la cúpula de San Francisco el Grande; después siguen las casas del Rastro y la parte vieja de la villa. El sol flamea sobre el Manzanares, que limita con una línea el medio fondo; el río parece más ancho y caudaloso que hoy; los puentes de madera no existen ya. Algunos arbolillos en la orilla opuesta, y el fuerte verdor de la Casa de Campo, rompen la monotomía del tono gris duro que domina en el cuadro. En el primer término, á la orilla del río, sobre la superficie arenosa, amarillo-rojiza, interrumpida aquí y allá por algunos toques de verde, están sentadas algunas alegres y endomingadas damas con sus caballeros, charlando, galanteando y bebiendo. La Pradera, hasta el río, está en parte sombreada por unas nubes. Numerosa multitud de figurillas, peatones, jinetes y carros, se mueven por uno y otro lado; algunos bailan al estilo del país. Puestos de bebidas y de monos, con tan minucioso esmero en los detalles, que haría honor á un Menzel ó á un Meissonier. En realidad, nada colorista, pero mucho menos monocromo; sin pretensiones, pero bien pensado; sencillo, pero tratado con excelente técnica, resuelve este incomparable cuadro el problema del aire atmosférico.

En Otoño de 1798 encargó á Goya el rey la decoración de la iglesia de San Antonio de la Florida, situada más allá de la Estación del Norte, frente á la orilla del Manzanares, poblada de muchedumbre de lavanderas, cuyo encanto pictórico supo apropiarse Goya. Mientras trabajaba para los tapices, se divisa entre los árboles un pequeño templo de elegantes proporciones. Desde antiguo se veneraba allí á San Antonio, al cual solía el mundo elegante de Madrid rezar la oración de la tarde al volver de paseo. El lindo edificio, que tiene la forma de una cruz griega, es obra de Juan de Villanueva, en 1792, al cual debe Madrid también el Museo del Prado. La Academia de San Fernando conserva el retrato de este estimado artista, obra de Goya, y que, por la edad del retratado (había nacido en 1740, y parece en él de sesenta años), debió ser pintado en la misma fecha que los frescos (1).

Detalladas cuentas, que se conservan, sobre suministros de colores (2), nos enseñan que Goya alquiló un coche, desde 1 de Agosto, por espacio de cuatro meses, para subir desde su casa la escarpada pendiente. El 1 de Julio de 1799 pudo abrirse por fin la iglesia al culto público.

La desfavorable luz que entra por la claraboya, y las tres pequeñas ventanas, dificulta el estudio de la pintura, y ha dado ocasión á que se digan muchas inexactitudes sobre ella.

En pocas de sus obras se adaptó Goya tanto al gusto del tiempo; no favoreció mucho á estos cuadros la circunstancia de que, queriendo evitar los colores fuertes, pintó con medios tonos. En vez de masas de nubes, sobre las cuales la antigua escuela solía sustentar sus figuras decorativas, para producir efecto, puso asuntos en el fondo, delante de los cuales se mueven ángeles.

(1) La peluca y el traje anticuado, dan motivo á creer que pudiera ser el cuadro del año 80. Elías Tormo y Monzó. «Las pinturas de Goya.» Revista de la Asociación Arqueológica Barcelonesa. Barcelona, 1900; en 4.º, pág. 551.

(2) Viñaza, pág. 198.

Estos ángeles, que parecen amorcillos, se esfuerzan por apartar y recoger grandes cortinones adornados con oro y con las armas reales bordadas. Los más grandes están de pie aislados junto á la moldura dentellón, inclinados devotamente ó mirando á lo alto y mostrando siempre exuberantes formas de gargantas, pechos y brazos. Sus largas vestiduras, de suaves y ondulantes tejidos, siguen los movimientos del cuerpo, y no se puede negar que aquellas sensuales figuras, con sus dulces y bellos rostros, recuerdan algo el minueto.

La pintura del ábside, que por la mala luz no se puede casi apreciar, parece terriblemente deteriorada por la humedad. Mejor se aprecia en el inspirado cobre de José Galván.

Un estudio que posee el conde de Villagonzalo, muestra la composición (como en el Pilar de Zaragoza está representada la adoración del ojo de Dios), apenas esbozada; los ángeles, sin alas, que se inclinan ante el Todopoderoso, tienen bastante sabor á modelo.

En la bóveda de la cúpula está «San Antonio resucitando á un muerto».

Más de cincuenta personas, entre hombres, mujeres y niños, en el traje de aquella época, puros meridionales (también San Antonio era español), se apiñan alrededor del grupo principal.

El santo, en hábito franciscano, flaco, consumido, inclinado, con gesto elocuente, se destaca fuertemente del cielo gris, consumando el milagro. El cadáver aparece espantoso en su rigidez, mientras que el asombro de la muchedumbre, sobrecogida, se matiza por grados hasta los grupos más distantes. Casi enfrente, poco advertido del grupo, está con los brazos extendidos el culpable, cuya confesión de su crimen le libra de grave pena.

El legendario acontecimiento se consuma como un acto de la vida ordinaria, y el que contempla el cuadro siente á una, con los espectadores del prodigio que se apoyan sobre la balaustrada; la única diferencia es que está más bajo que los pintados, y ve las figuras como una especie de panorama.

Algunos modernos han querido ver en este cuadro, profundamente eclesiástico, algo irreligioso, y de aquí han deducido fabulosamente el disfavor del rey y persecuciones de la Inquisición. Carlos IV, al principio encantado, y lleno de agradecimiento por la terminación de la obra, parece que demostró descontento cuando la camarilla le hizo notar que entre las figuras había retratos de conocidas bellezas de la corte, cuya vida no era muy católica. Nada nuevo es esto para el biógrafo. Ciertamente, que los ángeles de la nave, con sus pronunciadas formas femeninas, no son nada mojigatos ni gazmoños. Pero ¿en qué se diferencian de los que estamos acostumbrados á ver en los techos de las iglesias, desde hace siglos? En manera alguna ostentan sello individual, sino que más bien parecen encarnaciones de bellezas ideales tomadas por el artista, como en otros trabajos.

Y entre los espectadores de la leyenda, al lado de vulgares hombres del campo, encontramos mujeres vestidas con el traje del pueblo, que no tienen nada de aristócratas.

Nada se refiere, por otro lado, que compruebe el pretendido disfavor del rey; antes al contrario, el próximo nombramiento de Goya para primer pintor de cámara debe considerarse como premio á este cielo de frescos.

Esta plaza, dotada con el pingüe estipendio de 50.000 reales, no había sido provista desde la muerte de Bayeu en 1795 (1). Goya había pretendido ya este lucrativo empleo, y si bien encontró un buen abogado en el príncipe de la Paz, el rey declaró, por su propia iniciativa, la intención de amortizar esta plaza. Por fin, ahora, en 31 de Octubre de 1799 (2), consiguió sus pretensiones, en unión de Mariano Maella, que se había distinguido en la imitación de Mengs, más por su fino tacto que por sus numerosas obras.

El primer pintor de corte manifestó su agradecimiento á

(1) Cruzada Villaamil, núm. 25.

(2) Idem, núms. 26 y 27.

E. M.—Septiembre 1909.

esta merced, con el gran «Retrato de la Real Familia», en el Prado (1).

Como las «Meninas» de Velázquez, con quien tiene el retrato mucho de común, el lugar de la escena es una sala de Palacio, con luz de la derecha, pero sin aquella admirable perspectiva; como una «familia de tenderos á quien hubiese tocado el premio grande», aparecen las figuras aburridas y en fila ante la pared cubierta de cuadros. También pudo ponerse en el fondo, pero faltó aquel contacto espiritual entre el artista y el príncipe, que nunca fué pintado más fina y delicadamente que en la Teología de la pintura.

La reina, aciago centro de esta familia, está también en el centro del cuadro. Rodea con el brazo á D.^a María Isabel, su hija menor y predilecta, cuyo carácter se parecía más que el de otra alguna al suyo, y que después ocupó el trono de Nápoles. El niño que tiene de la mano es D. Francisco de Paula, padre del rey D. Francisco de Asís. La corpulenta figura de Carlos IV se inicia en segundo grupo. En primer término, á la derecha, de pie, al lado de su esposa, el entonces ya despoído príncipe heredero Ludovico de Parma y D.^a María Luisa con su hijo al brazo. La hija mayor del rey, casada en Portugal, D.^a Carlota Joaquina, sólo aparece de perfil al lado de su tío, el bondadoso D. Antonio. En el centro del grupo de la izquierda, al otro lado de sus padres, aparece Fernando, de diez y seis años, casado con su primera esposa, muerta prematuramente, María Antonia de Nápoles, la cual ya en su posición manifiesta el aborrecimiento que le inspiraba su esposo. Su hermano, D. Carlos María Isidro, luego célebre como pretendiente al trono, apóyase en él. La antipática cabeza de una de sus tías, la intrigante María Josefa, hermana mayor del rey, asoma detrás del príncipe.

La rítmica disposición y resolución del conjunto en grupos;

(1) El cuadro no lleva fecha, pero se ha conservado una cuenta de adelantos de 13 de Junio de 1800.

el reparto de luz y color, y ante todo, el brutal realismo en la caracterización de cada personaje, han contribuido á la fama mundial del cuadro. Difícilmente se comprende hoy, acostumbrados como estamos á suavizar con retoques la fiel verdad de la fotografía, que un pintor se atreviese á pintar de aquel modo. En vez de la majestad señorial, nos hiere un exceso de sensualidad, que no se detiene ni ante el derecho ni ante la moral, una juventud viciosa, maldad contenida y socarronería. Enrique Ibsen, el gran poeta septentrional, pone en boca de un artista palabras que me parecen admirablemente adecuadas para este cuadro. «Hay algo oculto, algo sospechoso, en estas cabezas y detrás de ellas; al exterior, se parecen notablemente, pero en su esencia más profunda son dignos honorables mascarones de caballo, obstinados hocicos de burro, deprimidos cráneos de perro de orejas colgantes, puercos cebados, imbéciles y bestiales imágenes de bueyes.»

Goya hizo para esta obra estudios extraordinarios. Las cabezas de tamaño natural, pintadas sobre el lienzo enrojecido, que prefería para fondo de su pintura, pertenecen indudablemente á sus más palpitantes creaciones. Los cuatro retratos ovalados de la real pareja, de Fernando y de la que luego fué reina de Nápoles, en poder de la condesa de París, se podrían considerar, teniendo en cuenta su manera amplia, antes como estudios previos que como reproducciones. También habla en favor de esta opinión, que Fernando, así como en el estudio sobre rojo, lleva la insignia de la orden bajo la levita, y que la reina aparece vuelta también.

Ya hemos hablado bastante de los diferentes retratos de la pareja real; pero los dos grandes retratos ecuestres del Prado merecen más detenida mención. Sólo las cabezas están cuidadas; mientras que para las grandes superficies el artista se servía de aquellas delgadas capas de color, que desde los tapices empleaban con tanta facilidad. Los caballos no le resultaban muy afortunados; ¡qué pocos han sabido pintarlos! Mas, por pesados que nos parezcan en su movimiento, la raza típica del

caballo andaluz está allí. ¿Es acaso, ó símbolo? El caballo del poco perspicaz rey, manotea como á ciegas por espesa niebla. María Luisa, montando á estilo hombruno, moderna amazona, lleva el ajustado uniforme de Guardia de Corps, con consciente seguridad. Para fechar los cuadros, la edad de los retratados nos ofrece un indicio algo elástico; del traje de guerra se puede deducir una conclusión, que no se opone á otros argumentos de más peso.

En Junio de 1801 empezó Goya su famosa guerra para quebrantar el influjo de Portugal. Avida de admirar su gloria, le siguió María Luisa con el rey y toda su corte al campo de batalla. Entonces fué cuando Alcudia, que no se podía comparar con Federico el Grande, hospedó á los reyes en su casa paterna de Badajoz, algunas semanas, con gran boato, mientras las tropas peleaban. También pudieran ser aquellos dos retratos recuerdo de estos gloriosos días.

El mismo Goya habla, en aquel mismo año, de un retrato ecuestre (1) del príncipe de la Paz, que se ha perdido; pero también el gran retrato de la Academia tiene relación con la campaña de Portugal. Se ve entre nubes de humo al favorito, colocado en ridícula postura, leer un despacho. El ayudante, el caballo, el guardia y la tienda sirven para caracterizar la situación. Las banderas portuguesas y las insignias de la Orden de Cristo, que el duque recibe como señal de la paz, indican su triunfo militar y diplomático.

Aquel gigante, algo enfundado, con sus blancas manos de hombre de valor, no era por cierto un hombre hermoso. La frente, estrecha, resbalaba hacia atrás, mientras que sus narices avanzan como pico de ánade. La boca, pequeña, de gruesos labios, ostenta una sonrisa de mozalbete, y la barbilla es de forma poco precisa. Lo que la vieja reina admiraba en él, era la juventud y su corpachón; al pesado Carlos le era útil su fal-

(1) Zapater: o. c., pág. 54. La hoja de Tomás López Enguídamos, grabada para dibujo de Josef Rivelles, en 1807, es un pobre recuerdo de éste.

ta de escrúpulos y la humildad perruna del *parveun*, que él tomaba por fidelidad. El aspecto de Godoy corresponde en lo demás con el cuadro que de él hace la historia, admirablemente. Era, ante todo, inepto é inconsciente, pero no le faltó nunca buena voluntad y fe en sí mismo.

Goya debió de pintar para Alcudia alguna Venus. Tales cuadros eran muy apreciados para el galante duque, cuyas escandalosas aventuras volvieron de nuevo á ocupar la villa.

Algunas de estas flores pisoteadas, debieron de ser muy probablemente las célebres Majas, que, por su coquetería y artificiosa gracia, seducen, tanto como por la perfección de la pintura. Los dos cuadros fueron adquiridos por la Academia en el secuestro de Godoy en 1815. Aunque sin fecha ni marca alguna, el vestido y la forma del peinado y la pastosidad resbaladiza de la pintura, que el artista, como ya hemos visto, prefería en los primeros años del siglo XIX, hacen creer que no es anterior á 1800. Y con ello, como veremos, la afirmación de que sea, á pesar de la absoluta semejanza de la cabeza, un retrato de la duquesa de Alba, pierde su último fundamento, pues D.^a María Teresa de Silva descansaba, desde 1801, en su panteón del Cementerio de San Isidro.

¿A qué capricho debe su existencia esta encantadora doble figura de seductora sensualidad? Es un secreto. Su traje rico, aunque algo chillón, y la esmerada ejecución de la pintura, indican un cliente distinguido, ó por lo menos, rico. Igualmente se presenta difícil el problema de cuál de las dos fué pintada antes. En los detalles del dibujo y color, y sobre todo en la expresión, no encontramos diferencia esencial. La vestida muestra el enrojecimiento del que espera ó está agitado, mientras las mejillas de la desnuda están cubiertas de la mortal palidez de un no acallado deseo. El sombrío azulado grisáceo de la carne confirma la opinión de que el retrato fué pintado al aire libre del Prado.

Para caracterizar la situación, séanos permitido reproducir el célebre párrafo del *Viaje á Suiza*, de Goethe: «Todos los mo-

vimientos se suceden con naturalidad, y, sin embargo, parecen estudiados. Sin duda trata de entregarse al sueño buscando diversas posiciones. Un minuto detiéndose en la actitud más deliciosa; yo sólo puedo asombrarme y admirar. Suspira profundamente, cambia de postura, murmura el nombre de su amado y parece extender sus brazos hacia él. — ¡Ven! — murmura finalmente con voz divina; — ¡ven, amigo mío, á mis brazos, ó moriré!»

También el encantador «Retrato de la Maja en el balcón», tan vulgarizado por repetidas reproducciones, pertenece al año 1800, como indica su parentesco con las figuras de la cúpula de San Antonio de la Florida.

Esta semejanza se percibe también en las grandes alegorías, que ha poco D. Luis de Navas cedió al Museo del Prado, y en la Santa Magdalena, antes en la colección Láfitte; pues indudablemente se utilizaron los mismos modelos. El otro cuadro, titulado «España, el Tiempo y la Historia», una alegoría muy de aquella época, es poco claro en su contenido, pero las figuras femeninas seducen por su admirable belleza.

Una muestra del arte creador del artista ofrece el estudio conocido por el grabado de Espinosa, en *El grabador al agua fuerte* (II, 1875, pág. 21). Todas las figuras están desnudas, y los atributos de las mujeres son distintos. Cronos, aún barbilampiño, y alrededor del cual zumban murciélagos y aves nocturnas, se asemeja á aquel demonio, con sus amplias oscilaciones, que vemos en un cuadro del Museo de Lille. Allí está, con la escoba levantada, detrás de una extraña pareja, en actitud de barrerlos como basura. Vemos una mujer de edad, pero ricamente ataviada y vestida como una joven, que compara su miniatura con su rostro retratado en un espejo, que le sostiene una criada de tipo morisco, también maltratada por los años y demás excesos. Entre estas dos figuras, poco agradables, y las Parcas de la página 44 de los Caprichos, hay cierta semejanza. La nariz de loro de la señora, su boca maliciosa y los redondos ojos de mochuelo, recuerdan indudablemente las

facciones de la reina. ¿Es casualidad que esta belleza añeja lleve los mismos ricos pendientes y alfiler de diamantes en el pelo que María Luisa ostenta en el cuadro de familia? Pero la intencionada pareja de este cuadro, «Las majas de paseo», una variante de antiguos motivos, explica la tan sangrienta sátira como juego del acaso (Museo de Lille).

La primera década del nuevo siglo significa el paso á su último estilo pictórico. En su manera se notaba al principio cierta tersura, junto á la cual se encontraban fuertes medios tonos: empleaba un violeta acero para el cielo ó el fondo, y en «La maja vestida» encontramos verde azul y amarillo azufre. Como nunca se sujetó á una regla, y pintaba según su estado de ánimo, encontramos también en este tiempo cuadros que tienen poca relación unos con otros.

El célebre cuadro de «La Tirana», pintado pocos años antes de la muerte de ésta, en 1803 (Academia de San Fernando), muestra aquellas cualidades colorísticas. Sus rasgos son más severos y agudos, y la exuberante abundancia está ponderada; pero la superior seguridad de su continente: la perfecta elegancia de esta regia figura y su característica iluminación, clasifican este cuadro entre los mejores del nuevo siglo. También retrató á su colega Isidoro Máiquez, algunos años después. (Museo del Prado y marqués de Casa Torres, Madrid.)

De los cuadros fechados, ó cuya fecha se infiere aproximadamente antes de la caída de la dinastía, se citaban: la elegante figura del marqués de San Adrián, la elegante *toilette* á lo Werther, la primera que llegó á España, y el parecido retrato del conde de Puñonrostro. (Marquesa de Almaguer.) En el cuadro del matrimonio Garcini se lee la fecha de 1804. D. Antonio viste uniforme; su esposa se distingue por sus hermosos cabellos rubios que caen sobre sus hombros.

Hay dibujos á lápiz de los parientes de Goya, en el año siguiente. El encantador perfil de la cabeza de D.^a Gumersinda Goicoechea, que probablemente en este tiempo pasó á ser su nuera, se conoce por los grabados de la *Gazette des Beaux-Arts*.

Entre éstos se puede incluir el dibujo de igual tamaño de su madre, D.^a Juana Galarza de Goicochea y el del hijo de Goya, Francisco Javier, su esposo, y por último, el de D.^a Josefa Bayeu. (Marqués de Casa Torres, Madrid.) Estos dibujos se pueden relacionar con la boda de Francisco Javier, el único hijo logrado de Goya. De éste no poseemos, fuera de este pobre estudio, ningún retrato auténtico. Pero un pronunciado parecido, hace que le sospechemos en el célebre «L'homme gris», de la colección Salamanca. También debemos tener por tal su pareja de la joven desposada (1). Por el contrario, la hermosa cabeza de joven que posee Mr. Pamilly, en París, no debe de ser su Paco. Cuando este petimetre, de peluca empolvada y traje antirrevolucionario, paseaba en el Prado ó en Recoletos, el hijo de Goya no había aún pisado la escuela. Otro retrato, igualmente lindo y aun más célebre, «La dama de la rosa», falsamente llamada Carlota Cordey, puede, por las mismas razones, fecharse en aquellos felices días que precedieron á la enfermedad del maestro. (Baronesa Leonino, París.)

El retrato del célebre historiógrafo de la Marina española, D. José Vargas y Ponce (Academia de la Historia, Madrid), desmerece de otros trabajos de este tiempo notablemente, y sólo la cabeza es en cierto modo digna del maestro. Si hubiéramos de juzgar por su conservación y por las grietas de la tela del cuadro, deberíamos incluir en esta fecha también, á pesar del peinado de forma anticuada, el retrato de D. Tomás Pérez Estala. (Colección Weber, en Amburgo.)

La cabeza de mujer, muy característica y pastosa, de la National Gallery, pertenece al siguiente año, así como su hoy perdida pareja. El retrato de un muchacho, de uniforme de húsares, ostenta la fecha de 1806. Del mismo año es el retrato de cuerpo entero de D. Tadeo de Rivero, que en los últimos años ha traspuesto los Pirineos. Una alegoría de las armas españolas, para la Academia Militar, fundada por Godoy, con arreglo

(1) *Gacette des Beaux-Arts*, 1855. XIV, pág. 67.

al sistema Pestalozzi, sólo ha llegado hasta nosotros por el grabado Manuel Albuérne. De gran magnificencia en el color es la mujer del marqués de Caballero, hoy en la National Gallery, antigua azafata de María Luisa, que se unió á este intrigente oficial por cálculos ambiciosos. También lleva la fecha de 1808. La dama, bastante corpulenta, de boca grande y labios delgados, parece digna de tal esposo.

Un acontecimiento muy sonado del día 10 de Junio de 1806, la detención del célebre bandido Margaroto, cerca de Oropesa, llevada á cabo por el hermano lego Fray Pedro de Zaldivia, proporcionó á Goya asunto para seis encantadoras tablas, en las que hace gala de su brillante talento narrativo. (Herederos de Laffitte, en Madrid.)

Los cuadritos, muy pequeños, casi todos pintados en un estilo amplio y abocetado, representando escenas de la vida pública, no tiene fecha, por lo que es muy difícil clasificarlos en la serie cronológica de las obras de Goya, pues hay que tener en cuenta la desigualdad de su estilo.

La mayor parte de ellos se podrían colocar en la última parte de su vida, cuando ya no le gustaba pintar retratos, y retirado del mundo, sólo de los amigos hacía retratos, para quedarse con ellos. Los aficionados supieron estimar estas ingeniosas impresiones, y los pintores trataban de imitarlas; y así sucede que muchas de estas imitaciones, pintadas por artistas extranjeros, sin intención fraudulenta, figuran hoy en los Museos con el nombre de Goya. Cuadros del hijo fueron atribuidos al padre, así como trabajos de discípulos, especialmente los de Asensio Juliá, que ayudó á Goya en la pintura de los frescos de San Antonio, y cuyo magnífico retrato, trabajando en el andamio, de años posteriores, da, por más de un concepto, testimonio de su maestría. (Condesa de París, Sanlúcar de Barrameda.) Podemos conocer el estilo de Juliá fácilmente en la página 84 del libro de dibujos copiados, de Lafont. También conserva la Biblioteca Nacional de Madrid otras hojas de este tiempo. Gil Ranz, que acompañó al maestro á Zaragoza du-

rante la insurrección, asistiéndole en no pocas ocasiones, es el autor de aquellas copias del Desastre y otras escenas de guerra que admiran por su tonos calientes. El marqués de Casa Torres me enseñó en Madrid dos Caprichos goyescos, firmados «Lameyer». Otro imitador, Leonardo Alenza y Nieto, que, después de luchar con una vida estéril, murió en 1845, á los cuarenta años de edad, no ha encontrado aún la merecida justicia. (Cuadros fechados en 1838, en poder del marqués de Seoane.) Eugenio Lucas, el talentudo falsificador contra su voluntad, al que también encontramos á menudo, nació en el año de 1828, en que murió Goya. En la Colección de Bruselas encontramos cuadros suyos, así como en las de Lille y Bordeaux, y á veces en el comercio y en casas particulares. (Berlín, Herr; París, Mr. Rathenau, Mr. Stehoukine; Bordeaux, Madame de Lacy; London, Mr. Rothenstein; Eibar, D. Ignacio Zuloaga; Zaragoza, D. Sebastián Monserrat, etc., etc.) Su discípulo, González Garza, solía imitar sus imitaciones de Goya. Muchos dibujos suyos aparecen en el mercado de arte, algunos falsificados.

Semejantes trabajos, que en el fondo sólo parecen groseras caricaturas, se distinguen fácilmente por un estilo flotante, exagerado por un color amplio, á menudo esparcido con la espátula y «last not bast» de la deficiente composición.

VALERIANO DE LOGA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO DE BARCELONA

LA CRÓNICA PERIODÍSTICA

GÓMEZ BAQUERO Y SU ÚLTIMO LIBRO

Es Eduardo Gómez Baquero una de las figuras de mayor relieve del periodismo contemporáneo. En sus Revistas literarias de *LA ESPAÑA MODERNA* y de *El Imparcial* tiene brillantemente demostrados su sagacidad crítica y su acendrado buen gusto, al examinar la producción literaria de nuestro tiempo; en *La Época* y en el *Nuevo Mundo* analiza y comenta, siempre desde puntos de vista originales y elevados, los hechos que va produciendo el continuo fluir de la vida, y en otras muchas publicaciones de dentro y fuera de España, da continuas pruebas de la flexibilidad de su talento, de su acierto en el juzgar y de su galanura y elegancia en el decir.

Su último libro *Aspectos (Diálogos filosóficos y comentarios de costumbres)* puede considerarse como un muestrario de las varias aptitudes intelectuales de su autor. Al mismo tiempo que aspectos de la realidad, nos ofrece Gómez Baquero diversos aspectos de su inteligencia y de su cultura.

Aunque Baquero tiene fuerzas sobradas para más difíciles empresas que las del periodismo, como periodista se nos muestra en *Aspectos*, y como tal he de examinar aquí su interesante labor.

Hay quien mira como «género menor» la literatura del periódico. A ello contribuye en gran manera, por una parte, el carácter de improvisación, y, por consiguiente, de meditación escasa, que tienen los trabajos periodísticos; de otra, la facilidad con que cualquier emborronador de cuartillas coge y se hace periodista, ni más ni menos que D. Eleuterio Crispín de Andorra cogió y se hizo poeta. En cuanto á lo primero, ya veremos cómo el *repentizar* es una de las mayores dificultades que tiene que vencer el periodista. En cuanto á lo segundo, fuerza es reconocer que la muchedumbre de desatinados folicularios es causa de que no se conceda al trabajo periodístico la importancia que realmente tiene.

Peste hay, en efecto, de escritorzuelos chirles, que en los periódicos con monos y sin ellos, maltratan con inconsciente ensañamiento la lógica, la gramática y hasta el sentido común. ¡Qué de volúmenes, no desprovistos de cierta amenidad, podrían escribirse, recogiendo y comentando los gazapos que saltan á cada paso en las columnas de la prensa! Y no me refiero aquí á los gacetilleros, cuyo oficio más es de pies que de pluma, sino á buen golpe de cronistas de esos que, según ellos, «hacen estilo», y que lo mismo se meten por los prados floridos del arte que trepan atrevidamente á los encumbrados cerros de la filosofía. Su atrevimiento, compañero inseparable de la ignorancia, no les deja ver que la crónica periodística es un género lleno de dificultades que pocos escritores consiguen superar.

El verdadero cronista ha menester vastísima cultura. La prensa moderna, con sus poderosos y rápidos medios de información, hace pasar por el cambiante cristal de la actualidad los hechos más diversos. Cada día tiene, entre todas sus variadísimas fases, una que le imprime carácter, que constituye su verdadera fisonomía: ya es una cuestión política, una aventura amorosa, un crimen, una catástrofe, un invento, un acontecimiento artístico... El cronista ha de tener el tino de elegir, entre toda la multitud de sucesos que en el breve espacio de veinticuatro horas pasan por delante de su vista, aquel más

significativo, aquel en que se concentra como en un foco la atención del público: el hecho del día, en una palabra.

Y para tratar repentinamente de uno ú otro asunto, para juzgarle con acierto, para deducir del caso particular consecuencias generales y mostrar las relaciones que tiene con otras importantes cuestiones, ¡qué de conocimientos no son necesarios! El escritor que se propone componer una obra histórica, sociológica, literaria, etc... se toma para ello el tiempo que le hace falta; lee libros, apunta notas, evacua consultas, fortalece su pensamiento con el pensamiento ajeno, rectifica sus juicios, acicala el estilo, pule el lenguaje. El cronista ha de tener en sí mismo toda su biblioteca. Su trabajo, siendo de primera intención, debe estar también nutrido de pensamiento y ser ponderado en la composición, y pulido y acicalado en la forma. La crónica no tiene espera; su oportunidad pasa casi tan pronto como llega. Con razón se la ha comparado con las flores, lozanas á la mañana y marchitas á la tarde.

La crónica periodística ha de ser breve. En cierto modo, pueden aplicársele las reglas del epigrama: pequeña, dulce y punzante. Ha pasado ya el tiempo de aquellos largos artículos, semejantes á discursos oratorios, que llenaban tres ó más largas columnas de un diario de grandes dimensiones. La nerviosidad del existir moderno, requiere que todo sea rápido, todo al vuelo. Cuando recapacitamos sobre las impresiones que hemos recibido en un solo día, nos asombramos de su número y de su diversidad: parece que hemos vivido, no una, sino muchas vidas. Necesitamos, para hacernos cargo de las cosas, algo así como el alcaloide de ellas. Queremos recorrer muchos kilómetros en pocas horas, recoger muchas ideas en pocas palabras.

Esta última es la condición esencial de la crónica moderna; condición que cumplen siempre las de Baquero, tan breves como nutridas. En ellas, el hecho que las motiva se desliza suavemente entre irónicos comentarios, serias reflexiones y frases amargas ó piadosas, exentas siempre de énfasis decla-

matorio. Baquero rara vez se entusiasma, y si se indigna, su indignación es poco ruidosa. Cuanto más penetramos el sentido de los hechos humanos, tanto más inclinados nos sentimos á perdonar. Por esto se ha dicho, con profunda verdad, que si todo se comprendiera, todo se perdonaría. Este género de piedad no excluye cierto grado de ironía. Irónicas son, según Renan, muchas palabras de Jesús. Y es que, estudiando las causas y los efectos de las acciones humanas, encontramos casi siempre una gran desproporción entre lo ruin de aquéllas, y lo aparatoso é hinchado de éstos. ¡Cuántas veces la tragedia tiene por origen un conflicto de sainete!... No es, pues, maravilla, que los escritores que, como Baquero, saben ahondar en el conocimiento de la realidad, sean más propensos á las suavidades de la ironía que á los arrebatos del entusiasmo ó á las violencias de la indignación.

*
* *

En las crónicas que componen el libro titulado *Aspectos*, ha recogido su autor varios hechos, algunos insignificantes, de la vida diaria, y de éstos la gota de filosofía que cada uno de ellos contiene. «No hay buenos ni malos asuntos, sino buenos ó malos poetas.» Tan atinada observación es aplicable á todas las producciones literarias. Leed, por ejemplo, á Anatolio France, con cuyo ingenio tiene el de Baquero alguna analogía: la insignificante acción de sus novelas no es más que un pretexto de que se vale el autor para hacer gala de su ingenio, para exponer sus teorías ó para jugar con sus paradojas. En los libros del gran escritor francés nos atrae y nos encanta, según una frase tan vulgar como expresiva, más la salsa que los caracoles.

Una gran parte de la crónicas de Baquero, como las tituladas *La virtud en el teatro*, *Menudencias*, *Jurisprudencia de la bofetada*, *Los fantasmas*, *Nocturno*... han brotado de hechos, en la apariencia insignificantes, de una frase algo atrevida

pronunciada en la escena; de unas cuantas cabecitas de muñecas, expuestas tras del cristal de un escaparate; de cierta vulgar superstición; del comentario, un tanto enfático, de una sentencia del tribunal Supremo; de las palabras de unos golfillos. Como el mismo Baquero escribe, «el análisis desmenuza hasta las cosas más simples, y nos descubre en ellas aspectos ignorados». Analizadas esas nonadas, sobre las cuales ha pasado, sin fijarse, nuestra atención, nos dicen, merced á la interpretación del que ha sabido leer en ellas, algo que nos sorprende y nos hace pensar, algo que nos deleita ó nos emociona.

Esto depende de que la verdad y la belleza, lo mismo de lo grande que de lo pequeño, suelen estar escritas en caracteres que pocos aciertan á descifrar. Los filósofos y los artistas son los que nos dan la clave del lenguaje misterioso de las cosas y de los hechos.

Acontece en ocasiones, que uno de éstos, por lo inusitado ó poco frecuente, por sus consecuencias de momento, por lo que lo abulta la fantasía popular ó por otras cualesquiera causas, adquiere proporciones que nos espantan y sobrecogen. El ánimo sereno del cronista, cuyo deber social es encauzar y dirigir la opinión del público, reduce el suceso á sus verdaderos límites; lo despoja de lo que ha puesto en él la exageración y el terror, y presta de este modo un señalado servicio á la sociedad.

Yo quisiera que el pueblo de Barcelona leyese el artículo que Baquero titula *Las bombas*. Quizás entre todo lo que se ha escrito acerca de los crímenes anarquistas, no haya nada más sensato, más tranquilizador que esa crónica breve, pero intensa, y nutrida de sólidas y convincentes razones.

*
* *

La misión del cronista no es precisamente narrar, como parece indicarlo su nombre, sino más bien criticar, esto es, juzgar de lo que la actualidad va desarrollando ante sus ojos.

La crónica periodística es una pequeña filosofía de la historia diaria. Los periódicos del antiguo régimen—todavía subsiste alguno—llevaban siempre al frente un artículo político: cuando no había asunto que comentar, se inventaba. No se concebía un periódico sin artículo de fondo en que se hablase mal ó bien del Gobierno. Esto va desapareciendo, y pronto desaparecerá del todo. La prensa moderna concede cada vez menos importancia á lo político y mayor atención á las cuestiones científicas, literarias, industriales, artísticas, sociológicas, etc., cosas todas que son objeto de la crónica. Esta acabará de desterrar del periódico el ya desacreditado artículo de fondo.

Muchas veces el acontecimiento saliente del día es de carácter literario. El cronista, entonces, ha de ejercer de crítico, en el sentido más usual de esta palabra. Esta crítica ha de tener las condiciones generales propias, como ya queda dicho, de la crónica periodística; ha de ser breve, concentrada, amena; ha de ir derecha al corazón del asunto; ha de resumir en unas cuantas frases concisas y expresivas el sentido de la obra y su trascendencia, y ha de indicar sus bellezas y señalar sus defectos.

De tales crónicas, algunas se contienen en el libro *Aspectos*. Es modelo en su género la que Baquero dedica al libro de don José Cascales y Muñoz, titulado: *Apuntes para la historia de Villafranca de los Barros*, en la cual ciudad, según hace notar el crítico, con fino ingenio que recuerda el del inolvidable autor de *Pepita Jiménez*, pasa y ha pasado siempre algo parecido á lo que, según la fe de Zorrilla, ha acontecido en el castillo de San Fernando ó de Cervantes, de Toledo,

donde nada se hizo nunca
ni nada al punto se hace.

Las mismas cualidades de la citada crítica ostenta la de *La novela del Anticristo*, libro curioso que el P. Benson, católico de última hora, acaba de publicar en Inglaterra.

Dejando á un lado esa mal llamada crítica, que consiste en el palo brutal ó en el bombo desaforado, modo de juzgar muy al uso, y que recuerda la envidiosa parlería de las comadres de portal, existen y han existido siempre dos especies de críticos que coinciden en sus cualidades características con el Alceste y el Filinto de Molière, reflejados en el D. Pedro y en el don Antonio de *La comedia nueva*. D. Pedro es la crítica severa, regañona, que se indigna y subleva contra los agravios á la estética, como si fuesen delitos de los que castiga el Código penal. D. Antonio es la crítica benévola, que cree, y sin duda no le falta razón, que las obras malas de arte solamente merecen una ligera y fina burla. Baquero pertenece á este último grupo de críticos: se inclina ó se acuesta, como decían nuestros clásicos, más del lado del elogio que de el de la censura, y cuando aplica ésta, la envuelve siempre entre los pliegues de discreta y blanda ironía.

¡Quién sabe! Quizás no convenga desalentar á los necios que escriben. *Oportet stultos*, como conviene que haya herejes. Sin los disparatados libros de Caballerías, acaso no existiría el *Quijote*, ni *El Café*, sin los Valladares y Comellas, ni *Fr. Gerundio de Campazas*, sin los desatinados predicadores del siglo XVIII.

Por otra parte, como indica Manuel Bueno en el prólogo de *Aspectos*, la crítica dogmática no va á ninguna parte. Los principios sobre los cuales descansa el arte literario son, á excepción de muy pocos, tan movibles y cambiantes, que es intento poco menos que imposible el de sujetarlos á leyes fijas. Voltaire y Moratín se burlan de Shakespeare. Si volvieran á la vida—algo de esto dice Guyau—Corneille y Racine, considerarían disparatadas y absurdas las mejores comedias modernas. Si bien se mira la única crítica que puede tener valor objetivo, es la que se refiere á las obras que ya han sido consagradas por el tiempo. La de la literatura contemporánea, tan ocasionada es á errores, que acaso, acaso, la mejor manera de ejercerla es un ese suave y cortés escepticismo que nada pre-

juzga, y que se limite, en lugar de reprender, á sonreir benévolamente.

*
* *

Indicadas quedan las impresiones que me ha dejado la lectura del libro de Baquero. A ella debo horas amenas, de suaves emociones unas, de serena meditación otras. *Aspectos* es un libro que, además de recrearnos, nos hace sentir y nos hace pensar.

Leedlo, y me daréis la razón.

FRANCISCO F. VILLEGAS

UN VEREDICTO INJUSTO

(TROENS MAGT)

NOVELA

SEGUNDA PARTE

IV

La víspera del interrogatorio, Norby fué á su despacho por la mañana para arreglar sus papeles, tomar notas y prepararse para contestar á las preguntas que le harían probablemente al día siguiente. No experimentaba en modo alguno la sensación de ser el acusador de Wangen, sino más bien la de ser el atacado y tener que defenderse.

Un día gris de nieve iluminaba la mesa, los papeles y al viejo, que con sus lentes en la nariz pasaba revista á sus armas. Estaba cansado de correr de un lado á otro en busca de testigos y haciendo firmar declaraciones. Pero ahora tenía lo que necesitaba, y esperaba con impaciencia el momento del combate. De repente se dibujó una sonrisa en los labios de Norby, y permaneció inmóvil, teniendo entre los dedos un papel, que manejaba con precaución como si fuera un objeto precioso.

Era, en efecto, una declaración de la viuda de Jorgen Haarstad, actualmente en cama, declaración que había de

desvirtuar por completo el testimonio de Soren Kvikere. ¡Buen chasco para Herlufsen!

El viejo pensaba con deleitación en el instante en que pudiera leer aquella declaración ante el tribunal. Herlufsen estaría allí seguramente. No era dudoso que el pobre jornalero estaba pura y sencillamente comprado para declarar lo que pretendía haber oído. Pero nada de esto podía sorprender á Norby: eran los procedimientos ordinarios de aquellas gentes.

El viejo comenzó á pasearse. De vez en cuando lanzaba un suspiro. Su rostro estaba pálido. Todos aquellos días no había hecho más que pensar en luchar todo lo mejor contra sus enemigos. El verdadero punto central del asunto estaba ya tan lejos, tan envuelto por la bruma, que ahora tenía otras muchas cosas importantes que considerar. Era bien evidente también que á sus enemigos les tenía sin cuidado el derecho, y que lo único que deseaban era agarrarle bien para derribarle.

Una vez, la escena del hotel se había representado en su memoria con aguda nitidez; pero se acordó muy á propósito de la afirmación de Wangen pretendiendo que la famosa comida había sido en el Gran Café, y de esta suerte logró embotar el aguijón de aquel recuerdo.

«Bueno—pensó Norby;—tal vez comimos juntos una noche en el Gran Café: después de todo, puede tener razón. Pero en este caso, todavía es más cierto que miente en lo demás. Jamás he firmado documento alguno en el Gran Café; si al pie de un documento redactado allí se encuentra mi firma, seguramente está falsificada.»

Estos razonamientos no siempre le parecían bien demostrativos, pero experimentaba, sin embargo, cierto alivio al formularlos. ¡Y luego había otros tantos indicios que demostraban que Wangen no era en modo alguno irreprochable! Había otras mil cosas todavía en las que pensar, con las que indignarse. Y Norby había hablado ya tan á menudo del asunto, que para él recordar sus afirmaciones era recordar la verdad.

Empezó á examinar de nuevo los papeles, cuando se abrió la puerta y entró Marit.

—Me ha parecido que hablabas por el teléfono—dijo el viejo mirando por encima de sus lentes.

—Einar llega hoy—murmuró ella;—pide que se le vaya á buscar á la estación.

Norby se puso las manos á la espalda, abrió más las piernas, y exclamó:

—¿Qué estás diciendo? ¿Que viene Einar?... No tiene prisa por terminar sus estudios ese caballero; diríase que pretende ser estudiante perpetuo.

—No te enfades así—dijo Marit.—De ordinario te alegras de ver venir al muchacho.

Norby no contestó, y empezó á hojear de nuevo en sus papeles. ¿Es que su hijo se iba á empeñar á meterse en el asunto? Le pareció que un enemigo le metía un puñal por la espalda. ¡Su Einar!... Pero, en fin, que viniese. Le esperaba.

«Con tal de que no vaya á hablar de la cosa á su madre en cuanto llegue... No lo creo en él, sin embargo.»

De todos modos, se constituyó de guardia para ser el primero que recibiese á Einar en la finca.

Cuando Einar se apeó en la estación, Ingeborg le esperaba con un trineo.

La voz irónica que hablaba en él había concluído por azotarle el rostro; resolvió ir á su casa con la sensación de quemar las naves tras él. Ahora quería arreglar el enojoso asunto, y, ante todo, tratar de traer á su padre á la razón. Pero tenía la impresión constante de que el temple de su carácter iba á ser sometido á una ruda prueba. Cuando vió el viejo caballo bayo, el gran trineo, que conocía tan bien, las buenas mantas, le vino de su casa como un soplo de sentimientos tibios. Y mientras que, sentado al lado de su hermana, se encaminaba á la finca á toda velocidad, entre el tintineo de los cascabeles, penetrábale la alegre sensación de infancia de volver á su casa, de regresar á los viejos lugares familiares. Pero

Einar desconfiaba de estos impulsos, por haberse visto obligado á vencerlos antes de tomar aquella resolución; eran el peligro con el que había que tener cuidado.

Por Navidad, Ingeborg había ido á buscarle con aquel mismo caballo, y esta sola circunstancia despertaba en él una porción de recuerdos luminosos y tiernos. Acordábase del gran baile que habían dado en su casa; de la hija del doctor, tan bella aquella noche; de sus ojos. El padre y la madre de Einar hicieron cuanto pudieron para que se divirtiera la juventud. ¿Y qué hacía él hoy? Tenía la sensación de ir á su casa como un traidor disfrazado.

—¿Por qué vienes ahora?—le preguntó Ingeborg.

—Para asistir al interrogatorio—dijo él.—Quiero ver lo que va á pasar.

—En cuanto á eso, puedes estar tranquilo de que todo irá bien para papá—contestó ella con la voz vibrante de última convicción.

Y Einar se sorprendió, haciendo el mismo voto. Tuvo literalmente que apresurarse á decirse: «¡Ten cuidado! ¡Desconfía! Que tus buenos sentimientos no te impidan obrar como deseas.»

—¡Pobre papá!—dijo Ingeborg.—Si supieses todas las mentiras que se dicen ahora á su costa. Ese Wangen debe de ser un hombre espantoso.

Sus ojos lucían de confianza en su padre, y Einar sintió que esta confianza le ganaba también.

—¿Cómo están en casa?—preguntó para mudar de conversación?

—El pequeño Knut ha estado malito, pero ya va mejor—contestó Ingeborg.

Y estas palabras le hicieron ver á Einar á su sobrinito, que le miraba y le decía: «¿Tienes verdaderamente la intención de apenar al abuelo?»

Al poco rato, Ingeborg le contó que el día anterior por la mañana habían encontrado muerto á un potro en la cuadra.

Einar sintió la pérdida que su padre había sufrido, la lamentó con él, vió la cuadra llena de relinchos. Y he aquí que los nobles animales se volvían relinchando hacia él, en signo de reconocimiento, como si también ellos hubieran querido decirle: «¿De verdad lo quieres?»

Porque no dejaba por un instante de pensar que ahora era preciso ir hasta el fin.

Cuando estuvieron cerca de la finca, hízose de nuevo la pregunta: «¿De verdad lo quieres?» Empezaba á sentir que era terrible lo que había decidido.

Cuando entraron en el patio, su padre y su madre estaban en el terrado, como de costumbre cuando él llegaba.

—Buenos días, papá; buenos días, mamá.

Parecíale que hoy estas palabras eran otros tantos besos de Judas.

—Entra un poco ahí, tengo que hablarte un momento—dijo su padre en cuanto Einar se hubo desembarazado de lo que traía, en el vestíbulo.

—Pero no dejes de venir á comer pronto—dijo la madre.—La mesa está puesta.

En el despacho, su padre se volvió cuando hubo llegado al medio de la habitación, y le dijo:

—Quería decirte sencillamente que tu madre no sabe nada de tu carta.

Einar bajó la cabeza.

El viejo añadió:

—Y si vienes por ese asunto, habla solamente conmigo.

—Sí.

—¿Has venido por eso?

—Sí—repitió Einar.

El viejo apretó los labios.

—Está bien; vamos primeramente á comer—dijo, yendo en seguida hacia la puerta.

Einar le siguió algo avergonzado, como un muchacho que no ha sido completamente bueno. Tenía bastantes años para



ver los defectos de su padre, pero le profesaba un inmenso respeto.

«Así, pues, mamá no sabe nada—pensó.—Cuando papá tiene miedo de que sepa algo...»

No se atrevió á seguir su pensamiento hasta el fin.

Durante la comida el padre estuvo tranquilo, casi alegre; pero Einar vió lo pálido que estaba. Le pareció también que su madre había enrojecido un poco desde la última vez, é instintivamente, sintió la necesidad de no darla un disgusto, puesto que ella estaba completamente de buena fe.

El ambiente familiar se insinuaba en él cada vez más. Preguntó noticias del pueblo; las dió él de la ciudad; todos le agasajaban. El pequeño Knut se deslizó varias veces por debajo de la mesa para ir á meterse entre sus rodillas. Todas aquellas cosas reunidas le envolvían, por decirlo así, en una atmósfera agradable y tibia, en la que sentía deseos de abandonarse. Pero, constantemente, se hubiera dicho que un buen genio le sacudía, le advertía: «Ten cuidado; desconfía de tus buenos sentimientos.»

—Basta, Knut, basta; deja á tu tío un poco tranquilo ahora—dijo la madre del niño.

Ocorre á veces que nuestra manera de considerar á una persona cambia súbitamente por completo, como si la persona en cuestión hubiera en realidad cambiado de «yo». Hasta entonces Einar había visto en su padre al hombre que acusaba falsamente á Wangen, y contra el que estaba dispuesto á pronunciarse. Pero antes de que se hubiese dado cuenta de lo que le pasaba, he aquí que su padre se había convertido para él en el que el último invierno estuvo gravemente enfermo, con una fiebre tifoidea, de la que tal vez no estaba completamente curado.

Ingeborg había contado á Einar todos los calumniosos rumores que Wangen había hecho correr sobre Norby. Y he aquí que ahora sentía nacer en él la cólera, al mismo tiempo de la necesidad de ponerse al lado de su padre. Y cuanto más

se sentía el hijo, el hijo de la casa, tanto mayor era la vergüenza que experimentaba al decirse que quería traicionar á su propio padre, á su propia familia.

Allí estaban todos reunidos en torno suyo, y nadie sabía por qué había venido. Tenía la sensación de ser como un tirano, que iba á emplear su poder en desencadenar con una sola palabra la desgracia sobre todos ellos.

Después de la comida, sintió más bien deseos de sentarse y hablar apaciblemente con su familia y su sobrinito. Pero su padre se levantó, se dirigió hacia la puerta, y dijo:

—¿Vienes, Einar?

«Dios me ayude, pensó Einar. He aquí el momento.»

Pero su resolución estaba ya tan quebrantada, que deseaba ardientemente estar de vuelta en Cristianía. El pequeño Knut quiso ir con ellos; pero Einar le separó de sus rodillas, y le dijo:

—Vuelvo en seguida, queridín.

Cuando estuvieron en el despacho, el padre se instaló en su puesto ordinario, ante su mesa. Einar hubo de admirar la calma con que el viejo cargaba una pipa, sin apresuramientos.

—¿No te sientas?—preguntó el viejo, encendiendo cuidadosamente su pipa de largo tubo flexible.

Después fué tranquilamente á tumbarse en el sofá de cuero. Einar se sentó á poca distancia.

—¿Tienes dinero todavía?—dijo el viejo, alzando los párpados lo preciso para mirarle.

Einar se sintió un poco irritado ante aquella pregunta hecha en tal momento, y se apresuró á contestar:

—Sí, gracias.

También el padre estaba algo molesto. En su fuero interno respetaba á aquel hijo, tan sabio ya, y que estaba hecho, en cierto modo, de un metal más precioso que él. Quería conducirse con él lo más dulcemente posible.

—¿Qué son todas esas tonterías que me contabas en la últi-

ma carta?—preguntó, al fin, levantando de nuevo los párpados.

Einar se levantó por un movimiento involuntario. «Ten valor», decía en él una voz de bienhechora energía.

Empezó á decir, buscando las palabras:

—Ha sido con buena intención, padre. Creo acordarme perfectamente del día en que viniste á verme para contarme el asunto de la garantía que firmaste á Wangen.

El viejo se echó á reír, y replicó:

—Sin duda lo has soñado, querido Einar.

—Vamos, papá, ya no soy un niño, sé lo que digo. Estoy persuadido de que estás equivocado. Puedes haberlo olvidado. Y yo te pido ahora que retires la denuncia. Todavía es tiempo, ¿verdad? Porque sé que no querrás cometer una injusticia, papá.

—¿Estás completamente loco, hijo mío?

El viejo se rió de nuevo, pero se quitó la pipa de la boca y miró á su hijo con asombro.

Einar se inclinó un poco.

—Lo que hago es con la mejor intención—repitió.

—Sí, por mi bien—dijo el viejo tratando de reír.—¿Pero comprendes de lo que me acusas?

Y la mirada que fijó en Einar indicó un asombro mayor. Einar, con las manos en la espalda, se apoyaba en la pared. Cada vez sentía más valor. Dijo:

—¿No te es posible recordar el día en que viniste á verme?

El padre replicó:

—No, Einar, no puedes exigir que me acuerde de tus sueños.

Por un instante, Einar se sintió turbado. Había previsto una escena violenta, pero aquella amabilidad, aquella seguridad de sí mismo empezaban á desarmarle. Se pasó la mano por la frente, vaciló un poco desorientado. ¿Había soñado? ¿Decía en verdad tonterías?

Y aunque el viejo, por su parte, continuaba riendo tumbado en el sofá, pensaba en el fondo de sí mismo:

«¿Habrá alguien que haya puesto á mi hijo contra mí?... Se pudiera creer.»

Pero Einar alzó la cabeza.

—No, padre, no me engaño... ¿No has firmado nunca algún otro papel para obligar á Wangen?

—¡Ah! No, afortunadamente.

—Pues bien, padre; en ese caso, retira la denuncia, porque Wangen es inocente.

Hubo un silencio.

—Retira la denuncia.

El viejo se irguió en su asiento y se pasó la mano por el cráneo. Por fin exclamó:

—Vaya, Einar; basta de simplezas. Así, te propongo que vuelvas á Cristianía, á tus estudios. Son cosas de las que entiendes más que de estos asuntos.

Se levantó y dió un paso hacia la mesa. Einar advirtió el cambio operado en la voz de su padre, y sintió que había tempestad en el aire.

—¿Y qué?—dijo el viejo volviéndose hacia él.—¿Qué haces ahí plantado como un pastor en el púlpito?

—Todavía una vez, padre: retira la denuncia. Yo te lo ruego.

—¿Estás bien seguro de que tu padre es un pillo?

—Es que no te acuerdas.

—En serio, Einar, ¿para qué has venido?

—He venido para impedirte cometer una acción que te dejaría remordimientos.

—¡Einar! (y había dolor en la voz). ¿No piensas que es bastante con tener enfrente la mitad del lugar? Hay muchas personas que lo único que desean es verme en la cárcel. Y tú vienes en su ayuda. ¿No te da vergüenza?

Einar bajó la cabeza.

—Pero... papá...

Sus rodillas flaqueaban. Pero entonces su padre, sin quererlo, acudió en ayuda de su voluntad, que desfallecía.

—¿Quién te ha metido en eso?

—¿Quién? (Einar alzó los ojos, se mordió el labio y dió un paso adelante. Su voz temblaba de ira.) ¿Qué quieres decir?

Pero el viejo se echó á reir del tono imperioso de Einar.—
Vas á acabar por decidirte á ir al tribunal á declarar contra tu padre—dijo riendo todavía.

—Si retiras la denuncia, me evitarás dar ese paso.

Entonces el viejo se puso rojo, se precipitó sobre Einar y le agarró por el cuello.

—¡Vete!—exclamó.—Vete, y hoy mismo saldrás de aquí, ó que Dios te proteja.

Retrocedió dos pasos, como para resistir á la tentación de pegarle.

Y de pronto se puso á mirarle atentamente de la cabeza á los pies. Se dió bruscamente cuenta de que el joven que estaba allí no era ya un niño del que podía burlarse, al que podía maltratar. Era un hombre ya, y que también se presentaba como un adversario.

—¿Quieres salir?

—Retira la denuncia.

Era ya demasiado. El viejo cogió una silla y la levantó en alto, exclamando:

—¡Vete!... ¿Me has oído?... ¡Vete, Einar!

—Sí, voy á irme—dijo Einar alzando la cabeza.—Estaba tan furioso, que sentía impulsos de arrebatarse la silla á su padre para demostrarle que ya no estaba en edad de que le pegasen.—Pero será preciso que dejes de tratarme de esa manera; es todo lo que tengo que decirte.

Y se retiró lentamente.

Al anochecer, el padre salió en coche. Después de la comida, Einar sintió deseos de decírselo todo á su madre, pero no se atrevió. ¿Qué haría mañana? ¿Debía abandonar aquel asunto á sí mismo? La cosa le parecía doblemente penosa ahora que se había descubierto y expuesto tanto. Subió á acostarse temprano, porque temía las sugerencias que flotaban en las

habitaciones del piso bajo, que emanaban de todos los que allí estaban; dábanle la involuntaria tentación de renunciar á su empresa. Al entrar en su cuarto, volvieron á asaltarle sus contradictorios pensamientos...

Durante la noche, Ingeborg fué despertada por Einar, que entró en su cuarto con una vela en la mano.

—¿Quién es? ¿Qué hay?—preguntó ella frotándose los ojos.

—¡Calla!—dijo él, porque solamente un delgado tabique separaba la habitación de la que ocupaban sus padres.—Tengo que decirte una cosa en secreto, Ingeborg.

Y se sentó en el borde de la cama sin dejar la vela.

Los dos hermanos nunca habían tenido secretos, porque eran los más unidos por lo casi igual de las edades.

Él cuchicheaba casi, y ella le oía, con los ojos muy abiertos y con la respiración cada vez más anhelosa. Ella hacía objeciones; le cogía de pronto, febrilmente, por la mano, diciéndole:

—¡Calla, Einar, calla! Estás loco.

Pero al mismo tiempo la retenía. Quería oír todos sus razonamientos. Y él se los expuso, porque necesitaba confiárselos á alguien. Por último, cerró los párpados, como si no se atreviera á ver nada, con la respiración cada vez más jadeante: hubiérase dicho que algo se había roto en ella.

Cuando por fin salió Einar, Ingeborg permaneció sin movimiento, con los ojos cerrados. Empezaba á tener miedo. ¡Estaba tan negro, tan espantosamente negro, en torno de ella, y estaba tan lejos todavía la mañana!...

Daba vueltas en su cama, pero un terror indecible la impedía dormir. Había un delincuente en la casa; dormía bajo el mismo techo que ella, y aquel delincuente era... era su...

No; no podía ser verdad, no podía ser verdad.

—¡Oh! Ampara, Dios mío, ampárame.

Y de repente sollozó, sollozó desesperadamente:

—¡Ampárame, Dios mío! Muéstrame con una señal que no es verdad esto.

Pero de pronto observó que Dios estaba como ausente. Era la primera vez desde su conversión. ¿Qué era aquello? ¿Por qué no seguía rezando? Ahora no juntaba las manos; tenía los ojos fijos, con espanto, en las tinieblas... ¿No había Dios? ¿Era todo fraude y mentira? Ella había rogado á Dios que hiciese triunfar á su padre en aquel proceso. Había dado gracias á Dios porque su padre era inocente, y había sentido un consuelo en sus oraciones. Ella había rezado por Wangen también; había conseguido hacerse superior para ello, y había experimentado una alegría. ¿Pero había sido víctima de un engaño?... ¿Se había burlado Dios de ella ó es que no existía? ¿No habría más que mentiras en todo aquello? La adorable certeza de estar en comunión constante con el Señor, la alegría de hacer el bien, todo esto no era más que engaño, engaño, engaño, engaño!

Daba vueltas en su cama, sollozando. Si su padre fuese culpable, sería para ella como si Dios no existiese. Todo entonces no era más que mentira y engaño.

—Señor, Dios mío, dadme un signo de tu existencia. Devuelve la paz á mi alma... ¿Es que mi padre es un criminal, un criminal que va mañana á prestar un falso juramento?... ¡Padre mío!... Señor, Dios mío, dadme un signo. Si existes, ven en mi ayuda... En nombre de Jesucristo, hadme una señal.

Y se puso de rodillas en la cama, y elevó al cielo sus manos juntas.

Por la mañana, se asombró mucho Einar al ver entrar suavemente en su cuarto á su hermana, acercársele y cogerle la cabeza entre las manos.

—Es preciso que te lo diga en seguida: te has engañado; gracias á Dios, afortunadamente, te has engañado.

Su voz temblaba de alegría.

Ella le puso una mano en el pecho. Él encendió la vela y miró á su hermana con atención, esperando. Tenía los ojos radiantes de alegría.

—Sí, Einar, Dios me ha enviado un signo. Te equivocas, bien lo sabía. Ahora vas á ver á papá para pedirle perdón.

Se acarició la frente y desapareció sin que él apenas la sintiera salir.

—¡Pobre Ingeborg!—pensó Einar.

No iba él á herir el corazón de aquella muchacha, agobiada por la pena, cuyos pensamientos eran ya solamente para las cosas ultraterrenas.

¿Y mañana?

«Einar, acuérdate; nada de consideraciones de familia.»

V

Cuando Norby salió de su casa al día siguiente, llevaba á su mujer al lado en el coche. Siempre quería tenerla junto á él, en cuanto había algún acontecimiento importante en perspectiva.

Era una tarde de invierno, fría y gris, y nevaba. Cuando salieron del patio se decía:

«Quisiera saber cómo están las cosas cuando volvamos.»

Así, pues, había llegado el día que tanto temió, pero que, hora tras hora, había llegado implacablemente. Ya no tenía miedo. Ya no deseaba sino verse allí, como el jugador febril que no piensa sino en ganar. Tenía la vaga sospecha de que alguno de sus enemigos no era ajeno á la conducta de Einar, y esto aumentaba su furor íntimo. Nada les había detenido á aquellas gentes. Compraban testigos como aquel Soren Kvikne; trataban de poner al hijo en contra de su padre. Pero la cosa no había terminado.

El tribunal estaba muy cerca del lago, en el centro del pueblo; los magistrados habitaban en las cereanías, en sus fincas. A lo largo de los caminos, cintas estrechas que corta-

ban los campos de nieve, veíanse pequeños puntos negros: hombres que convergían hacia el lugar señalado para la audiencia. Hoy iba á estarse estrecho en la sala.

Al primero que vió Norby al llegar al pueblo fué á Herlufsen, envuelto en su gran abrigo de piel de lobo, y lo primero que hizo al bajar del trineo fué ir á saludarle.

También Herlufsen fué á su encuentro. Se les hubiera tomado por dos amigos íntimos. Al estrecharse la mano, sonrientes, mostraban claramente el vivo placer que tenían de encontrarse.

Pensaban ambos:

«No quisiera estar en este momento en tu camisa.»

Herlufsen ofreció el café, en la fonda, adonde primeramente fueron para dejar los trineos; pero Norby afirmó que á él le correspondía convidar aquella vez.

Apenas cabían por las puertas aquellos gruesos personajes forrados de pieles. Sentados juntos ante las tazas humeantes, pusieron pronto cordialmente de acuerdo para hablar mal de personas que ambos detestaban. No tocaron al gran asunto sino con extrema prudencia, temiendo cada uno que el otro adivinase su plan.

Afuera soplaba un viento glacial del Este, que mezclaba con los torbellinos de nieve el humo de las fábricas próximas. Las gentes iban y venían, golpeándose las manos. Algunas personas llevaban una panadería; compraban pan para tener el pretexto de calentarse un instante. Por fin llegaron los magistrados; las puertas del tribunal se abrieron, y la muchedumbre se precipitó, sacudiendo, hasta en las escaleras, la nieve traída.

Cuando Marit Norby entró en la sala, ya empezada la audiencia, vió entre los espectadores á la mujer del pastor y á Thora de Liderande, que la saludaron amablemente, y la hicieron sitio entre ellas.

Wangen, de pie en la barra, hacía protestas de inocencia. La mujer del pastor se volvió hacia Marit Norby, con un sus-

piro y una mirada que decían: «¡Pobre hombre!; se necesita ser tonto.»

Pero Thora de Liderande empezaba ya á sentir la necesidad de llorar. ¡Qué pálido y enflaquecido estaba Wangen! ¡Desgraciado! Si consintiese en confesar...

Jamás se le hubiera ocurrido á Thora la idea de decirse que su concepción de la culpabilidad de Wangen era errónea, mientras que estaba allí, compadeciéndole. Como esa concepción, desde el origen, había sido para ella motivo de una serie de impresiones y de pensamientos bellos y humanos, no se preguntaba nunca cómo se la había formado. Era una opinión que la había impulsado á sacrificios: su resolución, por ejemplo, de adoptar á uno de los hijos de Wangen. Y una convicción á la que se hace algún sacrificio, no se convierte solamente en una certeza, sino en algo también particularmente precioso, como una especie de «valor» moral.

«¡Pobre Wangen!—pensaba.—Dios sabe si, en último término, se debería todo ello á la influencia paterna: á la mala herencia. Pero los tribunales humanos no tienen, de modo alguno, en cuenta estas consideraciones, y son implacables.»

Y, en seguida, su imaginación la representaba una sociedad en que serían otros los tribunales.

El primer testigo llamado fué Kunt Norby.

Había llegado el momento que tanta preocupación le causara. Iba á tener que afirmar que no había firmado nada para Wangen. Pero cuando entró en el pasillo, estaba tan nervioso como el jugador que tiene buenas cartas en la mano y espera con impaciencia el momento de jugarlas. Le preocupaba únicamente el no olvidarse de nada de lo que tenía pensado decir. Cuando puso mano en el picaporte, oyó como una voz lejana que le decía:

«Vuélvete. Todavía es tiempo.»

Pero la voz venía de demasiado lejos.

«¿Habrás robado á la viuda por casualidad?»—decía otra voz...

E. M.—Septiembre 1909.

Y este pensamiento le llenó del deseo de dar un golpe á Wangen en pleno rostro. Cuando entró en la sala, alzó un poco los hombros, como hacía siempre que sentía sobre él las miradas de muchas personas. Vió á Wangen en el banquillo de los acusados, y al cruzarse las miradas, un segundo, el viejo sintió un sordo furor al recordar todo lo que había dicho Wangen.

«Ya verás»—se dijo.

Mientras que avanzaba á la barra, observó que la mujer del pastor y Thorn se saludaban amistosamente con la cabeza, y se sintió completamente reconfortado. Observó que el tribunal no estaba presidido por el juez en persona, sino por su suplente, y aquello le molestó algo. Pase que el suplente sustituya al juez en causas sin interés, pero ¡tratándose de Kunt Norby!...

Cuando el joven, con sus lentes y sus patillas nacionales le exhortó á decir verdad, toda la verdad, nada más que la verdad, el viejo tuvo ganas de reir. ¡Un magistrado aquel hombrecillo! ¿No le habían contado á Norby que aquel caballere, el anterior sábado, se había puesto como una cuba en casa de Basting, el abogado?

Y allí estaba también Basting, el pobre diablo que se daba aires de suprema importancia.

El interrogatorio empezó. Norby contestó con aplomo, precisamente porque sentía que Basting estaba allí, al acecho.

—Wangen afirma que se acuerda perfectamente del lugar en donde se firmó el documento—dijo el juez suplente.

—¡Ah! Celebraría saber en dónde pudo ser eso—dijo Norby con tono ingenuo.

El juez suplente se volvió á Wangen.

—¿No fué en el Gran Café?

Wangen se levantó. Afirmó que el documento se hizo en el Gran Café, con el mismo acento de convicción que cuando declaró su inocencia.

Había en esto, para Norby, un elemento cómico, que venía

á serenarle por completo; y así fué que, con entera buena fe, contestó:

—Yo no he firmado ese documento.

Al decir esto oyó una risita irónica que venía de Wangen, lo que le puso furioso.

«Ya verás; ya te daré de qué reir en seguida.»

Pero entonces se produjo algo para lo que Norby no estaba completamente preparado. El juez suplente le tendió un papel.

—He aquí un documento—dijo.—Y en él está su nombre. ¿Quiere usted ver si se parece á su firma? Podría ser que se hubiese usted olvidado del hecho.

Y, por un instante, Norby vió el nombre que él mismo escribiera. Tuvo la impresión de hallarse frente á un aparecido: no quería mirar. Echó una ojeada á Basting, que le observaba de reojo, y de repente, furioso, arrojó el documento sobre la mesa, y exclamó:

—No necesito examinar ese papel. Sé perfectamente lo que yo he hecho.

Pero he aquí que Basting, autorizado á hacer algunas preguntas, se acerca á la barra.

—¿No le pidió nunca Wangen que le proporcionase una garantía?—preguntó á Norby.

Norby estuvo á punto de echarse á reir ó contestar con un sarcasmo; pero una voz le murmuró:

«Cuida de no dejarte embrollar.»

Y contestó con una sonrisa:

—Muchas personas se han dirigido á mí para que les preste ese servicio, pero no me acuerdo de todas.

Y como oyera de nuevo la risa irónica de Wangen, añadió:

—Por lo demás, es probable que me lo pidiera. Porque en estos últimos tiempos se dirigía á cualquiera buscando ayuda; al primero que llegase.

Al terminar su declaración se acordó de lo de la viuda de Haarstad, y pidió ser oído después que declarase Soren Kvikne.

Cuando salió, permaneció un instante en la escalera to-

mando el aire, antes de ponerse su gorra de pieles. Sentía, sí, una voz que le gritaba: «¡Has mentido!» Pero la voz estaba muy lejana, y otras muchas se alzaban en contra de ella. ¿Habría acaso despojado á la viuda?

Conservaba en el oído el eco de la risa de Wangen, y pensó de nuevo: «Ya verás, ya verás lo que te doy para reir.»

Todavía le quedaban los mejores triunfos en la mano.

«También es mucho—se decía, paseándose por el patio—que se vea uno expuesto á los ataques de semejantes canallas. Se necesita tener uñas y garras para defenderse. Pero que me muera si no sale ese hombre del pueblo.»

De repente se detuvo. Un joven con gabán y gorra de piel se dirigía hacia él. No se engañaba; era Einar. Norby, que estaba ya furioso, al ver á su hijo sintió deseos de precipitarse sobre él dándole de golpes.

Permanecieron inmóviles, á pocos pasos uno de otro.

Einar estaba palidísimo.

—¡Ah! ¿Estás de paseo?—dijo el viejo tratando de reir.

Sabía que podían verlos desde las ventanas.

—Padre—dijo Einar golpeando con su bastón un rastrillo para la nieve olvidado allí,—no es agradable estar en mi puesto, ¿sabes?

El viejo sonrió y se encogió de hombros.

—¡Ah!... ¿Es que no te bastan tus ciento cincuenta guineas al mes? ¿Tendrías por casualidad familia en Cristianía?

Einar apretó sus labios; su voz temblaba.

—Quisiera obedecer á mi conciencia y hacer lo que es justo—dijo mirando tranquilamente á su padre.

—Cierto, cierto.

El viejo adelantó un paso, y añadió:

—¿Quién te lo prohíbe?

—Me voy á ver obligado á entrar en la sala y salvar al inocente—dijo Einar,—suceda lo que suceda.

Pero, á pesar suyo, retrocedió un paso y miró á su padre, asustado.

El viejo trataba todavía de sonreír, á causa de las gentes que estaban tal vez en las ventanas, pero palideció de repente.

—Es lo que yo pensaba—dijo.—¿Pero quién puede haberte engañado así?

Einar se puso rojo; avanzó un paso, y dijo con voz irritada:

—Quiero ahora saber lo que quieres decir con eso, padre.

Pero el viejo no admitía aquel tono de autoridad; empezó á hacer grandes ademanes, y rugió literalmente:

—Anda, ve á declarar, y que el diablo te lleve. No te quedes aquí atormentando á tu padre con esa crueldad. Anda, vete.

Abrió la boca como si le faltase el aliento, movió los brazos, pero no encontró nada que añadir. Después, bruscamente, le volvió la espalda y se alejó rápidamente. Einar empezó á acercarse maquinalmente al tribunal. De pronto le oyó llamar:

—¡Einar!

—¿Qué, papá?

Se volvió. Su padre estaba allí; pero de pronto, con un ademán, dijo:

—Nada.

Y se fué. El orgullo había triunfado.

Einar permaneció un instante parado en la escalera del tribunal. Bastábale dar algunos pasos para entrar en la sala.

«En el fondo, la misma conducta de tu padre prueba bastante la inocencia de Wangen—pensaba.—¿Pero sabrás tú hacer tu deber? ¿Eres un hombre valeroso ó un cobarde? Se trata solamente de decir la verdad y salvar á un inocente. ¿Es esto tan difícil? Quizá será la única vez en la vida que se te pida hacer un acto de valor. Vamos, sé hombre.»

Y siguió andando lentamente; entró en el vestíbulo y abrió la puerta.



Cuando Norby dejó á Einar, no sabía adónde iba. Encontró á algunas personas conocidas, con las que tuvo que pararse, á las que tuvo que estrechar la mano. Tuvo que charlar un poco, aunque tuviera más deseos de echarse al suelo y ponerse á rugir.

—No faltará la nieve este año—dijo con una sonrisa que parecía más bien una mueca nerviosa, á los que le hablaban.

Y pensaba al mismo tiempo:

«En este momento estará en la barra.»

Pero todos los que estaban allí le hablaban con respeto, le miraban con simpatía, y se sintió alentado.

«Que declare—se dijo.—Ya veremos.»

Por fin se quedó solo. Se encontró en una tienda con la frente pegada en los cristales. El tribunal estaba ante él, á pocos pasos de distancia. Norby vió en la ventana una cabeza de perfil con la barbilla en la mano.

«Estarán riéndose del escándalo—pensó.—Creerán tenerme porque han atrapado á mi hijo... Pero ¡paciencia!»

Sentía que algo se helaba en él, en el fondo de su sér: aquel hijo, que le había costado tantos miles de coronas y que se entregaba de pronto á semejante agresión contra su padre, no era ya su hijo. Norby no sentía ya más que el dolor que sigue á una amputación, pero un dolor tan vivo, que apretaba los dientes.

«Se engañan si creen que no soy capaz de rechazar sus afirmaciones, porque ahora es la lucha al arma blanca.»

Se echó á reír, pero con una risa fría y pálida; porque la idea de deshonorarse él y su hijo en un careo le hacía perder la cabeza.

«¡Ah! Se arrepentirán de haber cogido á mi hijo.»

Cuando Einar entró en la sala de audiencia vió que la barra estaba libre. El juez dictaba algo al secretario. El sitio reservado á los testigos esperaba al que debía decir la verdad. Parecía que le hacía signos para que se acercase. Cuando cerró la puerta tras él, el ruido que hizo le estremeció. Aquella puerta le separaba para siempre de su padre.

«Ya no podrás volver á casa» —se dijo.

Y en el mismo instante vió á su madre en el público. Ella le sonrió. Estaba muy encarnada, sudando, y le hizo sitio á su lado.

«Si supiera que yo no podré volver á casa» —pensó.

Y el hecho de ver que le hacía un sitio á su lado, sin sospechar el motivo de su venida, provocó en él una agitación extrema.

«Seguramente se desmayará cuando te oiga declarar.»

Pero era preciso que fuese inmediatamente ó nunca. Sentía que si no se decidía en el acto, su valor se embotaría, perdería toda energía. Habíale costado tanto decidirse, que retroceder ahora era como escupirse á sí mismo á la cara. Volvió á mirar á su madre como para decirla:

«Tampoco tú puedes querer otra cosa que oirme decir la verdad. He tratado de salvar al padre cuando todavía era tiempo, pero ha sido imposible.»

Iba á dirigirse al presidente del tribunal; pero Thora y la mujer del pastor le saludaron tan cariñosamente con la cabeza, que tuvo que contestar. Además, su madre le hacía signos para que se acercase, y las dos señoras se apresuraron también á hacerle sitio.

En aquel mismo instante, Einar sintió la imperiosa necesidad de sentarse; había pasado varias horas al frío, y allí hacía calor; la atmósfera estaba casi irrespirable.

Sintió el vértigo; se le subió la sangre á la cabeza. De nuevo su madre le hizo signos, sonriendo. Y antes de saber lo que se hacía, se encontró sentado al lado de su madre. Las dos señoras le dieron un cordial apretón de manos.

Al poco rato fué llamada su madre para declarar. El juez la miró.

—¿No estaba usted en el auditorio?—dijo.

—Sí—contestó ella.

—No está permitido. Tendrá usted la bondad, puesto que es testigo, de permanecer fuera de la sala.

Cuando Einar vió á su madre en la sala, apoderóse de él un sentimiento singular. Parecíale que su madre, allí, ante el tribunal, estaba como expuesta á algún peligro. Cuando el juez le hizo aquella observación, se sintió indignado. Instintivamente, despertábanse ahora todas sus ternuras filiales, é iban á estrecharse en torno de su madre. Ya no acertaba á pensar; no vivía más que para el corazón. Habíase penosamente elevado hasta la alta investigación de la verdad, hasta el neto discernimiento, y he aquí que perdía el equilibrio, que caía en un caos de sentimientos mal definidos, pero ardorosos.

Hubiérase dicho que una estrella le hacía signos; lejos, muy lejos, le hacían signos para que se levantase y fuese á declarar. Pero cada vez estaba más lejano.

Allí estaba su madre, ante él, con aire tan compungido, de repente. El juez la había ofendido. ¿Era preciso que ahora él fuese á desmentirla delante de todos? Era tanto como ir á derribarla á puñetazos.

Cuando su madre hubo terminado la declaración, salió. Experimentó el deseo de ir á ver si se sentía mal. Se olvidó del gabán que se había quitado y dejado en el banco.

Pero cuando alcanzó á su madre, cerca de la panadería, se apoderó de él bruscamente la resolución de marcharse; no podía soportar semejante lucha.

Ni siquiera trató de buscar un pretexto á su fuga. Se despidió y se marchó á escape.

A la nieve había sucedido una formidable granizada, que se acusaba con sus perlas de hielo.

El camino que conduce á la estación serpentea á orillas del

lago. El tren salía dentro de una hora. Einar tenía tiempo. Sin embargo, iba tan de prisa como el que se escapa.

Por fin comenzó á acortar el paso. Una voz le decía:

«El interrogatorio de hoy no es más que la instrucción preparatoria del asunto; todavía es tiempo de ir á declarar ante la audiencia...»

Pero se paró, como si este pensamiento hubiera sido un sér que se presentaba en su camino dispuesto á abofetearle.

«No, es demasiada cobardía. ¿Crees que vas á ir ante el jurado? ¿Lo crees, vil cobarde?»

Durante todo el día se vió así trajinado, decidido unas veces á volverse en seguida á Cristianía, y otras á ir al tribunal para prestar su declaración. Cuando se acercó al tribunal, se sintió orgulloso de haber triunfado en lo más sincero y animoso que había en él.

¿Y ahora? No podía volver á su casa. Su padre, aun cuando le perdonase, despreciaría siempre á aquel triste héroe; hijo de la casa, había hecho traición á la casa y á todos los suyos: poco importaba que su cobardía le hubiese impedido realizar la traición. Se paró y miró hacia el edificio del tribunal. A los ojos de Einar, aquel edificio no era más que el refugio de la injusticia, de las acusaciones falsas, de los falsos testimonios, un lugar en el que se iba á condenar á un inocente. Y él, que hubiera podido salvar á aquel hombre, ¿qué haría? Huía, era el más indigno de todos. Le pareció de repente que le era completamente imposible volver á Cristianía, ser el Einar Norby de antes. No se atrevería á mirar á sus amigos á la cara. Tendría que vivir con aquella vergüenza en el alma, tener siempre la frente baja y callarse cuando se hablase de verdad y de honradez entre los hombres. Si condenaban á Wangen, ¿podía él, Einar, tener un momento de felicidad en su existencia?

No, no podía seguir camino de la estación. Sentóse en una piedra; todavía no se daba cuenta de que había olvidado el abrigo. Al cabo de una hora, continuaba allí con la cabeza

entre las manos. Una campana le sacó del sopor. Un trineo pasó, en el que iban dos hombres riendo y hablando del tribunal: debía de haber ocurrido algo... Pero Einar permaneció sentado.

¿Se volvería? ¿Sería tiempo aún?

Pero bruscamente se echó á reír. ¿Cómo? ¿Atrevíase todavía á levantar la cabeza aquella necesidad de heroísmo? Reíase con desdén, con amargura, y tosía al reírse...

Cuando por fin Soren Kvikne estuvo en la barra, tomó un aire de importancia con las manos metidas en los bolsillos, porque ahora sabía seguramente que todo el asunto estaba en sus manos. Contó que, estando al servicio de Haarstad, éste le refirió un día que había firmado un documento como testigo otorgado por Norby en calidad de garantía á favor de Wangen.

Hubo un gran movimiento en la concurrencia; aquello era la absolución de Wangen.

—¿Está usted seguro de lo que afirma?—preguntó el juez mirando al jornalero.

—Lo recuerdo como si fuera ayer—contestó Soren.—Estábamos pintando un carruaje cuando me contó la cosa.

Pero el juez recordó que Norby había solicitado ser oído después de aquel hombre, y previendo algún incidente curioso, resolvió carear á los dos testigos.

Desde que Marit informó á Norby de la marcha de Einar, ya no era el mismo hombre. Por fin iba á dar el gran golpe. Cuando estuvo en la barra, junto á Soren Kvikne, empezó por mirar en torno suyo al auditorio. Como lo suponía, allí estaba Herlufsen. Después sacó un documento y pidió al juez permiso para dar lectura de él.

—Como usted guste—dijo el magistrado con cierta vacilación y tendiendo maquinalmente la mano hacia el papel.

Norby se puso á leer:

«La que suscribe, viuda de Jorgen Haarstad, declara por su honor y conciencia, que Soren Kvikne dejó nuestro servicio unos seis meses antes de que el documento en cuestión

fuese firmado. Y como después pasó á servir durante mucho tiempo á otro lugar, es imposible que mi marido pudiese hablar con él de ese asunto antes de su muerte.»

El juez cogió el papel y lo examinó. Todos los asistentes se levantaron con un movimiento de curiosidad. El acusado se levantó también y tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Qué tiene usted que contestar á esto?—dijo el juez fijando los ojos en Soren.

Norby se había vuelto para mirar á Herlufsen:

«Tómame esa»—pensaba.

Le pareció que á Herlufsen le había acometido de repente un dolor de muelas.

—¿Qué tiene usted que contestar á esto?—repitió el juez, porque Soren permanecía allí contemplándose las botas.—Usted ha dicho que estaban ocupados en pintar un coche el día en que Haarotad le contó la cosa. Parece que se ha equivocado usted. ¿Cómo lo explica?

Pero como Soren no encontraba ninguna explicación, fué autorizado para retirarse...

Al anochecer, cuando Norby y Marit subieran al trineo para volver á su casa, fueron muchísimas las personas que se agruparon en torno de ellos. Era casi una ovación. Todos los testigos de Wangen no habían hecho más que provocar la risa, mientras que Norby supo tomar sus precauciones.

El viejo había empuñado ya las riendas, cuando acertó á pasar Wangen. ¡Parecía desesperado; pero al ver á su adversario se acercó súbitamente con el puño levantado.

—¡Espera, tú!—exclamó con el rostro convulsionado.—¡Canalla! Te imaginas tal vez que has alcanzado la victoria hoy. Pero espera un poco: irás á la cárcel, tú y la que está sentada á tu lado.

É iba á agredirle, cuando dos mocetones le echaron mano al cuello y se lo llevaron, á pesar de una resistencia encarnizada.

—¡Ah! el alcohol...—dijo un viejo que miraba la escena

encorvando la cabeza.—Ya vi que el cónsul le llevaba á la fonda después de la audiencia para darle de beber.—Más valdría que el alcalde le pusiera á buen recaudo—dijo otro, con una mirada de simpatía hacia Norby.

Este sonrió, restañó el látigo y se puso en marcha, mientras que á su paso todo el mundo se descubría.

Estaba cansado. ¡Tantas emociones en un mismo día! Pero no dejaba de pensar en el momento en que llegó la declaración ante el tribunal. Veía la casa de Herlufsen... Tenía para divertirse toda la vida.

Cuando entraron en el patio de la finca, Ingeborg salió á su encuentro, y empezó á decir con la voz alterada por el espanto:

—El pobre Einar...

—¿Einar? Pero si se ha vuelto á Cristianía—dijo la madre, que fué la primera en bajar del trineo.

—Acaban de traerle hace un momento—contestó Ingeborg.—Ya he telefoneado al doctor que venga.

JOHAN BOJER

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

El resplandor de la hoguera (novela), por D. Ramón del Valle-Inclán.

El resplandor de la hoguera es la segunda de las novelas que ha compuesto y publicado D. Ramón del Valle-Inclán, bajo la rúbrica general de *La guerra carlista*. De la primera—*Los cruzados de la causa*—hablé hace algunos números á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA. La segunda no es menos digna de la atención del público y el examen de la crítica.

Observo en estas nuevas novelas de Valle-Inclán una evolución interesante en la manera de novelar y de concebir la novela por parte de este celebrado escritor. En Valle-Inclán novelista se pueden señalar tres fases, tres momentos ó, si se quiere, una clasificación más modesta y más ceñida al asunto: tres grupos de obras. Uno es el de las *Sonatas*, el que llamaríamos el ciclo de Bradomín; otro el de *Aguila del Blasón* y *Romance de Lobos*: el ciclo de Montenegro; y otro, por fin, el que forman las novelas de *La guerra carlista*; que no son, como las otras, el ciclo de un personaje, aunque los anteriores personajes cíclicos subsistan todavía en ellas, sino que sustituyen al dominante relieve de los sujetos particulares la épica difusa de la historia.

Explicaré las diferencias que advierto en esas tres agrupaciones de novelas. Casi la he explicado ya al caracterizar las primeras como ciclo de un personaje, series de sus aventuras,

hazañas y sucesos; y al notar que en la última falta esa polarización personal.

En las *Sonatas* domina un tema lírico, individualista. En estas novelas, en que hay pasajes de prosa insuperables, que vivirán en las futuras antologías castellanas, Valle-Inclán ha sido uno de los cultivadores y continuadores españoles de la leyenda de Don Juan. Su Marqués de Bradomín es una de las más felices representaciones de ese eterno seductor de mujeres y de públicos. Son un himno de amor, conquistador y triunfante, esas páginas llenas de exquisiteces tan distintas, aun siendo atrevidas, con el atrevimiento de los clásicos, del erotismo burgués de casa de citas que ha invadido recientemente nuestra novela, y que cada día se propaga más por ella, disfrazándose con oropeles de psicología y con lentejuelas de estilo, pero mostrando siempre por debajo de su vestidura literaria el gesto vulgar de una apetencia sexual, impaciente, del hambre del sexo. La frase d'aurevillesca con que Valle-Inclán define á su personaje, á su Don Juan: era feo, católico y sentimental, es de una profunda y certera psicología. Ella expresa un personaje que no debe al atractivo animal de la belleza física sus victorias de amor; un alma propensa al idealismo, sensible á las elegancias del pasado y dotada de la fuerza comunicativa de la simpatía; todo lo cual depura y espiritualiza la visión del amor, que responde en estas novelas, no á los bajos instintos de la naturaleza, sino á la sugestión ó al hechizo de una fuerza espiritual altiva y dominadora, de una gallardía masculina y caballeresca. ¡Cuán superior es esta imagen donjuanesca al grosero concepto del *homme à femmes* que expresa un escritor fino y con grandes pretensiones de psicólogo como Paul Bourget, en su *Psicología del amor moderno*, de Claudio Larcher, concepto tan difundido por la novela amatoria moderna, muchos de cuyos libros parecen inspirados en confidencia de cocotas!

En las novelas del ciclo de Montenegro (*Aguila del Blasón*, *Romance de lobos*), esa nota lírica, individualista, aristocrática,

que convierte á la novela en gesta de un personaje, aparece ya atenuada. D. Juan Manuel de Montenegro es, sin duda, una figura de la estirpe de la de Bradomín por el interés absorbente y dominador de su carácter; pero junto á ella se dibuja un fondo social de vida aldeana, que tiene fuerte relieve, y aparecen figuras populares de tanta realidad y tan superior ejecución artística como las de los mendigos. Un trozo de la vieja España andariega, mística y picaresca, vive en torno de aquel señor feudal que se ha equivocado de siglo. Estas novelas son libros de transición de una manera á otra, que van desde la novela subjetiva y poética á la novela social. Los dos libros de la guerra carlista (*Los cruzados de la causa* y *El resplandor de la hoguera*) representan el término de esta evolución; en ellos, y especialmente en el último, la novela tiene verdadero carácter social; es la gesta de un pueblo, la representación artística de un momento histórico. Su sujeto no es un personaje singular. Es un pueblo, una multitud. En su argumento y en su acción, figuran personajes de las anteriores novelas; pero el cambio de medio reduce su importancia, y los coloca en una más modesta perspectiva. Bradomín es, sin duda, el mismo gran señor, galante y caballeresco, pero no ocupa ya la posición central que en las *Sonatas*, donde reina sobre un fondo siglo XVIII. La gravedad del asunto colectivo se impone á las figuras individuales, las anega en el mar popular y las reduce á la condición de accesorios.

Esta evolución es la misma que se ha operado en el concepto y manera de estudiar y de escribir la historia; sólo que en las obras artísticas no es definitiva. En la historia sí lo parece, pues aunque haya retornos y retrocesos (la teoría de los héroes, etc.), de tal suerte domina el peso del sujeto colectivo, que hasta en las biografías extensas ocupa largo espacio y desempeña papel importante la descripción del medio social.

*
* *

El resplandor de la hoguera es una novela de asunto épico más que novelesco. El asunto novelesco, según el concepto clásico y tradicional del género, está constituido por una intriga. Así, en las *Sonatas*, en las novelas del Marqués de Bradomín, el asunto es plenamente novelesco. En los asuntos épicos, la intriga queda subordinada al espectáculo colectivo, al movimiento social é histórico. Esto es lo que ocurre en *El resplandor de la hoguera*.

En la novela anterior, *Los cruzados de la causa*, la acción se desarrollaba lejos del verdadero teatro de la guerra carlista, en Galicia. Eran escenas de propaganda, reclutamiento de partidarios, y un alijo de armas los hechos, sencillos y expresivos, que formaban su argumento. En *El resplandor de la hoguera*, la acción se traslada al corazón del lugar de la contienda, á la región vasco-navarra. Creo que el que lea la novela de Valle-Inclán, y entienda de títulos de obras literarias, hallará que éste es en extremo feliz y acertado. Lo que vemos en esta obra es, en efecto, el resplandor de la guerra, la fisonomía especial de nuestras luchas civiles, compuestas de muchos menudos episodios, de pequeños hechos de armas, de hazañas y fechorías individuales que integran, en conjunto, la visión colectiva de los movimientos populares.

El carlismo, adalid de una causa tradicionalista, dinástica y aristocrática, fué un movimiento popular. A ello se debió la duración de las guerras civiles, y de ello dependió también su relativa localización regional. Este carácter popular, difuso, diseminado en muchos hechos menudos, es el que veo expresado con certera denominación en el título *El resplandor de la hoguera*. El resplandor es una imágen más extensa, más trascendente, más total del fuego que las llamas que brotan del montón ardiente.

Esta novela, en consonancia con su índole social, no tiene en realidad un argumento, una acción central á la que se subordinen todos los sucesos novelescos. Si repasamos lo que en ella ocurre, buscando entre la trama de la acción ese hilo con-

ductor del argumento, hallaremos que, si acaso, está en las aventuras de un personaje secundario, Roquito, un antiguo sacristán de monjas, que es uno de los variados tipos del partidario. En toda la novela no hay más que un hecho de armas: un combate entre una columna de cazadores y la partida de Miquelo Egozcué, y, sin embargo, da la sensación viviente de la guerra, del paisaje bélico, de las fatigas, crueldades, dolores, arranques de fanatismo y de valor, y movimientos de venganza con que se amasaron las guerras civiles. *El resplandor de la hoguera* es un verdadero episodio nacional. En esta novela todo es episódico; y por serlo, da tan exacta y acabada representación de la guerra carlista, que más que en las grandes batallas, propias de la guerra regular y organizada que en ella se dieron, consistió en esta lucha constante, en estos encuentros continuos, en este batallar errático del partidario. En los *Episodios* de Galdós, muchas veces la acción no tiene el carácter incidental de lo episódico; es un acontecimiento principal lo que el novelista describe. Esta de Valle-Inclán es episodio desde el principio al fin. Por eso está tan en consonancia con su asunto, que fué un gran acontecimiento nacional formado de episodios.

Hay en *El resplandor de la hoguera* escenas de una gran belleza. Aquella en que, durante un descanso de la partida de Miquelo Egozcué, cantan los dos *versolaris*, saltando sobre la hoguera, tiene un sabor primitivo de vieja poesía homérica. La del combate, á que antes he aludido, da una viva sensación de la lucha contra fuerzas irregulares en un terreno abrupto. El duelo á tiros de fusil entre el corneta y el voluntario carlista, que no se conocen, y á quienes el azar de la lucha ha llevado á ser adversarios en un combate singular, tiene dentro de su sencillez un vigoroso relieve representativo. Y no es menor la intensidad trágica de la escena de la conducción de Roquito, preso por los forales, á la cárcel de Olaz. Los prisioneros no ignoran su suerte; saben que en cualquier recodo del camino se les aplicará ese procedimiento tan español, usado en

las guerras y en las campañas contra el bandolerismo, del fusilamiento en una carretera. Pero á Roquito le salva la tenacidad heroica de una mujer que sigue á los forales y al preso. El sargento viejo que manda aquella fuerza, no tiene alma para fusilarle delante de la mujer, y dice:—Hay que hacer las cosas conforme lo manda Dios... Lo entregaremos, conforme á ley, en la cárcel de Olaz.

Todo, sin embargo, respira odio y venganza en el paisaje. El camino está sembrado de sangrientos recuerdos. En tal sitio, el cabecilla D. Pedro Mendía sorprendió á una tropa de veinte hombres y los mandó fusilar. Antes de irse ordenó marcar veinte árboles con sendas cruces. A los pocos días pasó Mina, vió las cruces, mandó cortarlas é hizo fusilar á cuarenta hombres de Lecaroz. En los pinos quedaron marcadas cuarenta cruces.

—Eso era hacer la guerra—dice uno de los forales al escuchar el relato, y en esas palabras palpita el feroz y bravo instinto de las represalias que en tales guerras, y acaso en todas, se sobrepone á los sentimientos de humanidad.

Valle-Inclán ha retratado, con imparcialidad de historiador y serena independencia de artista, las figuras de los dos bandos beligerantes. ¡Qué de psicología y qué de observación social hay en sus tipos militares, trazados sin adulación ni vituperio, con pulso seguro de observador desapasionado. Personajes de diferente extracción, de educación é ideas diversas, se ven agrupados en cada campo, dando una imagen viviente de lo que fué aquella España que, dividida en dos bandos, se destrozaba más por ideas que por intereses, que es lo que al cabo ennoblece estas páginas sombrías de las guerras civiles, en que hubo un gran fondo de idealismo.

A mi juicio, *El resplandor de la hoguera* es un modelo de novela histórica. No hace historia, no relata tales ó cuales sucesos, pero da con penetrante intensidad la sensación poética del momento y del ambiente. Un pormenor es á veces más expresivo que un relato minucioso. Lo poco que se dice en la no-

vela de Valle-Inclán, del cura de Santa Cruz, por ejemplo, ¡qué luz no arroja sobre esta sanguinaria figura de la guerra!

Al principio de este artículo he indicado que había una evolución, un cambio de manera en estas novelas, comparadas con las anteriores de Valle-Inclán. Me refería á la elección de asuntos y al modo de concebirlas, á las variaciones del sujeto novelesco, que en las primeras novelas de Valle-Inclán es individual, y más todavía que individual, un personaje de excepción, y en estas últimas colectivo, un episodio histórico. El arte de composición es el mismo. Se distingue por una gran sencillez, por una sobriedad de expresión, de imágenes, de digresiones que hace que en estas novelas no haya ripio alguno, ni se pueda señalar ningún elemento traído forzosamente para buscar un efecto artístico. De ahí su clásica elegancia, que no está solamente en la dicción, sino también en la composición y estructura de la obra.

La pasión puede arrancar, sin duda, bellos y vibrantes acentos á la lírica. Es la eterna madre del yambo, y puede alcanzar la grandeza de los *Chatiments*; pero en los géneros objetivos y de observación como la novela, una visión serena y desapasionada es la disposición de ánimo que más conviene al artista. Sin duda, es esta la de Valle-Inclán, que en la «Sonata de Invierno» puso en boca del Marqués de Bradomín estas palabras, que creo yo que son una profesión de fe del autor: «Yo hallé siempre más bella la majestad caída que sentada en el trono, y fui defensor de la tradición por estética. El carlismo tiene para mí el encanto solemne de las grandes catedrales, y aun en los tiempos de la guerra me hubiese contentado con que la declarasen monumento nacional.» Este punto de vista estético, que no es ciertamente el punto de vista del hombre de partido, es un buen observatorio para el arte. Desde él se aman las cosas con moderación y con crítica.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: Edgard Poe y Julio Verne.—HISTORIA: El proceso de Galileo.—LINGÜÍSTICA: Desarrollo y evolución del argot.—CIENCIAS NATURALES: Las sensaciones de las abejas y de las hormigas.—COSTUMBRES: La mise en scène.—El placer de la conversación.—CRÍTICA: Americanismos.—La información periodística.—ENCICLOPEDIA: Conversaciones de Anatolio France.—IMPRESIONES Y NOTAS: El peligro de los besos.—La belleza.—La alta atmósfera.—El castigo del parricidio.

LITERATURA

EDGARD POE Y JULIO VERNE.—Enrique Potez, en *La Revue*, estudia la influencia ejercida en la segunda mitad del siglo XIX por Edgard Poe en la literatura europea, especialmente en la francesa, afirmando que, de todos los escritores extranjeros, quizá Poe es el que mayor influjo ha ejercido. Él es quien nos ha transportado fuera del mundo é iniciado en la *belleza extraña*. Tal vez sería excesivo decir que engendró á Baudelaire, engendrador por su parte de casi toda la poesía contemporánea; pero esta aserción no dejaría de contener gran parte de verdad.

Toda una literatura que ha tenido el mayor éxito, aunque casi no quepa en la historia literaria propiamente dicha, la novela policíaca, debe también no poco al autor de *El doble asesinato de la calle Morgue*, *La carta robada*, *El escarabajo de oro* y *El misterio de María Roget*; y si Emilio Gaboriau y Conan Doyle deben á Poe muchas de sus concepciones, no es menos cierto que Julio Verne se inspiró en él en sus primeras

obras, las que más contribuyeron á la popularidad de su nombre, y la gloria de haber suscitado á Julio Verne no es despreciable.

Julio Verne, hombre práctico, había comprendido que las novelas á lo Poe no convenían al genio francés, que no gusta de pesadillas ni de catástrofes. «Arreglémoslo un poco, se dijo Verne, y obtendremos decidido éxito; suprimamos ó atenuemos sus errores; dejémosle una pizca de misterio y de extrañeza, como se echa una hoja de laurel en el puchero para darle gusto; añadámosle los ingredientes ordinarios del padre Dumas, una fuerte dosis de humor aventurero, de audacia y de jovialidad, y luego sirvámoslo caliente.» Y así lo hizo, publicando sus *Viajes extraordinarios*.

En 1863, el primer volumen de la serie *Cinco semanas en globo* fué ofrecido á los graves lectores del *Journal des Débats*: tres aeronautas atraviesan el Africa en cinco semanas; Poe había hecho atravesar el Atlántico al dirigible *Victoria* en sesenta y cinco días.

Cierto *Hans Pfaal* va en un globo especial de la tierra á la luna; pero no se contenta, como los de la bala de Julio Verne, con girar alrededor de la luna, sino que aborda á ella, y envía noticias á los buenos habitantes de Rotterdam.

El desenlace del *Manuscrito encontrado en una botella* y de *Una bajada al Maelstrom* han suministrado á Julio Verne el de *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

La pequeña ciudad holandesa de Vondervotteimittis vive mecánicamente: todos los gestos de sus habitantes están previstos y regidos por el gran reloj de la torre, único en su género, que jamás hay que arreglar, y lo mismo sucede con todos los otros péndulos, orgullo de los vondervotteimitteños; una especie de *gnomo*, venido de no se sabe dónde, trastorna el reloj de la torre, y con él resultan perturbados todos los relojes y toda la vida de la ciudad: tal es el asunto de *El diablo en la torre*; Julio Verne ha sacado de aquí el argumento de *El doctor Ox*, aunque totalmente cambiado.

Los exploradores del *Viaje al centro de la tierra* encuentran en un criptógrafo las indicaciones que guían su excursión aventurada, exactamente lo mismo que William Legrand en *El escarabajo de oro*.

Las *Aventuras de Arturo Gordon Pym*, han sido muy consultadas por Julio Verne; de ellas ha sacado el hambre de los naufragos de *El Chancellor*, la aparición del gigante en el *Viaje al centro de la tierra*, y en parte, la descripción hipotética del Polo Norte de las *Aventuras del capitán Hatteras*.

Lo más curioso de todas estas inspiraciones, es lo ocurrido con *La vuelta al mundo en ochenta días*, que produjo á Verne cerca de dos millones: la combinación en que se basa el cálculo sobre que gira la novela es debida á Poe. Fileas Fogg apuesta con sus compañeros de club á que da la vuelta á la tierra en ochenta días, tomando el tren de Douvres de las ocho y cuarenta y cinco.

—Puesto que hoy es miércoles 2 de Octubre—dice,—deberé estar de vuelta en Londres en este mismo salón el sábado 21 de Diciembre, á las ocho y cuarenta y cinco de la noche, sin lo cual las 20.000 libras depositadas actualmente en casa de Baring Hermanos, serán vuestras de hecho y de derecho.

A las doce menos veinte de un día que supone ser el 21 de Diciembre, Fileas Fogg desembarcaba en Liverpool á seis horas de Londres; le sobra tiempo, pero es detenido por el agente de policía Fix y encerrado en el Custom House; se disipó el error, pero aunque Fileas Fogg encargó un tren especial, no llegó á la estación de Londres sino á las nueve menos diez de la noche, pasada ya la hora; al día siguiente su criado Passe-Partout se entera, aunque algo tarde, de que están todavía á 21 de Diciembre; mete á su amo en un cab, promete cien libras al cochero si llega á tiempo, y después de haber aplastado dos perros y enredándose con cinco coches el cab, deposita á Fileas Fogg en su club á la hora precisa, haciéndole ganar la apuesta. Ahora bien: «¿Cómo un hombre tan exacto, tan meticoloso—dice Julio Verne—había podido cometer aquel error

de fecha? ¿Cómo se creía en el sábado 21 de Diciembre, cuando no era más que viernes 20? La razón es muy sencilla: Fileas Fogg, sin saberlo, había ganado un día en su itinerario, porque había dado la vuelta al mundo yendo hacia el Este, como lo habría perdido si hubiera ido hacia el Oeste. En efecto; marchando hacia el Este, Fileas Fogg iba delante del sol, y por consiguiente, los días disminuían para él cuatro minutos mientras iba en aquella dirección; y como la circunferencia terrestre mide 360 grados, estos 360 grados, multiplicados por cuatro minutos, dan precisamente veinticuatro horas, que forman el día, inconscientemente ganado. En otros términos: mientras Fileas Fogg, marchando hacia el Este, veía pasar el sol 80 veces por el meridiano, sus colegas quedados en Londres no le veían pasar más que 79 veces.»

Edgardo Poe tiene una novelita, no comprendida en la traducción de Baudelaire, titulada *La semana de los tres domingos*. Se comprende que Baudelaire no la haya incluido en su traducción: empieza por una ostentación desconcertante de humor clownesco, conjunto chocante de simplezas y chistes que vienen á parar en que Bobby quiere á su prima Kate, pero que su tío Rumgudgeon se opone.

—Os casaréis la semana de los tres domingos—les dice.

Esta promesa es la que le va á confundir. «Ocurrió—cuenta Bobby—que entre las relaciones que mi novia tenía en la flota, había dos señores que acababan precisamente de poner el pie en Inglaterra, después de haber pasado un año de viaje en el extranjero. En su compañía mi prima y yo, conforme á un plan concertado de antemano, visitamos al tío Rumgudgeon el domingo 10 de Octubre por la tarde, tres semanas justas después de la memorable decisión que tan cruelmente había burlado nuestras esperanzas. Durante media hora, próximamente, la conversación rodó sobre lugares comunes; pero al fin le dimos con mucha naturalidad el giro siguiente:

EL CAPITÁN PRATT.—Pues bien; he estado ausente un año justo. Justamente un año hoy, tan cierto como estoy vivo.

Vamos á ver: sí... estamos á 10 de Octubre. Se acordará usted, Sr. Rumgudgeon, que vine hoy hace un año á decirle adiós. Y, á propósito, parece una coincidencia, ¿verdad?, que nuestro amigo el capitán Smitherton haya estado ausente exactamente un año, también un año, que acaba hoy mismo.

SMITHERTON.—Sí; precisamente un año ó poco menos; usted se acordará, Sr. Rumgudgeon, que vine con el capitán Pratt aquel mismo día, el año pasado, para despedirme de usted.

EL TÍO.—Sí, sí, sí. Me acuerdo muy bien. Muy chusco, en verdad; los dos salidos hace un año justo. Singular coincidencia, verdaderamente. Precisamente lo que el Dr. L. L. D. llamaría un extraordinario concurso de acontecimientos.

KATE (*interrumpiendo*).—Seguramente, papá, que es algo extraño; pero el capitán Pratt y el capitán Smitherton no han tomado completamente el mismo camino, y eso hace alguna diferencia, ya lo sabe usted.

EL TÍO.—No sé nada, bribona. ¿Cómo lo había de saber? Creo que eso hace la cosa más notable. El Dr. L. L. D....

KATE.—Pues bien, papá; el capitán Pratt ha doblado el cabo de Hornos y el capitán Smitherton ha doblado el cabo de Buena Esperanza.

EL TÍO.—Precisamente: el uno ha ido hacia el Este y el otro hacia el Oeste, chiquilla, y los dos han dado la vuelta completa al mundo.

YO (*vivamente*).—Capitán Pratt, hay que venir á pasar la noche con nosotros mañana. Usted y Smitherton nos contarán su viaje de cabo á rabo; echaremos un whist y...

PRATT.—Un whist, querido, no piense usted en ello. Mañana es domingo; cualquier otra tarde.

KATE.—¡Oh, no! Roberto vale más que eso; es hoy domingo.

EL TÍO.—Seguramente, seguramente.

PRATT.—Dispensen ustedes; yo no puedo equivocarme así; yo sé que mañana es domingo, porque...

SMITHERTON (*muy sorprendido*).—Pero, ¿qué están ustedes diciendo todos? ¿No era ayer domingo? Me gustaría saberlo.

Todos.—¡Ayer! En verdad que está usted equivocado.

EL tío.—Le digo á usted que hoy es domingo; estoy seguro de ello.

PRATT.—No, no. El domingo es mañana.

SMITHERTON.—Están ustedes todos locos. Les certifico que ayer era domingo. Tan cierto como estoy en esta silla.

KATE (*brincando*).—Ya veo, ya veo lo que es. Papá, es una sentencia contra usted. Déjeme usted y se lo explicaré todo en un minuto. Nada más sencillo. El capitán Smitherton dice que ayer era domingo, y era domingo, tiene razón. El primo Bobby, el tío y yo decimos que es hoy, y es verdad, tenemos razón. El capitán sostiene que mañana será domingo, y es exacto; también tiene razón. El hecho es que todos tenemos razón, y que estemos en una semana de tres domingos.

SMITHERTON (*después de un silencio*).—Y bien, Pratt; Kate nos la pega. Estamos los dos hechos unos idiotas. La cosa es ésta, Sr. Rumgudgeon. La tierra, como usted sabe, tiene 24 miles de millas de circunferencia. Ahora bien; este globo gira sobre su eje, ejecuta su revolución, hace virar estos 24 miles de millas, del Este al Oeste, en veinticuatro horas precisamente. Ya comprende usted, Sr. Rumgudgeon.

EL tío.—Claro, claro. El Dr. L. L. D...

SMITHERTON (*cortándole la palabra*).—Eso hace, pues, un millar de millas por hora. Ahora suponga usted que desde esta posición me adelanto un millar de millas hacia el Este. Naturalmente, anticipo una hora justa la salida del sol aquí en Londres; veo levantarse el sol una hora antes que usted. Ando en la misma dirección otro millar de millas, y anticipo dos horas la salida del sol; otro millar, y lo anticipo tres horas, hasta que haya dado la vuelta completa de la tierra. De vuelta aquí, he andado 24.000 millas hacia el Este; luego anticipo exactamente veinticuatro horas la salida del sol en Londres, es decir, me adelanto un día á usted. ¿Comprende usted?

EL TÍO.—Pero L. L. D...

SMITHERTON (*muy alto*).—El capitán Pratt, por lo contrario, partiendo de la misma posición y andando un millar de millas al Oeste, perdió una hora sobre la hora de Londres, y cuando hubo andado sus 24 millares de millas, había perdido veinticuatro horas. Así, para mí el domingo fué ayer, para ustedes es hoy y para Pratt será mañana. Además, Sr. Rumgudgeon, es positivamente claro que todos estamos en lo cierto, pues no hay ninguna razón filosófica para dar la preferencia á la idea de uno sobre la de otro.

EL TÍO.—¡Pues bien, Kate! ¡Pues bien, Bobby! He ahí una sentencia que me condena; como vosotros decís, yo soy hombre de palabra. La tendrás, muchacho, y el millón con ella. ¡Cosa hecha, pardiez! Tres domingos en fila; voy á preguntar á L. L. D. su opinión.

Como se ve, Julio Verne supo aprovechar perfectamente la idea de Edgardo Poe, corrigiendo de paso sus errores matemáticos.

HISTORIA

EL PROCESO DE GALILEO.—Angel de Gubernatis, en *La Revue* de París, trata del proceso de Galileo, teniendo á la vista documentos inéditos, y afirmando que lo que se ha mirado como una especie de titanomaquia, se reduce á una miserable tragicomedia, cuya sola importancia estriba en la excepcional visualidad de los dos antagonistas que aparecen en ella en primer término.

Ninguno de los escritores franceses que se han ocupado de Galileo en el siglo XIX (Biot, Philarète Chasles, Parchappe, L'Épinois, Henri Martín, Combes, Desjardins, Méziers y otros) ha ignorado el agravio del Papa Urbano VIII contra Galileo, acusado secretamente de haber ridiculizado á su anti-

guo protector en el personaje del peripatético Simplicio, negándose los más á admitir esta suposición, y suponiendo algunos que había cometido aquella falta por aturdimiento ó por ingratitud. Pero aun admitiendo el agravio del Papa, nadie se ha cuidado de estudiar la marcha, y el resultado del proceso desde este punto de vista, que es, sin embargo, esencial. Gubernatis, con la convicción absoluta de que la causa principal y casi única de la acritud con que Galileo ha sido perseguido durante diez años, desde fines de 1632 hasta su muerte, ha sido la irritación del Papa, expone los hechos tales como se desprenden de los documentos antiguos y nuevos, que vienen en apoyo de su convicción.

Galileo mismo, un año después de su condena, escribía:

«No es tal ó cual de mis opiniones la que ha sido causa de la guerra que me han hecho y me hacen, sino haber caído en desgracia con los jesuítas.» A su vez, el padre jesuíta, Cristóbal Grienberger, declaraba: «Si Galileo hubiera sabido conservar el afecto de los padres de esta Compañía, su gloria sería universal; habría evitado todas sus desgracias, pudiendo escribir á sus anchas y á su antojo sobre no importa qué asunto, y hasta sobre el movimiento de la tierra.»

En esas dos citas está toda la verdad: Galileo había atacado vivamente en sus *Cartas sobre las manchas solares* y en sus *Diálogos* al jesuíta Scheiner, y en el *Saggiatore* al jesuíta Grassi. Ridiculizados ambos ante el mundo sabio, se vengaron denunciándole y calumniándole, haciendo creer al Papa Urbano VIII que el tonto de Simplicio, tercer personaje casi ridículo de los *Diálogos sobre los sistemas*, no era otro que el Papa en persona. En vano el erudito bibliotecario de los Barberini, el sacerdote Pieralisi, se esforzaba en 1875 en el gran volumen *Urbano VIII y Galileo Galilei*, en descargar al Papa del odio personal y del encarnizamiento con que había perseguido á Galileo; la hábil sugestión de los dos jesuítas, que conocían bien la vanidad y la sugestibilidad del Pontífice que se creía herido, le hizo implacable. Cuando el cardenal Maffeo Barbe-

rini llegó á Papa, con el nombre de Urbano VIII, el 1.º de Marzo de 1624, el capuchino Fr. Fulgencio Micanzio le trataba así: «Es un italiano por la apariencia; por la grandiosidad de sus proyectos, un español; por el disimulo, un francés; pero de hecho es él mismo, todo suyo.» Rencoroso, tenía que disimular su rencor personal, y lo consiguió mostrando celo por la autoridad de la Iglesia, que Galileo había despreciado no cumpliendo una orden formal de la Santa Inquisición. Todas las disculpas de Galileo para justificarse sobre este punto, en el que se creía invulnerable, fueron vanas.

En el fondo, el Papa y los cardenales que condenaron á Galileo eran completamente indiferentes respecto á la cuestión científica del movimiento de la tierra. Podían tener dudas sobre la prueba del flujo y reflujo del mar, esencial para Galileo; pero lo que censuraban en él era el haber mezclado la cuestión teológica con la científica, suprimiendo un milagro de las Santas Escrituras; en unos tiempos en que se acababa de quemar vivo á Jordan Bruno por unas proposiciones heréticas, no es extraño que Galileo fuera obligado á retractarse.

Galileo no había olvidado la interdicción de 1616, que condenaba la doctrina de Copérnico por herética; pero contaba con el ridículo en que había caído aquella condenación; con el derecho de prescripción; con el olvido; con la protección de los Médicis y del príncipe Cesi, presidente de la Academia de los Lincei; con la de gran número de cardenales amigos, y con la del Papa mismo, hasta entonces muy benévolo con él. Pero no contaba con que algún enemigo implacable llegara á insinuar al Papa la idea de que había sido ridiculizado en la figura de Simplicio.

Todo el mundo sabe que Simplicio era un antiguo comentador de Aristóteles y de Epicteto; para combatir á todos los peripatéticos de su tiempo, Galileo había introducido frente á Sagredo y Salviati, dos nobles sabios, antiguos alumnos suyos ya muertos, un Simplicio imaginario que representaba en el *Diálogo* el papel de un semiidiota, flojo, pero terco, defen-

sor de las doctrinas de Aristóteles. No hay duda que Galileo quería ridiculizar en Simplicio á los numerosos partidarios del peripateticismo; pero es inadmisibile que Galileo tuviera la audacia de personificar, en el tonto personaje, al Papa, su gran protector.

Galileo y Urbano VIII eran florentinos; procedentes ambos de familias patricias, recibieron muy completa educación, y ambos eran amantes de las ciencias, de las artes y de la poesía. Barberini corrigió los antiguos himnos de la Iglesia, agregando al *Breviario* sus notas en honor de nuevos santos, mereciendo los versos del Papa unánimes elogios de sus contemporáneos.

Se ha dicho que Maffeo Barberini habia sido discípulo de Galileo en Pisa; pero esto no es exacto, porque Maffeo estudió Leyes en los años 1586-88, y Galileo no empezó á enseñar allí hasta 1589. Después de los grandes descubrimientos de Galileo en Padua, de su gloriosa vuelta á Toscana, de su primer viaje á Roma en 1611 para convencer á sus adversarios, el cardenal Barberini fué uno de sus mayores admiradores. En el mes de Octubre de 1611 comían juntos á la mesa del Gran Duque de Toscana, y poco después el cardenal escribía á Galileo: «Ruego á Dios que os guarde, porque los hombres de vuestro valor merecen vivir largo tiempo por el bien público; para desearlo añado mi propio interés, el afecto que tengo por vos, y de que os daré pruebas en toda ocasión.» El 12 de Junio de 1612 le escribía: «He recibido vuestro tratado sobre las cuestiones filosóficas que han surgido cuando me encontraba en Florencia, y lo leeré con placer para afirmarme en la opinión que compartía con vos y para admirar este nuevo producto de vuestro raro talento.» Después de haber leído el discurso, el cardenal añadió: «Me parece que sostenéis á las mil maravillas vuestra opinión con las mejores razones del mundo, sacadas de la filosofía natural, así como de las ciencias naturales.»

Parece que durante el proceso de 1616, aparte de los cardenales Del Monte, Borghese y Orsini, uno de los cardenales

más activos en favor de Galileo había sido Barberini, que le profesaba gran afecto y admiración; la oda compuesta por el cardenal en 1620 en honor de Galileo y de sus descubrimientos, demuestra de modo irrecusable el constante afecto de Maffeo Barberini al gran sabio, y más todavía la cariñosa carta del 26 de Agosto que acompañaba á su oda.

En el mes de Julio de 1623, el cardenal Maffeo Barberini se convierte en el Papa Urbano VIII, y durante siete años sigue dando pruebas de afecto á Galileo. Este hizo presentar al Papa, por medio del príncipe Cesi, su libro *Il Saggiatore* (escrito contra el jesuíta Grassi), con una expresiva dedicatoria. Urbano VIII lo leyó con deleite; y el cardenal Cesarini escribía el 28 de Octubre de 1623 á Galileo, que el libro daba al Papa tanto gusto, que se lo hacía leer durante sus comidas. En Abril de 1624 salió Galileo de Florencia para Roma, y Urbano VIII le recibió con la mayor cordialidad; Galileo supo de sus propios labios que la doctrina de Copérnico no estaba condenada por la Iglesia, y «no se la condenaría por herética, sino sólo como temeraria, y que no había que alarmarse si alguien llegara algún día á demostrarla como verdadera».

Hay que convenir en que Galileo cometió varias faltas en sus *Diálogos*, pues en lugar de limitarse á la cuestión científica, se aventuró en el terreno teológico, donde se extravió; todo habría pasado, sin embargo, si no hubiera sido por Simplicio. Galileo llegaba en el mes de Mayo á Roma con su manuscrito, siendo muy festejado por el Papa; el libro debía ser impreso en Roma después de revisado; y todos parecían contentos, cuando el 1.º de Agosto muere el príncipe Cesi, el principal apoyo de Galileo junto á Urbano VIII. Habiendo, además, estallado la peste, y no pudiendo volver á Roma Galileo, trató de enviar el manuscrito para una segunda revisión al padre Riccardi; el correo, por temor al contagio, no se atrevía á aceptar ningún paquete; tuvo que contentarse con mandar el prefacio con la conclusión, dejando al maestro del Sacro Palacio carta blanca para modificar lo que fuera preciso, so-

metiéndose de antemano á cuantas correcciones quisieran hacer.

Los enemigos de Galileo empezaban á insinuar que el libro en conjunto sostenía una doctrina condenada por la Iglesia. Se hubiera debido impedir su publicación ó asegurarse, por lo menos, de que se respetaría la voluntad del Papa, cambiando el título del libro, *Del flujo y reflujo*, y no dando sus conclusiones sino en hipótesis. A última hora hubiera tenido que suprimir toda la parte referente á las Sagradas Escrituras, cosa que no habían exigido ni los padres Riccardi y Visconti, revisores de Roma, ni el padre Stéfani, revisor de Florencia.

A fines de Enero de 1632 el libro estaba impreso, y en Agosto llegó un ejemplar á manos del Papa. Urbano VIII debió disgustarse de que, á pesar de sus advertencias, Galileo hubiera en sus *Diálogos* abordado la discusión sobre el texto de las Santas Escrituras; pero no bastaba esto para explicar por sí sólo el cambio completo de sentimientos y de conducta que se produjo. Todos los que habían contribuído á la publicación del libro de Galileo cayeron en desgracia: monseñor Ciampoli, el padre Riccardi, Campanella, el inquisidor de Florencia, el padre Castelli y otros muchos. El Papa no se aplacó algo sino cuando el conde de Noailles, embajador de Francia en Roma, hizo en 1636 todos sus esfuerzos para sacar del espíritu de Urbano VIII el gusano roedor que, en forma de Simplicio, le había atormentado durante cuatro años.

¿Cómo había podido imaginarse el Papa que Simplicio era él? Al final del cuarto diálogo, con aturdimiento inconcebible, no presumiendo que sus enemigos lo aprovecharían para perderle, Galileo pone en boca de Simplicio una cita, que es precisamente un recuerdo de una discusión que él mismo había tenido con el cardenal Barberini. Evidentemente, su intención era burlarse de los peripatéticos que frecuentaban la corte papal, realzando á la vez el saber del futuro Papa, que debía poner fin, con sus elevados sentimientos religiosos, á todas las disputas. Pero los jesuítas no se cuidaron de distinguir á Sim-

plicio de la autoridad por él citada; el ridículo Simplicio era el mismo Papa. De ahí el escándalo y la necesidad de castigar al autor ingrato, pérfido, arrogante, insolente y escandaloso. La irritación de Urbano VIII no conoce límites, y estalla á cada momento.

El Papa se reconoció indudablemente en el *eminentísimo* que Simplicio citaba, y pudo quejarse de que la cita no fuese completa, porque en el original aprobado en Roma había otras dos ó tres razones, dadas por el cardenal Barberini, contra la doctrina de Copérnico, que se habían suprimido en el libro impreso; pero esto podía explicarse por el deseo de presentar al *eminentísimo*, no como un opositor, sino como un continuador. Pero cuando hicieron suponer al Papa que Simplicio era él, Urbano VIII, que se sentía herido de que sus propios argumentos fueran aducidos por un personaje ridículo, llegó al colmo de la irritación, no parando hasta obligarle, á pesar de su edad, de los rigores del invierno, de su enfermedad y del contagio que le hizo pasar por la cuarentena, á salir de Florencia el 20 de Enero de 1633, para presentarse el 12 de Abril ante el comisario general de la Santa Inquisición.

Su sistema de defensa era indigno de un sabio; sostuvo que no había defendido la doctrina de Copérnico, y sólo cuando le amenazaron conduciéndole ante el tormento, reconoció su culpa y firmó su abjuración. El hombre estaba demolido, pero su fama valía más que él. La sentencia que le condenaba hizo estremecer al mundo entero, irritando contra el Pontífice á los hombres inteligentes de todos los países cultos. Habían hecho del sabio un mártir; y si el Papa no había merecido ser comparado al ridículo Simplicio, se cubrió de un ridículo más efectivo y mucho mayor cuando, no satisfecho todavía por la humillación infligida á su antiguo protegido, lo persiguió en su retiro de Archetri hasta el fin de sus días y hasta la tumba.

LINGÜÍSTICA

DESARROLLO Y EVOLUCIÓN DEL ARGOT.—Con el título de *El lenguaje secreto*, publica el profesor de la universidad de Nápoles, A. Nicéforo, un artículo en *La Revue*, estudiando someramente las diferentes formas del argot ó caló.

Para él el argot es una lengua secreta, verdadera criptografía del pensamiento; esto no es del todo exacto, pues el argot, sirviendo originariamente para indicar el lenguaje de los gitanos, y luego el de la golfería de todas clases ha pasado á significar—y tal es el valor científico que hoy tiene la palabra—el lenguaje empleado por las varias clases sociales, acepción precisa que yo le di en mi *Gramática razonada histórico-crítica*, y que hoy es generalmente aceptada.

El argot es, pues, una lengua secreta, en el sentido de que los no iniciados ignoran el valor de sus palabras, pero estas palabras, tan pronto son tomadas del lenguaje usual, como son términos especiales de un vocabulario esotérico ó puras invenciones de quienes los usan. Mi mujer, por ejemplo, se llama Feliciana; pero como es un nombre largo, empleando el procedimiento corriente de abreviación, yo hubiera podido llamarla Feli; esta forma, sin embargo, no era de mi gusto y preferí invertir sus sílabas llamándola Life; esta forma Life constituye un término de argot familiar. Es lo mismo que el caso de la gran dama francesa que cita Nicéforo, que llamaba á sus dos pies, en extrañas cartas de amor lanzadas á la curiosidad del público con motivo de un proceso escandaloso, con los nombres significativos de Nana y Mesalina.

¿Es cierto que todas las profesiones y oficios tienen su argot, como dice Víctor Hugo en *Los Miserables* y como yo vengo sosteniendo? El marinero, al decir *babor*, *estribor*; el bolsista, hablando de *liqui*, *opción* y *fecha*; el maestro de armas, dis-

cutiendo sobre la *tercia* y la *cuarta*; el estudiante, hablando de *guita*, *pegas* y *novillos*; el médico, hablando en griego sin saberlo, y el abogado, empleando los términos del embolismo jurídico... son verdaderos *argotistas*. ¿Hay afinidad entre estos lenguajes profesionales y la lengua pintoresca y oscura de la Corte de los Milagros? Para el profesor napolitano, no; porque lo esencial para él en el argot es el carácter secreto de sus términos: «El argot es una lengua intencionalmente secreta.» Para nosotros, como para Víctor Hugo, sí; pues aun admitiendo el secreto del lenguaje argótico en su origen, es evidente la extensión adquirida por dicho lenguaje y el valor especial de sus términos según la clase social á que pertenezcan quienes los emplean.

Dejando aparte esta cuestión de opiniones, y respetando el modo de pensar de cada cual, veámos lo que Nicéforo dice acerca del argot.

Argot de amistad.—Todo grupo de individuos que siente la necesidad de ocultar su pensamiento, de conspirar en cierto sentido contra los extraños, crea un argot como arma defensiva, que á veces se convierte en ofensiva. Desde la simple pareja de amigos hasta las asociaciones más vastas y complejas y hasta las clases sociales enteras, aparece el argot como elemento de unión entre los iniciados. La ley que preside el nacimiento del argot es la *necesidad de defensa* de toda agrupación; «cuanta más necesidad de luchar y ocultarse tiene el grupo, más complejo, extenso y organizado se hace el argot». Con estas dos leyes se explica la vida entera de ese organismo especial que forma el lenguaje secreto en todos los momentos de su existencia y en cada una de las fases de su desarrollo.

El primer tipo de argot que encuentra Nicéforo es el de *amistad*. Aquí el argot se presenta en forma embrionaria; los amigos necesitan en ocasiones comunicarse ideas que sólo ellos pueden entender, y para ello se valen de palabras convencionales; así, dos amigos habían hecho una listita de nombres, tales como *guina* por *mujer* (del *gyne* griego), *gelatinoso*

por *ridículo* (de *gelao*). Las muchachas son las que se sirven más frecuentemente del argot, y suelen para ello, en lugar de crear palabras nuevas, intercalar entre las usuales una sílaba convenida (tepequipieperopo = te quiero), ó bien añadir al final de cada palabra sílabas especiales (telloquierolloyollo), ó invirtiendo las sílabas ó las letras, según determinadas reglas (*et roquie* = te quiero).

Es de notar, que esta forma de argot es usada también por los romanichel, los titiriteros y los criminales; Klaproth y Pot la han encontrado también en las sociedades secretas circasianas; el filólogo Biendelli ha llamado á este argot *de primera forma*, para distinguirlo del de metáforas, que llama *argot de segunda forma*.

Las frases de que se servían los pitagóricos, y que sólo eran conocidas por los afiliados, podrían también ser consideradas como creaciones del argot entre amigos, como, por ejemplo, «no recibas golondrinas en tu casa» (no tengas amistad con gentes frivolas), «no comas tu corazón» (evita tus penas), «no llesves las imágenes de los dioses en tus sortijas» (no hables inútilmente de cosas divinas), etc.

Argot de las sectas.—Las asociaciones políticas secretas tienen un argot mucho más complejo, como es natural. Emilio del Cerro nos da á conocer algunas de las palabras de que se servían las sectas que tomaron parte en el resurgimiento italiano: así, los *Filedoni* de Bolonia empleaban un argot sacado en gran parte del Diccionario musical; los vasos se llamaban *violines*; el agua, *Haendel*; el vino, *Gluck*; los iniciados, *Ametáfisi*, *Filalintero*, *Filaletécalo* y *Pulípode*, etc.

El argot del amor.—El argot de los enamorados es siempre más complejo que el de los amigos, pues el amor tiene más misterios que la amistad, y hasta usan del argot mímico por medio del pañuelo, del bastón, del abanico, de las flores. Así engañan las odaliscas la feroz vigilancia de sus guardianes.

El argot del amor criminal.—En las parejas de amantes anormales, el argot es todavía más oscuro, más oculto. Los

detalles más libertinos, las costumbres más infames, son designados con atrevidas metáforas. El Dr. Obici y el profesor Marchesini, han estudiado particularmente la psicología de las amistades de colegio, recogiendo cartas con formas criptográficas, que son verdaderos tipos de argot. Cuando se trata de parejas procedentes del arroyo, que tienen que ocultar, no sólo sus amores, sino sus robos y sus asesinatos, el argot se eleva casi á la categoría de una verdadera lengua.

El argot de clase.—El pueblo bajo tiene su argot, que no consiste en el empleo de términos más ó menos deformados del lenguaje culto ni de frases más ó menos pintorescas que no tienen la intención de ocultar el pensamiento de quien las emplea, sino en la adopción de voces enteramente incomprensibles para los no iniciados. Nicéforo ha recogido un millar de palabras y frases de este tipo en Roma, que no sólo son desconocidas de cualquier italiano, sino de todo romano que no haya vivido en el seno mismo del pueblo bajo. Así, el joven elegante y ridículo, el cursi, será llamado *Mirocletes* ó *Aristodemo*, y la joven de la misma categoría, *Amneris*, *Genoveva* ó *Eleonora*; á un estúpido le llaman *cusco* ó *lillo*, ó bien le dicen: «Ahí tienes cigarrillos; ya me dirás si el tabaco es bueno»; á un miedoso le dirán: «le tiembla la tirilla de la camisa». Así, en París llaman los pilluelos: *Claudio*, á un imbécil; *enganchagabanes*, á un mentiroso, etc. Las relaciones sexuales de toda clase ofrecen al argot en todas las lenguas gran riqueza de expresiones, y podrían citarse hasta diálogos enteros formados con términos de esta especie.

El argot de las profesiones.—Muchas profesiones manuales tienen un argot particular, aparte de su lenguaje técnico. Avé Lallement ha descrito el argot de los tenderos y buhoneros; Lombroso, el de los albañiles, mozos de café y caldereros; Ferrari, el de los saltimbanquis, etc. Hans Gross ha comprobado la existencia de un argot escrito criptográfico ó jeroglífico entre los mendigos profesionales y vagabundos. Hay un signo para decir que «hay tres mujeres en la casa», otro para «cui-

«esta es la casa del guarda»; un círculo trazado en la fachada de una casa, quiere decir «aquí no hay nada que hacer»; otro círculo, atravesado por dos flechas horizontales, quiere decir «escapad». El Dr. Ortiz trata del argot sagrado de los negros brujos de Cuba; Esquirós, del de los pescadores, vendedores ambulantes y alcantarilleros de Londres; los espíritu-préstidigitadores americanos tienen un argot característico. Los cómicos lo tenían también antiguamente; pero hoy, teniendo ya otra consideración social, apenas lo necesitan.

El argot mágico.—Otra forma de argot consiste en la deformación del lenguaje á que recurren los hombres del pueblo bajo, cuando, temiendo indicar una cosa por su verdadero nombre, la llaman por un nombre convencional; porque, según un principio de analogía mágica, muy difundido entre los salvajes y las personas incultas, el nombre de una cosa evoca la cosa misma. Así, los aldeanos suecos no llaman nunca por su nombre al oso ni al lobo; los sicilianos tampoco deben nombrar al lobo; los pescadores escoceses no deben nombrar los instrumentos y accesorios de la pesca, ni los cazadores alemanes los de la caza; la resistencia de los andaluces á nombrar la culebra, tiene el mismo origen. Para estas gentes, «lo semejante atrae y provoca á lo semejante»; por consiguiente, el que pronuncia el nombre de un animal, atrae al mismo animal. Ya ha dicho Carlyle que «oculta bajo la corteza de la civilización, arde eternamente la llama de la barbarie primitiva».

Argot de los criminales.—En las bandas del crimen es donde el argot alcanza la última fase de su evolución con todo su poder y complejidad. Este argot presenta á cada instante trasposiciones, deformaciones y asociaciones fonéticas, onomatopéyas, circunlocuciones pintorescas, etc., que revelan gran semejanza entre el trabajo de este grupo social creando su argot, y el del salvaje creando su lengua.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONES

CIENCIAS NATURALES

LAS SENSACIONES DE LAS ABEJAS Y DE LAS HORMIGAS.—Gaston Bonnier, en la *Revue Hebdomadaire*, de París, hace un estudio comparativo de estas dos especies de insectos, poniéndose en guardia contra la tendencia antropocéntrica que, consciente ó inconscientemente, suelen seguir los naturalistas en este género de trabajos, refiriendo lo que pasa entre los animales á lo que sucede entre nosotros mismos, tendencia anticientífica, pues los órganos de los sentidos en unos y otros son muy distintos, y la impresión del mundo exterior no puede ser lo mismo para un insecto que para un hombre. Claro es que, como no podemos hablar el lenguaje de las hormigas ni el de las abejas, sino el nuestro, tenemos que emplear palabras que representan en suma sensaciones nuestras; pero hasta en esto conviene limitarse todo lo posible. Nosotros estamos, con relación á las abejas y á las hormigas, en la misma situación que un inmenso gigante provisto de sentidos distintos de los nuestros, que viniera á estudiar nuestras ciudades. Aun admitiendo que tenga sentidos bastante análogos á los nuestros, ¿qué pensará, por ejemplo, al ver reunidas en un mismo punto de la ciudad de Londres gran número de bestiecillas femeninas gritando y gesticulando, maltratadas y perseguidas después por individuos del sexo masculino, provistos de bastones cortos? Mucha sagacidad necesitaba para comprender que se trataba de un mitin de sufragistas.

Supongamos ahora que este gigante hace algunos experimentos. Si ha observado que un animalito humano, en París, por ejemplo, va todos los días á la misma hora, de un sitio de la ciudad á otro, y quiere darse cuenta de sus costumbres, podrá operar del modo siguiente: mientras el hombre va tranquilamente á su oficina, nuestro gigante le cubre la cabeza con un saco negro; lo coge delicadamente con unas pinzas, lo

deposita en otra calle de la ciudad, y le quita bruscamente el saco que cubría su rostro. ¿Qué ocurrirá? El hombre se preguntará por qué prestigio no está en su camino; pero si es un empleado de conciencia, preguntará dónde se halla, y el gigante le podrá seguir de calle en calle en el hormiguero humano, hasta que le vea entrar en su oficina. ¿Deducirá de esto que el hombre tiene un sentido de la dirección semejante al de las palomas mensajeras? Si otro día lo coge con las pinzas, lo sumerge en el Sena, lo empapa bien y lo deposita en un muelle desierto, ¿qué verá? Observará que el hombre, recobrados los sentidos, no irá al sitio á que suele ir, sino que tomará un camino que le conduzca á su punto de partida; pues lo natural es que se vaya á su casa y se meta en la cama para no coger una pulmonía. El gigante será capaz de deducir que la inmersión en agua perturba la memoria de aquellos animales. Otra vez, el gigante ve á orillas del mar, en un acantilado, ciertas bestiolas hembras, bastante corpulentas, cada una con un pequeño sér envuelto en trapos, á modo de larvas humanas en su capullo artificial; son nodrizas que se pasean con sus rorros; coge con cuidado todas aquellas larvas, á pesar de la resistencia de sus protectoras, y las deposita simplemente, aprovechando la marea baja, al pie del acantilado. Entonces verá correr como locas á las nodrizas, acercarse al borde del acantilado, de donde no pueden bajar, dar gritos, levantar sus patas de delante y huir hacia la aldea próxima en dirección contraria á la ocupada por las larvas. Los experimentos podrán multiplicarse, mostrando todos claramente la dificultad de las observaciones y de los experimentos biológicos, y los errores en que podemos incurrir.

Apliquemos, en efecto, las observaciones hechas á las costumbres de las abejas ó de las hormigas. A veces se ve, sin causa aparente, gran número de hormigas reunidas en un punto del hormiguero; no se ocupan en nada definido; se vuelven unas á otras agitando sus antenas; el conjunto parece turbado; de pronto, se organiza el desfile en masa; la aglomeración

vuelve á formarse; luego otras hormigas que salen del hormiguero parecen dar una orden, empujando á cierto número de individuos de la aglomeración, y todas regresan y el orden se restablece.

Hay naturalistas que en tales reuniones ven la preparación de una expedición concertada de antemano, otros la discusión de proyectos de emigración, etc.; estamos en el caso del gigante ante el mitin de Londres.

En una colmena de observación, examinemos en la primavera, cuando las abejas recogen mucho néctar en las flores, los alvéolos situados en lo alto de un panal, y veremos que las abejas transportan el líquido azucarado, cogido en los alvéolos de más abajo, para meterlo en las celdas definitivas en que se almacenará la miel; el néctar recogido en las flores contiene de 60 á 80 por 100 de agua. Las libadoras lo colocan en las celdas inferiores, lo más cerca posible de la puerta, y vuelan de nuevo hacia las flores; otras obreras, que trabajan el interior del panal, transportan de nuevo aquel néctar de celda en celda, en gotitas, para hacer evaporar el exceso de agua; y otras obreras, cuando el líquido está maduro, ó sea cuando ha adquirido una concentración que reduce la proporción de agua al 25 por 100, lo vuelven á coger y lo depositan en sus celdas definitivas situadas en lo alto del panal. Pues bien; fijemos la atención en una de estas últimas abejas; marquémola con polvo rojo aglutinante para reconocerla fácilmente, y veremos á nuestra obrera roja, transportar como sus compañeras la miel madura á las celdas altas, cerrando cada una, cuando está completamente llena de miel, con un taponcito hermético de cera. Tomemos delicadamente esta obrera con unas pinzas, y coloquémola en el extremo opuesto del panal, como si dijéramos, en otra calle de su ciudad; al cabo de algún tiempo veremos que la obrera ha vuelto á su sitio prosiguiendo su trabajo; no la han guiado ni el olor ni la vista, porque el olor es el mismo en toda la colmena, y la oscuridad es completa. Nos encontramos en el caso del gigante y el empleado. Y lo mismo

podríamos decir de los demás casos, que deben ponernos en guardia contra toda conclusión prematura.

Bonnier elige para su estudio paralelo la abeja común ó negra, la *Apis mellifica*, por ser la más conocida entre las pocas especies que existen. En cuanto á las hormigas, de las que se han descrito cerca de 1.600 especies, suponiendo los entomólogos que hay más de otras tantas todavía, ha elegido las especies más conocidas y corrientes.

¿Hay semejanza suficiente entre los sentidos de las hormigas y de las abejas? Las hormigas mejor constituídas tienen dos grandes ojos laterales, y en lo alto de la cabeza, y un poco adelante, tres ojitos abombados en triángulo; estos últimos son ojos simples, mientras que los dos grandes están compuestos y presentan numerosas facetas exagonales; lo mismo ocurre con las abejas, que también tienen cinco ojos en la misma disposición. En general, los ojos de las abejas parecen más perfectos que los de las hormigas; cada ojo compuesto de una abeja está formado próximamente por seis mil trescientos elementos ú ojos elementales; el de una hormiga no pasa de seiscientos; los ojos simples están también mejor formados en las abejas que en las hormigas. Los naturalistas piensan que los ojitos simples son ojos de miope y sirven á los insectos para ver los objetos de cerca, á causa de su convexidad, y los dos ojos compuestos serían de présbita, permitiéndoles ver á gran distancia, á veces á más de dos kilómetros. Que los ojitos simples no permitan ver á las abejas y á las hormigas más que los objetos muy cercanos, es muy posible, aunque ningún experimento concluyente lo demuestre; pero que los dos ojos compuestos permitan ver á gran distancia, siendo los más perfeccionados que se puedan imaginar, Bonnier lo niega, demostrando la verdad de su negación con varios experimentos. Eso no quiere decir que los ojos de las abejas no sirvan para nada. Las abejas ciegas pueden todavía visitar las flores que tenían costumbre de frecuentar, recogiendo su néctar; pero una vez marchitas estas flores, las abejas son incapaces de adaptarse á

la exploración de flores de otras especies. Se ha sostenido que las abejas distinguen perfectamente los diversos colores, y son atraídas á las flores por sus matices vivos y brillantes. Sprengel, Darwin y Hermann Müller han llegado á la conclusión de que los colores diversos de las flores, sus matices, sus estrías y sus manchas, han sido combinados para atraer á los insectos melíferos, rivalizando así las flores para conseguir el transporte del polen de una planta á otra, facilitando los cruzamientos. De este modo se ha imaginado una maravillosa novela: la adaptación recíproca de las flores y de los insectos, las primeras modificándose poco á poco, cambiando de forma y de color, para ser preferidas por tal ó cual especie de abeja ó de otro insecto melífero, y modificando los segundos el largo de su trompa, el grueso de su cabeza, los pelos que recubren su cuerpo, para prestar mejor servicio á las flores que visitan, atracándose, en cambio, de néctar, líquido azucarado que para nada sirve á la planta misma y que ésta prepara como recompensa del trabajo que el insecto se toma al difundir el polen, contribuyendo á la propagación de la especie vegetal. Esta novela infantil, inventada por Sprengel en *El Misterio de la Naturaleza revelado*, y acogida seriamente por Darwin, se enseña hoy en casi todas las Universidades del mundo.

Bonnier ha probado, en treinta años de observaciones y experimentos, que todo este andamiaje de hipótesis no tiene fundamento ninguno. Si las abejas distinguen los colores, lo que no es imposible, esta distinción es en ellas cosa accesoria, y no interviene para nada en la busca de las sustancias necesarias para su existencia. Lo que parece cierto es que la vista de las abejas les permite percibir los movimientos de la luz y las diferencias de intensidad luminosa, y lo mismo ocurre, en general, con las hormigas. Ilumínese bruscamente una parte de la colmena, abriendo, por ejemplo, una ventanita, sin volver á cerrar su madera, y las abejas siguen trabajando al principio como si nada hubiera cambiado; luego algunas obreras examinan el sitio por donde entra aquella luz insólita; después

las abejas se retiran hacia las partes oscuras de la colmena y se ocupan en seguida en untar el cristal con un barniz espeso, fabricado con las sustancias gomosas que recogen en las yemas de los árboles, y una vez lograda la oscuridad, prosiguen su trabajo normalmente. Enciérrense unas hormigas en una caja de vidrio, y si se cubre una parte de ella con cartones, se ve á las hormigas trasladarse á la parte oscura, llevando allí sus larvas; si se cambia de sitio el cartón, las hormigas se mudan en seguida á la parte oscura. Estos hechos muestran que los ojos de las abejas y de las hormigas perciben la luz y sus movimientos. Las radiaciones oscuras ultravioletas, imperceptibles para nosotros, son perceptibles para las hormigas, que huyen de esa oscuridad como de la luz blanca.

Cuando una persona, no acostumbrada, visita una colmena, se le recomienda que se esté todo lo quieto posible para que no le piquen, pues las centinelas que están á la puerta se precipitan contra todo lo que se mueve bruscamente, y no se fijan en lo que está inmóvil ó se mueve con mucha lentitud. Lo mismo pasa con las hormigas: bajemos bruscamente el brazo á la entrada de un hormiguero, y veremos á las valerosas obreras erguirse amenazadoras sobre sus patas, sin miedo á la enorme masa del gigante que las ataca; esas hormigas lanzan ácido á distancia sobre la mano que ha hecho un movimiento brusco, ó bien tratan de picarla; pero si nos acercamos suavemente, bajando el brazo poco á poco, las hormigas no se ponen en estado de defensa.

La conclusión que de estas observaciones y otras muchas saca Bonnier, es que la visión es imperfecta en las abejas y en las hormigas, y no es lo que las sirve para reconocer su camino cuando se alejan y vuelven á sus casas.

El asiento del olfato en ambos insectos parece hallarse en las antenas. Una abeja está tranquilamente ocupada en lamer una gota de jarabe, y se acerca suavemente á su cabeza una aguja mojada en éter; inmediatamente el insecto dirige sus dos antenas hacia la aguja, y sus movimientos revelan viva

inquietud; si se hace el experimento con una aguja inodora, la abeja sigue chupando su jarabe; y si se acerca la aguja con éter por detrás ó á los lados, también permanece insensible; lo que prueba que los olores sólo son percibidos desde muy cerca. Su trompa ó lengua es insensible al olor, contra lo que se había supuesto, y en todo caso, los olores no los percibe lo mismo que nosotros. Tomemos dos sustancias para nosotros inodoras, una gota de azúcar puro y una disolución de sublimado corrosivo: al acercarle el azúcar extiende sus dos antenas alternativamente en dirección de la gota azucarada, y en seguida la lame con su lengua hasta que la agota; al presentarle el sublimado, no hace ningún movimiento; pero si se le acerca de modo que lo toque con su trompa, se la ve retirarse y frotar su lengua contra sus patas, como para desembarazarse de la sustancia que le quema. Esto muestra que la abeja percibe el olor del azúcar y no el del sublimado, y lo percibe con sus antenas.

Si se ofrece á una abeja una gota de líquido azucarado impregnada de moscatel, se la ve volver vivamente las antenas hacia aquella gota cuyo olor parece desagradarla; porque en lugar de adelantar la lengua hacia aquel líquido, se retira vivamente. Esto muestra que un olor que no las agrada, puede impedir á las abejas recoger una sustancia útil para su alimento. En general, el sentido del olfato está muy desarrollado en las abejas, no porque perciben los olores á grandes distancias, sino porque muchas sustancias, cuyo olor es insensible para nosotros, atraen ó repugnan á las abejas, muy marcadamente.

Lo mismo ocurre con las hormigas: conocido es el experimento que consiste en pasar simplemente el dedo á través de un camino de hormigas; se ve á todas las hormigas detenerse de ambos lados de aquel trazo invisible, yendo sobre los bordes de la región por donde ha pasado el dedo, agitando sus antenas sin decidirse á franquear aquel obstáculo que nos parece imaginario. El asiento del olfato de las hormigas parece

también estar en las antenas: Erichson, en las hormigas, y Cheshire, en las abejas, han descubierto lo que llaman *huecos del olfato*, situados en lo alto de las antenas; consisten en una cavidad, colocada por debajo de una membranita aplastada y muy delgada, en la que se halla una célula nerviosa especial servida por un nervio.

El sentido del olfato parece ser el principal en las abejas y las hormigas para la busca de su botín; pero no hay que confundir las emanaciones desconocidas de nuestros sentidos, procedentes de las materias azucaradas, con lo que nosotros llamamos el perfume de las flores.

En cuanto al tacto, parece residir especialmente en los pelos situados por delante y á los lados de las antenas. Este sentido es el que parece servir, principalmente á las hormigas, para reconocer el camino ya recorrido, sobre todo en el interior del hormiguero. Otro uso de estos pelos táctiles es el que se refiere á lo que se llama el lenguaje de las hormigas y de las abejas.

Es cosa probada, en efecto, que las abejas se comunican entre sí por medio de las antenas, y que lo mismo sucede con las hormigas. Francisco Huber, que era ciego, es el naturalista á quien se deben los mejores experimentos en este respecto. Se aísla á la abeja madre, mal llamada reina, de una colmena, y se la encierra en una jaula cuyas mallas metálicas sean bastante estrechas para impedir el paso de una abeja; se deja esta jaulita en medio de la colmena, en la profunda oscuridad propia del interior de la colonia; de tiempo en tiempo, se entreabre la ventana de la colmena para ver lo que pasa. Las abejas, echando de menos á la madre, sienten gran inquietud; se agitan y no tardan en averiguar (¿por qué sentido?) que la madre está encerrada en una jaula, y se las ve pasar sus antenas á través del enrejado; la madre se agarra á las mallas y cruza sus antenas con las obreras que se le acercan; tras esta conversación, las obreras pasan sus patas por el enrejado, tratando de sacar á su madre de la jaula; como no lo pueden conseguir,

las obreras acuden, relevándose al lado de su madre, alargando su trompa hasta su boca para alimentarla. Es evidente, aun sin este experimento, para todo observador, que las abejas se entienden entre sí por medio de sus antenas.

Pedro Huber, hijo de Francisco, se ha dedicado más especialmente al estudio de las hormigas, y ha hecho ver que las antenas deben considerarse como órgano del lenguaje entre estos insectos; cuando una hormiga va á buscar compañeras que la ayuden á transportar un objeto, siempre hay contacto entre las antenas de aquella hormiga y las de sus compañeras.

Hay que reconocer, sin embargo, que las hormigas disponen de un sentido desconocido que las permite comunicarse entre sí con extraordinaria rapidez como por ondas hertzianas. Si se remueve bruscamente á las hormigas que están en las cercanías de su hormiguero, las centinelas dan una señal de alarma que se propaga por todo el hormiguero en algunos segundos, corriendo por todas las galerías hasta las más alejadas del peligro; la vista no entra para nada en esta agitación, ni las antenas han podido cruzarse de unas hormigas á otras, y, sin embargo, la alarma ha corrido como un reguero de pólvora, sin que se sepa el procedimiento.

El sentido del oído es tan problemático en las abejas como en las hormigas. ¿Cómo?, se dirá; pues ¿qué hace un agricultor cuando se le escapa un enjambre y quiere retenerlo? Acude con una cacerola y la golpea con un útil metálico; su mujer y sus hijos hacen lo mismo con sartenes y cucharas, y toda la familia se dedica á producir el mayor estrépito para detener el enjambre. Es verdad que se hace todo eso; pero las abejas no hacen caso de todo aquel ruido; numerosos experimentos, hechos por el mismo Bonnier, demuestran que las abejas no cambian en nada su actitud, ni sus trabajos, ni su modo de vivir cuando cerca de la colmena ó en la colmena misma se producen los ruidos más inesperados; tan insensibles son las abejas al ruido de un cañón como á una caja de música. En el mismo

caso se hallan las hormigas. Pedro Huber y Forel, después de varios experimentos, afirman que las hormigas son completamente sordas. De existir algo comparable á lo que nosotros llamamos el oído en las hormigas y en las abejas, este sentido funciona de distinto modo que en nosotros.

En cambio, parecen tener el sentido de la dirección, cuya naturaleza y asiento nos son desconocidos. Bonnier ha hecho recientemente el siguiente experimento, que prueba hasta qué punto está desarrollado el sentido de la dirección en las abejas. A doscientos metros de las colmenas, prepara una especie de ramaje y lo unta con jarabe; al día siguiente, las abejas descubren aquella inesperada fuente de miel, y organizan un va-y-vén de libadoras; renueva de tiempo en tiempo el jarabe y marca con polvo verde adherente á las libadoras que van á tomarlo; entonces dispone á seis metros, en dirección perpendicular á la del vuelo del enjambre un segundo ramaje con el mismo jarabe; al otro día se ve que las mismas abejas manchadas de verde van directamente al primer ramaje; las husmeadoras descubren el segundo, y se organiza un nuevo ir y venir entre la colmena y el ramaje, observándose que nunca son las libadoras verdes las que van al segundo, sino otras, á pesar de que todas ellas van directamente, por un vuelo recto, al uno ó al otro ramaje.

¿Dónde reside este sentido particular? ¿Quizá en los ganglios nerviosos cerebroides? En todo caso, parece que no tiene relación con las antenas. En las hormigas no es tan fácil poner en evidencia el sentido de la dirección; pero no hay duda que existe; sólo que, como las abejas vuelan en un radio de más de dos kilómetros, y las hormigas no pueden andar sino en un radio de doscientos metros de su casa, el sentido de la dirección es menos apreciable para el observador.

El célebre entomólogo francés Fabre ha examinado las hormigas amazonas, cuando parten en columna para expediciones guerreras; una vez partidas, Fabre barre enérgicamente en varios puntos el camino que han seguido; á la vuelta, las

hormigas, en cada cortadura del camino, se quedan desconcertadas, se paran, se dispersan á derecha é izquierda, pero al fin franquean la región de donde ha desaparecido la huella de su olor, y vuelven á su domicilio. En otra expedición, cuando las hormigas han marchado, Fabre coge su manga de riego é inunda el trayecto seguido por las amazonas; á la vuelta, sorpresa, vacilación; pero al cabo de algún tiempo, las hormigas se lanzan bravamente sobre los palitos y hojas que flotan en el agua, arrastradas en parte por la corriente; se agarran como pueden, con ayuda de las arenillas ó piedrecitas que sobresalen en el agua, y en definitiva, sin perder su dirección, alcanzan la orilla opuesta y vuelven á su hormiguero.

COSTUMBRES

LA MISE EN SCÈNE.—Hoy todo cede á la *mise en scène*, como dice en *La Grande Revue* Ives Scantrel; los teatros sucumben por ella; se sostienen por el espectáculo y mueren del espectáculo; el arte se retira ante el oropel y la poesía ante los trapos. La *mise en scène* no es más que el traje del teatro, y cuando todo el drama se reduce á eso, los verdaderos poetas son las costureras y los sastres.

El talento superior de algunos comediantes se reduce también á eso; lo hacen todo por la pieza que representan; su personaje se sustituye á los personajes trágicos; no hay héroes donde no hay más que papeles; los autores de la decadencia son costureros de cómicos; les cortan trajes. Quizá los cómicos no llegan á ser ilustres sino en los tiempos en que los poetas no valen nada; no es la comedia la que los hace, son ellos los que la hacen. De ahí que cada teatro tenga dos ó tres piezas, siempre las mismas, dos ó tres papeles, dos ó tres aspectos del cómico famoso. La turba, que no es capaz de pensar ni casi de

sentir, va á ver á su favorito en los dos ó tres efectos en que sobresale. El autor, entonces, no es más que una especie de director de escena, de maestro de baile, sirviendo un texto á los gestos y á las muecas de su mimo.

La *mise en scène* es la salsa de las buenas obras y la carne de las malas. Cuando se levanta el telón, se aplaude la decoración; el cómico espera, no sin desprecio; luego se adelanta, y se le aplaude también sin que haya dicho una sola palabra. ¿Qué haría el poeta si se ocultara alguno entre bastidores? No tiene más que irse y su obra con él; pero no hay que temer que se tome hoy partido tan violento; entre bastidores nunca hay poetas; no hay más que autores y cocineros de cómicos.

En el teatro, como en todo, se ve la caída del elemento noble en provecho del elemento servil; quien debe mandar, obedece, y quien debe obedecer, manda; la *mise en scène* es una criada que se acuesta en la cama de la reina. Realmente no vale la pena de quejarse de la *mise en scène* de las piezas modernas destinadas á vivir dos ó tres meses. Nunca se han presentado mejor las comedias; no son nada, y parecen gran cosa; en ellas triunfa el arte del cómico, del sastre, del tapicero, del pintor, del mueblista y del tramoyista; sin ellos, la obra aparecería tan nula como lo es en realidad. ¿Para qué ocuparnos de tales obras?

Hablamos de la *mise en scène* de las obras clásicas, que se pretende honrar tratándolas con el mismo cuidado, como si el diamante de Esquilo ó de Calderón no estuviesen mejor en la montura más sencilla. Hay en la *mise en scène* un *modus in rebus* que no debe olvidarse nunca, y que consiste en que la atención no se fije en ella; esa *mise en scène* hace valer tanto el drama, que se borra por sí mismo.

Cuando ya no se tiene ni gusto ni fuerza para sentir lo grande y en grande, se deja á los ojos y á las orejas el cuidado de proveernos de placer; y he ahí nuestros teatros, en los que nunca hay bastantes desfiles, bastante música, bastante espectáculo. Los cómicos no ven en la escena más que una ocasión

nueva para elevarse por encima de las obras. Aborrecen por eso las verdaderas obras maestras, que están siempre por encima de ellos. No consagran su celo sino á la belleza mediana, la que les debe su injusto triunfo. Se hacen así cómplices del autor, que besa piadosamente las manos de sus intérpretes, que convierten aquel lacayuelo de las musas en un Apolo por dos ó tres años.

Los cómicos suelen juzgarse entre sí, sin tener ni un pensamiento para la comedia; para ellos, el escenario es el universo; el juego escénico, la única vida real. No se cuidan nada del poeta, y en general tienen razon; pero cuando se trata de los clásicos, el gran cómico no sabe que su misión consiste en inmolarse en cuerpo y alma á la obra del gran poeta. Hoy se aplican á todo menos á desentrañar el sentido de una frase cuyo alcance no comprenden. Se preocupan de presentar una imagen exacta hasta en los más nimios detalles, del sitio en que la escena pasa, donde el poeta mismo jamás puso los pies; á propósito de *Tartufo*, que Molière aloja en una sala baja, se disputa sobre la verja de hierro forjado que borda el jardín del señor Orgón. ¿Puede emplearse más ciencia, más celo en tontear?

La gran enfermedad del teatro moderno, no sólo de cómicos y autores, sino del hombre contemporáneo, es no ver el fondo de las cosas, sino sólo su exterioridad. Habría que conmover con las antiguas obras maestras, y sólo sirven para deslumbrar; se renueva su apariencia sin tratar de renovar su espíritu. Racine, Corneille y Molière pueden todavía defenderse por lo abstractos que son, se les escucha casi como se les lee; pero en los griegos y en Shakespeare hay una parte de acción ardiente, de color, de calor y de vida que nuestra *mise en scène* desnaturaliza totalmente; la materia mata al espíritu. Los trajes son admirables, el mueblaje maravilloso; pero la manera del cómico resulta más grosera por eso mismo; Kent se sienta en la propia silla de Eduardo el Confesor, pero tiene el acento de Clichy, los gestos de la Barrera y el andar de un

sucio. El hombre más necesario hoy en un teatro no es como se cree el pintor, ni el sastre, ni el hace-ruidos, ni el cómico ilustre, ni el director de escena, sino el consejero de costumbres, el hombre capaz de dar tono, de poner los intérpretes al diapasón del conjunto, el que penetra en el sentido de una gran obra; todo se encuentra en los teatros menos ese hombre.

La obra maestra lleva en sí misma su decoración; bueno es ponerla el marco que merece, pero eso es lo superfluo; lo que importa es el cuadro, no el marco. Que Hamlet corra por la terraza de Elsenaur, traída de Dinamarca piedra por piedra, y nada habremos adelantado si el trágico lanza gritos inútiles, si no tiene el ardor en la duda, la pena, el recelo, la sombría ironía y la ternura que se necesita. Sea, en cambio, digno de su papel, aunque lo represente en la terraza de San Germán, y eso es lo principal.

La revolución del teatro no consiste en representar la tragedia griega en un templo de Atenas reedificado en París, sino en crear trágicos.

*
* *

EL PLACER DE LA CONVERSACIÓN.—¿Para qué se reúne la gente? Según Claudio Anet, en la *Grande Revue*, para charlar, por el solo gusto de charlar; realmente, las reuniones no ofrecen otro placer, como no sea el de la mesa ó el del baile; pero la conversación no necesita baile ni mesa, mientras que la mejor comida ó el baile más animado resultan sosos sin conversación. La primera necesidad de toda sociedad civilizada es, pues, la de hablar, y en la satisfacción de esta necesidad encuentra el más vivo recreo, pues hay que confesar que es difícil contar, entre los placeres de la vida mundana, la música y la comedia de salón. No hay más que ver las caras que ponen los oyentes cuando tienen que comprimirse para escuchar una pieza algo larga, como el *Septimino* de Beethoven ó la *Rapsodia*

húngara de Listz, aunque estén muy bien tocadas por las aficionadas ó aficionados, para comprender el gusto con que se aplaude su final, más que por alabanza á los ejecutantes, por ser el que desata las lenguas y suelta el resorte de la charla. Basta á veces ver á un hombre melenudo ó á una señorita lánguida y ojerosa acercarse al piano, para que cada cual se sienta acometido del frenético deseo de dirigir la palabra al vecino ó vecina, junto á los cuales permanecía mudo. Cuando las amas de casa notan que las conversaciones decaen, el recurso á que suelen apelar para reanimarlas es el de disponer que suene el piano. Todos se sienten entonces con gana de hacerle la competencia para ver quién mete más ruido. En cuanto á la comedia de salón, entretiene á veces á sus intérpretes, pero es muy raro que divierta á los indulgentes espectadores.

Ahora bien; ¿cual es la materia de tantas conversaciones? A los jóvenes que hacen su entrada en sociedad ofrece Anet varios consejos, que no dejan de ser interesantes.

Hay dos maneras de lograr fama de personas inteligentes: la primera, diciendo cosas bien dichas; la segunda, no diciendo tonterías. Parece, desde luego, mucho más fácil la segunda manera, puesto que consiste principalmente en callarse; pero examinando la sociedad, se ve que es tan difícil callarse á tiempo como decir en sazón cosas finas y juiciosas. El hombre bien educado es el que evita con tacto los asuntos delicados. He aquí, según Anet, los temas que es prudente no tocar en todo salón en que haya varias personas:

1.º *La política.*—La política aburre á las gentes ó las apasiona, y en ambos casos es peligrosa. No hay un *mínimum* de ideas admitidas de que pueda tratarse sin temor. Todo lo más, puede hablarse mal del gobierno, sea el que quiera; pero es difícil ser original en asunto tan gastado. Hay quien habla de política extranjera, sentando las costuras al czar, aconsejando al rey de Inglaterra, haciendo advertencias al emperador de Austria ó enseñando al Kaiser el camino que debe seguir para no dar tropezones; pero nadie los escucha. Algunas damas

muy conocidas se han hecho una especialidad temible de los negocios europeos, repartiendo su atención entre los cuidados que requiere su belleza marchita y el que les da el estudio de las cuestiones diplomáticas: esos retoños de Richelieu con faldas y postizos, se inclinan alternativamente sobre su tarro de colorete y sobre el mapa de Europa, y cuando se han arreglado la cara, creen haber devuelto al Papa sus estados.

2.º *La religión.*—En esto hemos hecho grandes progresos: cada cual piensa á su gusto, con tal de no provocar á los demás. Carlos Maurras ha demostrado que, aun siendo ateo, puede uno ser realista y clerical, y gracias á él, tenemos el derecho de pensar como nos dé la gana en materia religiosa, y el deber de no hablar nunca de ella.

3.º *El dinero.*—Para el verdadero hombre de mundo, la cuestión del dinero no existe. El gran Bourdaloue ha lanzado una frase terrible, y eso que en sus tiempos las cosas pasaban de muy distinto modo que hoy: «En el origen de toda gran fortuna hay cosas que hacen estremecer.» Joven, si conoces esa frase, olvídala: tiene poca gracia ir á una reunión para estremecerse en común. Si eres rico, no hables de tu fortuna: no tienes más derecho que el de gastarla, haciendo que disfruten de ella tus amigos; si eres pobre, ten la seguridad de que sembrarás el terror en torno tuyo si haces entender que tienes necesidad de dinero: tanto vale declararte afectado por el cólera morbo.

4.º *El adulterio.*—Nunca se debe hablar de maridos engañados, porque no se debe mentar la soga en casa del ahorcado, y siempre hay entre los engañados algún marido más de los que se conocen: hay que dejar este tema para las comedias y las novelas, que no se cansan de explotar tan rica mina.

5.º Hay dos palabras que no deben pronunciarse bajo ningún pretexto: las de *mujer honrada*. Bajo su apariencia inofensiva, no las hay más peligrosas en el mundo: tanto valdría depositar una bomba explosiva en un salón, como pronun-

ciar en él esas dos palabras. La palabra *honrada*, aplicada á una mujer, tiene un sentido estrictamente limitado; una mujer puede mentir, calumniar, robar, hasta asesinar, sin dejar de ser honrada; pero si se entrega á un hombre que no es su marido, deja de ser honrada. Y si sólo las mujeres fieles son honradas, ¿qué decir de las demás? Ya se comprende por qué es imposible pronunciar en un círculo esas dos palabras. Hay que añadir, sin embargo, que este consejo de Anet no es aplicable á la sociedad española, como no sea á ciertas reuniones de género francés.

6.º Se observará también, que no hay palabra menos empleada en sociedad que la de *amante*, ó la peor sonante de *querido*. No se la oye nunca. La de *amigo*; en cambio, es usual y puede recomendarse sin temor. Para las mujeres tiene una gran ventaja, pues se puede tener más de un amigo á la vez, y hasta honra el verse rodeada de amigos. Así se encuentra uno entre gentes estimables, virtuosas, desinteresadas... No es ése uno de los menores milagros producidos por la cortesía moderna.

7.º Las historias de caza y de juego están desterradas de toda sociedad civilizada.

8.º Si quieres tener reputación de hombre amable, no murmures de los demás, aunque te inciten á ello de mil modos. Hay en el mundo una categoría de gentes que tienen por oficio llevar de casa en casa chismes y cuentos, y no son de las mejor calificadas.

9.º Tampoco te aconsejo que prodigues elogios á los ausentes. Nadie te los agradece: los ausentes, por su ausencia, y los presentes, porque les hace poca gracia que se alabe á otros.

10. No hables nunca de ti. «El yo es aborrecible.» Lo que te afecta no interesa á tu vecino.

He ahí los temas que hay que evitar en la conversación: política, religión, dinero, maridos engañados, mujeres honradas, amantes, caza y juego; no hablando de los demás ni bien ni mal y no hablando nunca de ti mismo, todos los demás

asuntos te están permitidos. Pero en el modo de tratarlos hay que tomar algunas precauciones.

Para un joven como tú, la primera regla de la conversación es callarse y aprender á escuchar á los mayores. Tu papel, por el momento, se limita á dar muestras de aprobación, á reír cuando venga á pelo y á lanzar oportunamente algunas interjecciones escogidas. Hay el arte de la interjección: es preciso que parezca arrancada por la admiración como un grito del alma que se nos escapa involuntariamente, y debe ir acompañada de un gesto de pesar y de disculpa que signifique: «dispiense usted, es culpa de usted; después de todo, no se haga usted admirar y sabré callarme».

Es prudente no contradecir jamás á ninguna mujer. La mujer es una cosa especial: incurre en las mayores contradicciones, sin darse cuenta de ello, y cuanto menos segura está de lo que dice, más empeño tiene en sostenerlo. Hay que dejarlas hablar; después de todo, si tienen una voz bonita, debemos considerarnos recompensados con oirlas, digan lo que quieran. Un verdadero aficionado concluye por no ser sensible más que á la música sin cuidarse de la letra.

Hay también que procurar no contradecir á ningún hombre importante, ó que pueda llegar á serlo, ó que sea el portavoz de un hombre importante.

Hay también que evitar, en general, en sociedad, tener razón. El caballero que se empeña en demostrar por $A + B$ que los demás se equivocan, se hace odioso. No se trata en una reunión de sociedad de estar en lo cierto, sino de agradar. Deja, pues, á la verdad que duerma en su pozo, y si es necesario, tírala de cuando en cuando un ladrillazo para que no suba. ¿Desde cuándo se admiten en sociedad mujeres desnudas?

No se te ocurra mostrar ingenio, eres demasiado joven para eso. Anet revela lo que él llama gran secreto á los principiantes: que el ingenio está sustituido, en París principalmente, por la memoria. Se ven sociedades de las más refina-

das, entretenerse en contar rasgos de ingenio, y que se preocupan más de colocar con oportunidad una anécdota picante que de inventarla; apenas si por cada diez ocurrencias ya conocidas se oye una verdaderamente inédita. Lo esencial, pues, para agradar en sociedad, es tener una buena memoria. Guárdela de frases oportunas y de anécdotas alegres; no importa que sean conocidas; las más antiguas son las mejores; las que han hecho reír mil veces, harán reír otra vez más.

Evita con cuidado las ideas generales; trata de hablar con ligereza y finura. Las gentes se reúnen en un salón para divertirse y distraerse; dejan los negocios para el despacho; ahora se divierten en contarse historias entretenidas, y no consienten en escuchar la anécdota del vecino sino á condición de que éste se calle á su vez para escuchar la suya; es la regla del juego mundano; pero hay gentes que hacen trampas abominables. Hay viejos (esta edad no tiene entrañas) que no consienten en callarse. Anet cuenta de uno, muy célebre, que conservó la palabra durante toda una comida, y se negó á comer para no perder la vez: las anécdotas seguían á las anécdotas, las historias á las historias, y cuando su garganta sedienta pedía un poco de agua, daba golpes con su mano libre sobre su plato, para impedir que nadie aprovechara la ocasión y le quitara la vez. Al ir al cuarto de fumar, decía muy contento:

—Comida deliciosa, ¿verdad?

—Sí—respondió Anet;—pero debe usted tener hambre.

—Es verdad—contestó con finura;—he tenido tanto gusto en escuchar la conversación, que se me ha olvidado comer.

La calidad de la anécdota da el tono de un salón. No puede uno permitirse la misma anécdota en ambientes diferentes; hay chistes tan finos que no pueden apreciarse sino por lo más selecto de la ciudad. En otra parte, pasan sin ser notados.

Es difícil contar bien una anécdota, y hay que ensayar previamente sus efectos. Es triste decirlo, pero para lograr éxito hay que contarla con frecuencia: puede uno decirla primero á su criado, ayuda de cámara ó á su cocinera, luego á

sus amigos aisladamente y después á varias personas reunidas. Se ensaya uno así, se busca el efecto, se ve lo que resulta, y repetida la cosa diez ó doce veces; puede uno lanzarla en sociedad.

Entonces se necesita autoridad y pulmones: si vacilas, aunque sólo sea un instante, se apartan de ti, y el más lindo cuento no te devuelve á los oyentes cuya atención no has sabido conquistar. Elige tu momento, espía el instante en que en el barullo de las conversaciones se produce un silencio, y aprovéchalo: lánzate con voz sonora y no te detengas; no te turbes por las interrupciones, y continúa con voz llena y con gesto incisivo: ya tienes domado á tu auditorio; pero hay que divertirlo: ellos te prestan su atención, y tú tienes que pagarles en placer para no pasar por cargante.

Si fracasas, consuélete que estás en buena compañía: hay muchos grandes hombres que no saben contar anécdotas, y hay tontos que sobresalen en este arte.

CRÍTICA



AMERICANISMOS.—Sin poderlo remediar, sentimos gran predilección, en nuestros estudios críticos, por todo lo que procede de la América española; pues estando allí, más que en nuestra propia patria, el porvenir de la lengua castellana, nos importa mucho seguir con cuidado las manifestaciones del habla nacional en aquellos hermosos países, que si en otro tiempo fueron preciados florones de la corona española, constituyen hoy jóvenes nacionalidades llenas de vigor, y merecedoras, por la fe que tienen en sí mismas y por la exuberancia de su vida, de todo género de prosperidades.

Uno de los caracteres que más se hacen notar en los escritos sur-americanos, en consonancia con las condiciones propias

de los países jóvenes, es el abuso del adjetivo y el empleo de términos altisonantes, de giros insólitos y de frases alambicadas; es difícil marcar con precisión la línea divisoria entre esta especie de americanismos (que jamás deben confundirse con los americanismos propiamente dichos, constituídos por el empleo de palabras y giros que no tienen equivalencia propia en la lengua patria) y lo que podríamos llamar lenguaje *conceptista*, empleado también por no pocos escritores nacionales. Tiene, sin embargo, el americanismo de que tratamos un sello tan especial, que no es fácil confundirlo con ningún otro por poco educado que se tenga el paladar literario, como no se confunde el conceptismo gongorino con los hebraísmos de Fray Luis de León, aunque en uno y otro puedan encontrarse términos y frases que parezcan de la misma familia.

Hay que hacer constar, y nosotros lo consignamos con placer, que cada vez va siendo menor en los escritores de alguna reputación el empleo de tales americanismos, y que á medida que los años pasan, el gusto se va depurando y la lengua se va puliendo, y el castellano de allende el Atlántico va marchando más en armonía con el castellano de aquende; pero hay todavía mucho que mondar en ese terreno, y apenas se hojea una revista americana en la que no se encuentren giros y expresiones del tipo que hemos indicado.

En la *Centro-América intelectual*, de San Salvador, una de las más notables que se publican en la América latina, encontramos, por ejemplo, un artículo bibliográfico de cinco páginas, de Adán Robleto Peña, ilustrado y erudito escritor salvadoreño, en el que tropezamos con lo siguiente:

1.º «Mis frases panegíricas dedicadas á mi colega de redacción D. Patrocinio Guzmán Trigueros, á causa de la tesis que escribió para su doctoramiento en Derecho, podrían fingir timbre de bombo.» He ahí dos americanismos bien marcados: uno de palabra, *doctoramiento*, y otro de frase, *podrían fingir timbre de bombo*. La palabra *doctoramiento* está bien formada, y en rigor puede pasar, pues si bien tenemos para expresar la

misma cosa la voz *doctorado*, *doctoramiento* señala un matiz distinto, y si no en el caso en que la emplea Robleto, podría echarse mano de ella en algún otro. De todos modos, *doctoramiento* constituye un neologismo de marcado carácter americano. En cuanto á *fingir timbre de bombo*, es una frase perfectamente típica del Sur América, formando con términos castizos un galicismo de frase rebuscada y alambicada.

2.º «Las teorías sociológicas necesitan pacientes verificadores.» Ya hemos zarandeado bastante el terminacho *verificadores*, y por desgracia, tendremos que seguirlo zarandeando mientras continúe ocupando un puesto en la *Gaceta de Madrid*, para que aquí nos detengamos en un nuevo vapuleo. Lo único que nos interesa hacer constar es que esa expresión entra también de lleno en el grupo de americanismos que estamos estudiando; pues aunque constituye un galicismo de palabra, es de esos galicismos á que son más aficionados los suramericanos, siquiera aquí en la Península tengamos también aficionados al género, especialmente entre ingenieros, médicos y comerciantes.

3.º «Me refiero á la literatura de fantasía de cigarra, en que se alardea de cantar, cual el ave, sin previo estudio; me refiero á esa literatura en que la asociación automática de imágenes sonoras sin ideas sistemáticamente organizadas, se cierne en una como luminosa humareda de candileja agonizante.» Aquí no hay ni una palabra que no sea correcta y que no esté bien empleada; las frases que encierra el párrafo son todas también intachables, y, sin embargo, el todo resulta un americanismo por lo hinchado y conceptuoso; porque esa asociación automática de imágenes sonoras que se cierne *en* una como luminosa humareda de candileja agonizante, es algo tan confuso y rebuscado, que requiere un verdadero esfuerzo para ser comprendido.

4.º «Finca la petición en que no somos malos.» He ahí otro americanismo; pero éste es de otra clase, perteneciendo al grupo de los *arcaicos*, pues es de notar que el escritor americano,

al lado de los términos que adquiere por la lectura de obras mal traducidas y de los que inventa él mismo, sin darse á veces cuenta de ello, por ignorancia ó por impaciencia, tiene un caudal no despreciable de arcaísmos, que aquí han pasado al estado de tal por nuestra incuria ó nuestros caprichos, y que allí se conservan todavía en el lenguaje corriente. El encuentro de estos arcaísmos resulta más chocante todavía en esos escritos, por lo mismo que tanto disuenan en su lenguaje neológico.

5.º «La réplica del señor Villa parece comunicar rehilo á la convicción del impugnado, quien desliza á decir que tal vez hubiera cambiado de modo de pensar.» Aquí nos encontramos con las expresiones *comunicar rehilo* y *desliza á decir*, que sólo como americanismos pueden clasificarse; uno, el primero, tolerable, pues se trata de una metáfora más ó menos comprensible; y otro, el segundo, de todo punto inadmisibile, pues el castellano no tolera esa expresión que habría que sustituir por la de *se desliza diciendo* ó *á quien se le escapa decir*, ú otra semejante.

6.º «De lo contrario, no habría revocado á duda la firmeza de su convicción.» *Revocado á duda* es puro galicismo, sin justificación de ninguna clase, porque nosotros tenemos, para decir lo mismo, *puesto en duda*.

7.º «La sombra del reproche quiero desvanecerla en el alba de un evangelio del naturalista y filósofo germano Ernesto Haeckel.» Americanismo puro ó gongorismo moderno: el alba de un evangelio, la sombra del reproche, el desvanecimiento de la sombra por el alba, son cosas todas muy bonitas, pero forman un conjunto rebuscado que entra de lleno en lo que hemos llamado americanismos de frase.

*
* *

LA INFORMACIÓN PERIODÍSTICA.—Con motivo de la guerra de Melilla, están haciendo nuestros rotativos verdaderos prodigios de información. *La Correspondencia de España*, principal-

mente, no omita medio ni sacrificio para tener al corriente á sus lectores de lo que pasa, minuto por minuto, al otro lado del Estrecho, y el público español nunca agradecerá bastante á los bravos é inteligentes periodistas que, bajo un sol de fuego, sufriendo no pocas privaciones y llevándose serios disgustos, se meten en todas partes para obtener un dato ó rectificar una cifra, los pacientes esfuerzos de su actividad.

Hay, sin embargo, en este meritorio afán de información dos cosas que nos parecen censurables: el empeño en reseñar la distribución exacta de nuestras fuerzas y de sus movimientos, y el abuso de los adjetivos. Del primero, salta á la vista la inconveniencia, porque es tanto como establecer un servicio de espionaje para uso y provecho del enemigo. En cuanto al segundo, tomemos al azar una correspondencia cualquiera de Rodríguez de Celis, uno de los más activos é inteligentes corresponsales de la prensa madrileña, y analicémosla para comprobar nuestro aserto.

«Reanudaron los moros el fuego contra la plaza á la una de la tarde—escribe en *La Correspondencia de España*, refiriendo una de tantas ligeras escaramuzas y tiroteos contra el Peñón.—A los disparos de fusil de aquéllos, han seguido respondiendo eficazmente nuestras baterías, cuyos *certeros y continuados* proyectiles han impedido *todo* avance, causando en los moros *no pequeño* pánico, y obligándoles á variar *frecuentemente* de posiciones para librarse de *nuevos* estragos, pues son ya muchas las bajas que experimentan.»

Quedamos, según este párrafo, en que nuestras baterías responden eficazmente á los disparos de los moros, con lo cual bastaría para la información, porque claro es que si responden eficazmente, es porque hacen disparos certeros, y si son certeros, es porque producen bajas, y produciendo bajas, causan estragos; de modo que todo esto es pura redundancia y gana de llenar papel innecesariamente. Lo que no se comprende también es que los moros, con su pánico no pequeño, se entretengan en bailar, variando frecuentemente de posiciones, porque

la consecuencia natural del pánico es producir un soponcio ó hacer escapar al que lo siente. Pero continúa Rodríguez de Celis:

«Los moros, escarmentados, han decidido parapetarse, y lo han hecho de tal modo, que es casi imposible descubrirlos. Así se libran de la puntería de los nuestros.»

Naturalmente: si los nuestros no los ven, mal pueden apuntarlos; pero el caso es que tampoco se aviene esto con los estragos, el pánico y los escarmientos. Leyendo el primer párrafo, los lectores de *La Correspondencia* nos habíamos imaginado que no quedaba ya un moro en pie, con tanto pánico y tanta certera puntería, y al renglón siguiente nos encontramos con que los moritos están tan vivos y serenos, que saben parapetarse de tal modo, que es casi imposible descubrirlos. Y gracias que á Rodríguez de Celis se le ocurrió atenuar el *imposible* con un *casi*, porque sin eso, no sabemos cómo podría descubrirse que estaban parapetados.

Moderen los corresponsales de Melilla su afán de adjetivar; reserven las grandes palabras de *estragos* y de *pánicos* para cuando el caso lo merezca, que no faltarán ocasiones en que emplearlas, y crean que así su meritoria y laudabilísima información, que todos seguimos con interés y con aplauso, no perderá nada en el fondo, y ganará mucho en la forma y en la seriedad.

ENCICLOPEDIA

CONVERSACIONES DE ANATOLIO FRANCE.—Pablo Gsell habla con frecuencia con su amigo Anatolio France, y ha tenido el gusto de publicar en *La Grande Revue* algunas de sus conversaciones, de las cuales entresacamos unos trozos que nos parecen más interesantes.

Hablando con el director de un hospicio de ciegos, le preguntaba France si eran malos sus asilados, contestándole el director que eran encantadores, á lo que France añadía:

—Si embargo, los viejos autores los pintan como suspicaces é inclinados á las camorras. Diego de Mendoza da un medio fácil de suscitar disputas entre ellos. Os acercáis á un grupo de ciegos.—¡Oh, oh! ¡Pobre gente!—exclamáis con compasión; y sacando vuestra bolsa, hacéis sonar el dinero; luego la volvéis á meter cuidadosamente en el bolsillo diciendo:—He aquí para vosotros un hermoso escudo nuevecito, que os repartiréis entre todos.

—Gracias, gracias—gritan todos á coro;—que Dios os lo pague y os lo devuelva.

Entonces os alejáis unos pasos para gozar del efecto producido. Uno de ellos pregunta á los demás:

—Vaya, vamos á repartir; ¿quién ha recibido el escudo?

—Yo, no.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

Cada uno de ellos se cree engañado por los demás, y al cabo de un instante empiezan á insultarse y á apalearse.

En esto entra un escultor de medallas, N***, y un crítico de arte, S***.

FRANCE (á N***).—¡Qué deliciosa armonía de café con leche en vuestro traje!

N***.—Es que estoy de verano.

FRANCE.—Ya lo entiendo, pero en verano de artista. Tiene usted también una corbata admirable, aunque no lo es más que la de nuestro amigo S***.

N***.—Pero, querido maestro, también nosotros podríamos felicitar á usted por el maravilloso turbante rosa y blanco que le ciñe las sienes. Creo que viene directamente de Mazulipatam.

FRANCE.—No, querido amigo, sino de Burdeos; las criadas de esa ciudad se los anudan así en la cabeza; yo compré uno y lo recorté por el medio para mi uso. El lavado le hace perder sus pliegues agradables; las criadas de allá lo saben, y por eso no lavan nunca los suyos; cuando se les caen en jirones, los cambian.

N***.—¡Uff!

Así suele empezar la conversación entre el maestro y sus amigos los miércoles por la mañana, en la encantadora vivienda de Villa-Said. Sus huéspedes amontonan gabanes y sombreros en el estrecho corredor de entrada, sobre las sillas y las consolas, los candeleros y la rampa de la escalera, y entran en la biblioteca, donde les espera el anfitrión, vestido con una chaqueta de *peluche*, color *cachou*, de cuello cerrado, con pantalón de lo mismo, de anchos pliegues, con zapatos forrados, negros, con revés de violeta. La cabeza la suele tener cubierta con un gorro; los tiene de varias clases, especialmente uno blanco con dibujos rosa, que parece un turbante indio; pero lleva con preferencia una toca de terciopelo rojo llama, que representa un gran papel en su mímica: inconscientemente, la moldea según sus pensamientos; cuando está de broma, la toca forma una punta provocativa, como una caricatura de tiara ó de *cornu ducale* veneciano; cuando escucha á un interlocutor, se la echa completamente sobre el occipucio, y cuando reflexiona, se la pone casi encima de la nariz.

Cada amigo lleva su mote: los críticos de arte y los artistas, el de *Bellas Artes*; los funcionarios, el de *la Administración*; un joven poeta, *las Letras*; un archivero, *la Historia*; un socialista, *la Política*, etc.

Aunque descreído, France es un coleccionador de objetos religiosos.

—¿Qué dicen las Bellas Artes de ese fresco?—pregunta á V***, enseñándole uno que representaba la historia de San Julián el Hospitalario;—¿conoce usted esa leyenda?

—No—contestó V***;—la Hagiografía no es mi fuerte, porque estoy reñido con los santos.

—La vida de San Julián es, sin embargo, muy edificante: Julián era un hombre recto, pero de carácter exaltado. Un día, estando de viaje, su mujer vió llegar á su casa á los padres de su marido; los quería mucho y se alegró de su venida.—Pasarán ustedes la noche en casa—les dijo.—Julián no tardará en

volver; le verán ustedes mañana, porque les adora; les voy á dejar á ustedes nuestra cama de matrimonio, donde estarán ustedes muy bien; yo dormiré en la alcobita de al lado... ¡Pues sí, pues sí, lo quiero!

Y así se hizo. A media noche, Julián vuelve á su casa, abre la puerta, y sobre la punta de los pies, para no despertar á su mujer, se dirige hacia su dormitorio; cuando está cerca de su lecho, quiere dar un beso á la que ama; palpa y encuentra á dos personas; se cree engañado; su sangre da una vuelta; tira de puñal; dos golpes rápidos y furiosos y dos muertes; luego penetra en la habitación contigua; su mujer, que le espera, enciende una lámpara para recibirle.

—¡Cómo...! ¿Tú aquí?—exclama él.

—Sí, mi querido Julián, y vas á ser muy feliz, porque tu padre y tu madre han venido, y les he hecho acostar en nuestra cama grande. ¿He hecho bien?

—¡Oh, qué desgraciado soy!

Ya comprenderá usted que esta lección le curó de su humor salvaje. Consagró su vida al rescate de su falta, y así se hizo el más hospitalario de los hombres y de los santos; por eso, mi querido V***, haría usted mal en seguir reñido con él.

V***.—¡Oh! No lo estoy con ese santo más que con otro cualquiera; sin embargo, debo decirle á usted que, entre ellos, San Antonio me es especialmente antipático.

FRANCE.—¡Hombre! ¿Por qué?

V***.—Es que vuelvo de un viaje de Bretaña, donde he perdido mi maleta.

FRANCE.—No comprendo la relación.

V***.—Pues, mirad: cuando la reclamé en la estación donde la había depositado, me respondieron piadosamente que debía dirigirme á San Antonio para encontrarla; en la primera iglesia por donde pasé, vi un cepillo del santo y eché en él una perra gorda. Crea usted que no me devolvió mi maleta; y esa falta de delicadeza me indujo á pensar que es un *pignouf*.

FRANCE.—Temo, querido, que haya usted formado un jui-

cio temerario: San Antonio fué un hombre muy elocuente y muy liberal entre sus contemporáneos, y se encuentran hermosas y buenas frases en sus sermones. ¿No es él quien censuraba á sus conciudadanos por encarcelar á los deudores? «¿Cómo queréis que paguen—les decía,—si los ponéis bajo cerrojos?» San Antonio era un grueso franciscano, de rica complexión y dotado de voz tonitruante; aunque las iglesias de su época eran grandes, las juzgaba demasiado pequeñas para la multitud que deseaba catequizar; por eso predicaba en pleno campo. Apoyaba una escalera en un árbol, subía á él, se metía entre las ramas, y cuando se había reunido en la pradera un auditorio bastante numeroso, lanzaba á plenos pulmones verdades útiles. En esta postura se parece poco al buen joven con el niño Jesús en brazos, pero el grueso franciscano es el histórico y no el buen joven. Se le atribuyen milagros conmovedores, algunos de los cuales quizá no son sino figuras oratorias, transformadas en hechos reales por la tradición popular. Se cuenta, sobre todo, éste: Un riquísimo usurero de Padua acababa de morir; en torno de su cuerpo brillaban las antorchas, y multitud de plañideras lanzaban lamentaciones de encargo; San Antonio hiende la multitud, se acerca al cadáver, y viendo un barbero practicante, le dice: «Abre el pecho de ese hombre y busca en él su corazón.» El otro rebusca en el pecho del muerto; no hay corazón. «¡No lo encuentro!, exclama trastornado.» «Ya lo sabía», responde San Antonio impassible, y dirigiéndose á una criada añade: «Abre su baul, que el corazón está dentro.» Obedeció, y la predicción quedó comprobada. No era, sin duda, más que la amplificación de la frase de San Pablo: «Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón»; pero la metáfora no carecía de elocuencia. Otro milagro es el del perdón concedido al niño que había blasfemado contra su madre, y una de cuyas piernas se había en el mismo instante separado del tronco como castigo divino; San Antonio interviene; un poco de saliva, y la pierna queda pegada: «Cuidadísimo con volver á hacerlo, picarillo.» Su gran indulgencia es la

que hace que se le invoque para encontrar los objetos perdidos. Ya ve usted, querido V***, que ese buen San Antonio no era un *pignouf*.

Otro día, estaban muchos amigos reunidos en la biblioteca de France, cuando el excelente poeta Z*** entró en ella:

—Maestro—dijo,—vengo á hacerle mi visita de candidato á la Academia.

FRANCE.—¿Pero no sabe usted que no pongo nunca los pies en ella?

Z***.—Veamos; ¿no podría usted...?

FRANCE.—¡Oh, mi querido amigo! ¿Qué me va usted á pedir? Ni siquiera me reconocerían los ujieres. Mire usted, he aquí un medio que me parece ingenioso: mi amigo ruso S***, que á usted presento, iría en mi lugar al palacio Mazarino, y diría que es France... No, formalmente, sería de muy mal gusto ir allá sólo por votar.

Z***.—¡Qué le hemos de hacer! Agradezco, sin embargo, su voto platónico.

FRANCE.—¡Pobre amigo! ¿Los tiene usted, acaso, más efectivos?

Z***.—¡Dios mío! Tengo también en mi favor á Rostand.

FRANCE.—Que tampoco vota.

Z***.—Antes tenía dos excelentes patronos, Bornier y Sully-Prudhomme.

FRANCE.—¡Pero han muerto! Vaya, ya veo su caso, querido, tiene usted en su favor los muertos y los ausentes. ¡Bonito negocio! ¿Quiere usted que le consuele recordándole la visita de Alfredo de Vigny á Royer Collard? Vigny llama, le abren, es recibido en la antesala por un viejecito de nariz y barba rojas; era el filósofo Royer Collard, en bata y con peluca negra.

—¿Es usted candidato, caballero?, dice el visitante. Muy bien; pero yo no estoy visible porque acabo de tomar medicina.

—Dígnese usted decirme cuándo me podré presentar á usted.

—¡Oh, caballero! Ahórrese usted una nueva molestia; doy su visita por hecha.

—Demasiado amable; pero yo quisiera saber su opinión sobre mi candidatura.

—¿Mi opinión? No tiene usted ninguna probabilidad; yo necesitaría, por otra parte, conocer sus obras.

—¿Va usted al teatro, caballero?

—Nunca.

—¿Lee usted los periódicos?

—Jamás.

—¿De modo que las obras representadas dos años seguidos en la Comedia Francesa, y los libros impresos en seis ó siete ediciones, le son á usted desconocidos?

—Sí, señor; no he leído nada de lo que se ha escrito desde hace treinta años; ya se lo he dicho á otro (se refería á Víctor Hugo).

—En ese caso, caballero, ¿cómo puede usted votar en las elecciones académicas?

Entonces Royer Collard pareció ligeramente cortado; pero, reconociéndose en seguida, dijo con tono conmovedor:

—¿Cómo voto? A fe mía, que no lo sé; pero, en fin, voto, voto.

Z***.—Lo que me atormenta es que muy pocos académicos conocen mi equipaje de escritor.

FRANCE.—Pero, ¿en que piensa usted? Nunca, nunca los académicos han leído las obras de los candidatos que sostienen. Yo he asistido, minuto por minuto, á la elección de Lecomte de Lisle. Fué elegido gracias al duque de B***. El duque supo, no se adivina bien cómo, que Lecomte de Lisle era un poeta.

—Es un poeta—dijo á sus colegas—(France toma una vozcita agridulce y balbuciente para imitar al duque). Como todos los poetas, de seguro que profesa el espiritualismo, porque no hay poesía fuera de estas doctrinas, y como el espiritualismo es, por decirlo así, el cristianismo en filosofía, Lecomte de Lisle es cristiano; por eso os invito á que votéis por él. Y

Lecomte de Lisle fué elegido ¡como poeta cristiano! Y hay que advertir que el duque de B*** era cristiano hasta el crimen; habiéndole aconsejado un médico los amores extraconjugales para atender á su mujer, que gozaba de poca salud, vaciló un momento y respondió:

—Prefiero perder á mi mujer á perder mi alma. Si se tratara de literatura en la Academia, ¿se hubiera nombrado á Lessps, que decía en su discurso de recepción: «Para hablar ante vosotros, señores, hay que ser un orador elocuente. Ahora bien, yo no soy ni lo uno ni lo otro»?

En realidad, estos escrutinios son mercados, y con frecuencia, mercados cínicos. Recuerdo una elección en que había dos asientos vacantes; la *izquierda* presentaba un candidato de muy difícil aceptación; pero resultó que el candidato de la *derecha* era peor todavía. Era un gran señor, extremadamente distinguido, título bastante, sin duda ninguna, pero á condición de que no abriese la boca; sus protectores le recomendaron mucho esa precaución; siguió el consejo, se cerró el trato, y la *izquierda* pasó á la *derecha* su gran señor, y la *derecha* pasó á la *izquierda* su anarquista.

Otro día, con motivo de los asuntos de Marruecos, hablaba France de cierto Bermúdez de Castro, noble español perseguido en su país por haber traducido á Eugenio Sue, que se hizo amigo de Teófilo Gautier, Baudelaire, Flaubert y Lecomte de Lisle, quienes se divertían mucho con su presunción. En una comida en que tomaban parte todos ellos, Bermúdez encontró bajo su servilleta un billete de exquisito perfume; era Baudelaire quien lo había deslizado. El español, adivinando una buena fortuna, escamoteó el billete, y terminada la comida, se aisló en un rincón para leerlo, mientras los demás le observaban á hurtadillas, saboreando sus impresiones. El billete decía: «Noble español, usted es alto y yo soy flexible; usted es moreno y yo soy rubia, usted es joven y yo soy bella; usted tiene la fuerza y yo el encanto. ¡Le amo á usted! Encuéntrese usted esta noche á las doce junto á la fuente de la

plaza de San Sulpicio.» A media noche, los mistificadores se ocultaron, y pronto vieron llegar á Bermúdez más estirado que nunca, el puño en la cadera y los bigotes en batalla. Dió la vuelta flemático y soberbio en torno de la fuente... Dieron las doce, luego el cuarto, y Bermúdez seguía dando vueltas, cuando, de pronto, de un rincón de la plaza brotó una gran carcajada seguida de un sarcástico «¡Ohé! ¡El Don Juan!»

Entonces Bermúdez, en el colmo de la rabia gritó:

—Ya sé quién me la ha judado. ¡Es ese Baudelaire! ¡Lo mataré, lo mataré, aunque debiera yo mismo exponerme á la muerte! ¡Mi vida me importa poco; pero la de Baudelaire me importa menos todavía!

Este Bermúdez era, por otra parte, ingenioso, aunque agresivo; execraba la sotana, y viajando un día con un cura, éste le habló de San Agustín:

—¡Ah señor! ¡Qué escritor! ¡Qué filósofo! ¡Qué teólogo! ¡Qué oráculo! Y se puso á detallar las bellezas de las *Confesiones* y de *La Ciudad de Dios*.

Bermúdez le interrumpe: «Dispense usted, señor cura;— aunque yo no pretenda conocer tan bien como usted á San Agustín, me parece que olvida usted en sus elogios la obra que más los merece; me refiero á su admirable *Viaje á Smirna*; según mi humilde opinión, esa es su obra maestra. ¿Qué le parece á usted, señor cura?»

—Sin duda, dijo el otro con gravedad, admiro infinitamente su *Viaje á Smirna*; es una soberana maravilla.

—Pues sepa usted, señor cura, que San Agustín no fué nunca á Smirna, y que mal pudo escribir la relación de un viaje que no había hecho;—y le volvió la espalda.

En la cuarta conversación, de las reproducidas por Gsell, dice France, dirigiéndose á un profesor de filología de Sydney: Hablábamos de los errores de la estética contemporánea. Entre nuestros cuidados literarios, hay uno que nos parece poco justificado, el de la composición. Tenemos el fetichismo del plan, de la unidad de acción; y nuestros libros, en lugar de

ofrecer la libertad compleja de la vida, presentan el aspecto de teoremas; y, sin embargo, entre las obras maestras del pasado, las más bellas son quizá las que prescinden de tales preocupaciones: ved *Gargantúa y Pantagruel*; ved *Don Quijote*. La filosofía, las ideas profundas, se encuentran en ellos á cada paso, y el lector que no gusta de esto, se complace en las aventuras infinitamente diversas de esas novelas, y el que gusta de reflexionar, encuentra ocasión de hacerlo á cada palabra. La ausencia de plan es tal en *Don Quijote*, que cualquiera otro que Cervantes hubiera seguramente perdido la partida. Teóricamente, el interés de su relato debería disminuir á medida que se desenvuelve, y, sin embargo, la novela no hace más que atraernos cada vez más hasta el fin; es verdaderamente sorprendente. ¡Qué de lindas historias! ¡Qué de profundas máximas! ¡Qué vigor en el modelado de los caracteres! Cualidades que se aprecian más todavía cuando se conoce la rastrera falsificación compuesta por Avellaneda. Y precisamente mientras Cervantes hace brillar su genio entregándose á los mil caprichos de su verbo, Avellaneda adopta un plan, se propone un fin: escribe para probar los méritos del Rosario, y todas sus historias tienden á ello.

IMPRESIONES Y NOTAS

EL PELIGRO DE LOS BESOS.—El Dr. Rafael Vásquez refiere en la *Centro-América Intelectual*, que fué llamado en San Salvador para atender á una niña de diez y siete años que había de contraer muy pronto matrimonio. Una enfermedad que en ella apareció, sin que pudiera explicarse la causa, lo había retrasado; sin motivo alguno, aparente, se había presentado en el borde del labio superior, y un poco á la izquierda de la línea media, un tumorcito que, insignificante al principio, fué creciendo hasta llegar en muy pocos días al tamaño de una almen-

dra. Tratado primero por la familia de diferentes modos, sin resultado alguno positivo, se acudió al doctor cuando el tumor había adquirido su mayor desarrollo, presentando un color rojo oscuro, siendo de forma redondeada, indolente y superficial y sangrando al menor contacto. Tras minucioso interrogatorio, Vásquez se encontró indeciso respecto al diagnóstico, pues si bien se inclinaba á creer en una manifestación sifilítica, tenía en contra el resultado obtenido por la investigación de los antecedentes. Se decidió al fin á seguir el tratamiento específico de la sífilis por la vía hipodérmica, y el éxito fué completo, pues poco tiempo después, el tumorcito había desaparecido.

Preocupado por el caso, y hablando de él con un compañero de profesión, quedaron disipadas sus dudas respecto de la naturaleza de la enfermedad que había tratado. Su compañero le refirió que por aquellos mismos días había tenido él que tratar al individuo con quien había de casarse la referida enferma; padecía de sífilis en plena evolución, con los accidentes secundarios bien manifestados, y relacionando los hechos, fácil era deducir que el infectado había transmitido su enfermedad en un beso á la que iba á ser su esposa.

*
* *

LA BELLEZA.—Es muy difícil dar una definición acertada de la belleza. Recuerdo que yo mismo he publicado en la *Ilustración Artística*, de Barcelona, hace bastantes años, un artículo humorístico, en el que he recogido 40 ó 50 definiciones de lo bello, contentándome con llegar á la conclusión de que una mujer hermosa es el mejor tipo de lo bello. Y eso es precisamente lo que en uno de sus *Diálogos* pone Platón en boca de Hipias: «Sabrás, pues, puesto que hay que decirte la verdad, que lo bello es una mujer hermosa.» Sócrates acepta esta definición, añadiendo que una yegua, una lira y una marmita pueden ser bellas, lo cual es cierto; pero añadiendo, con Herá-

elito, que el más bello de los monos es feo si se le compara con la especie humana.

Admitida la definición de Hipias, nos quedamos con el problema sin solución, porque la belleza es una mujer bella; pero ¿qué mujer es bella? La que tiene belleza, y ya estamos en el círculo vicioso. Los antiguos cuentistas que empezaban sus cuentos diciendo: «Pues señor, ésta era una princesa, la más bella del mundo», eran unos excelentes estetas, como dice Peladan, pues cada uno se la figuraba á su gusto, y al artista le bastaba con aquel superlativo para producir la impresión que deseaba. El arte se manifiesta por medio de superlativos, y el superlativo del caballo se llama Pegaso, y la lira necesita el nombre de Apolo, de Orfeo, de Anfión ó de Homero, para no ser un instrumento músico de mediana sonoridad.

Sócrates, preocupado por la metafísica, define la belleza por la conveniencia del objeto con su fin, lo cual es verdad respecto de las cosas usuales, pero no tratándose de los objetos de contemplación: un sillón vale tanto más, cuanto mejor se avenga su estilo á la comodidad; en Karnack y en Nínive se ve á los reyes lanzar su carro contra el enemigo y agobiarle de flechas; la conveniencia del objeto al fin, exige en el monarca una fuerte musculatura, y así lo ha concebido el artista asirio; pero el egipcio, que consideraba al Faraón como un compañero de los dioses, le ha dotado de una esbeltez andrógina, casi femenina, para mostrar que el hombre adoptado por los dioses goza de su poder sin necesidad de poseer fuertes músculos. ¿Quién se atreve á preferir entre el hijo del Nilo y el del Eufrates? En ambos bajorrelieves, el rey es el más poderoso; en uno por el influjo divino, y en otro por el desarrollo del biceps.

Los artistas, en el enunciado de «la más bella mujer del mundo», ven un fondo de decoración, algo así como el dibujo de Granville que da literalmente un arco para las cejas, perlas para los dientes, melocotones para las mejillas, coral para los labios y un cuello de cisne con sus plumas. El siglo XVIII modi-

ficó este tema; se propuso pintar *la más linda*, y Greuze lo consiguió, como Fragonard y como Boucher; Gavarni ha dibujado después *la más graciosa*; pero de la Gioconda á la loreta hay gran distancia.

¿A qué corresponde una figura de mujer? Ahí está la dificultad.

* * *

LA ALTA ATMÓSFERA.—La porción de la atmósfera accesible al hombre es bastante limitada, pues la más alta montaña no llega á 9.000 metros, y la mayor altura alcanzada por los globos tripulados ha sido la de 10.800 metros, y aun éste es un hecho excepcional y sin alcance práctico, pues á esa altura apenas es posible la vida activa. Por eso se les ha ocurrido á algunos sabios, como dice Pervinquiere en *La Revue Hebdomadaire*, la idea de emplear globos sin tripulación que pueden llevar á las mayores alturas aparatos registradores. Al principio se emplearon cometas; pero éstas apenas pasan de 6.000 metros, y en su lugar se ha recurrido á los globos-sondas, mucho más costosos, pero de innegable utilidad y que no se suelen perder tanto como pudiera creerse, pues la proporción de los perdidos se reduce á uno por cada diez. Lanzados primero por Teisserenc de Bort en 1902, y después por otros directores de observatorio, se ha llegado, vista la importancia de los resultados, á una inteligencia internacional para lanzar simultáneamente globos-sondas en los puntos más diversos del globo, recogiendo y comparando las observaciones resultantes. Estos globos llegan fácilmente á 15 kilómetros de altura, siendo el máximum alcanzado el de 29.040 metros, obtenido por un globo belga.

Uno de los resultados más importantes de estas investigaciones, es el relativo á la temperatura. Hasta aquí se creía que la baja de la temperatura, á medida que se ascendía en la atmósfera, era regular y continua; desde la del suelo hasta el cero absoluto, ó sea 243° por bajo de cero, temperatura que se asig-

naba á los espacios interplanetarios. De esto último seguimos sin saber nada preciso; pero hemos averiguado que el decrecimiento de la temperatura no es regular ni continuo. En torno de nuestro globo existe una primera capa de aire de unos 3.000 metros, donde se concentra la mayor cantidad del vapor de agua, y se mueven la mayor parte de las nubes; por encima hay una segunda zona que se extiende hasta los 8 ó 12 kilómetros, en que la baja de la temperatura es cada vez más rápida, y luego se llega á una nueva zona en que el decrecimiento es muy débil y muy lento, y donde se producen hasta ligeras inversiones, elevándose en ella varios grados la temperatura, por lo cual se la ha llamado *zona de inversión* y también *capa isotérmica*.

La existencia de esta capa está asegurada por observaciones hechas en toda Europa, en los Estados Unidos, en las Azores, en las Islas de Cabo Verde y en el E. africano. Comienza á una altura que varía según las condiciones atmosféricas: 8 kilómetros en caso de presiones muy bajas, y de 12 á 13 en las altas presiones. En cuanto al espesor de esta zona, no se ha podido fijar todavía; se había creído que su límite superior estaba en los 18.000 metros, porque se había visto bajar de nuevo la temperatura á partir de esa elevación; pero observaciones posteriores han demostrado que se trataba de un hecho accidental. El globo belga que se elevó á 29.040 metros, ha registrado á esta altura una temperatura de 63,5 que persistía desde los 13.500 metros; el minimum se había producido al llegar á 1.300, y era de 67,8.

*
* *

EL CASTIGO DEL PARRICIDIO.—Con motivo de la ejecución del parricida Duchemin, recientemente guillotinado en París, donde hacía cincuenta años que no se tenía el espectáculo de una ejecución por parricidio, recuerdan los periódicos parisienses las variaciones que en este punto ha sufrido la legislación.

La ley de las Doce Tablas transcribía que el culpable fuera cosido en un saco de cuero y luego echado al agua. En tiempo de Cicerón se agravó más todavía la pena: el parricida, apaleado primeramente hasta que brotara la sangre, era en seguida encerrado en un saco de cuero con un perro, un gallo, una víbora y un mono vivos: el perro para simbolizar la rabia; el gallo para recordar que hiere frecuentemente á su madre; la víbora porque al nacer desgarró el vientre de la suya, y el mono por ser semejante al hombre. Posteriormente, las leyes romanas se modificaron, y entregaron al parricida al suplicio de ser devorado por las fieras ó de ser quemado vivo.

En Francia, antes de la Revolución, la hija parricida era quemada ó ahorcada, y el hijo enroscado vivo, después de haberle cortado la mano derecha, quemando después su cuerpo y aventando las cenizas. Durante la Revolución, no se hizo distinción ninguna entre el parricida y los demás condenados á muerte. Estimando los redactores del Código Napoleón que aquella penalidad era insuficiente, establecieron que se condujera al culpable al lugar de la ejecución, en camisa, con los pies desnudos y la cabeza cubierta con un velo negro; el condenado debía permanecer en el cadalso mientras le leían la sentencia; en seguida le cortaban la mano derecha y lo arrojaban bajo la cuchilla de la guillotina. Al hacerse la revisión del Código penal, se suprimió la amputación de la mano, subsistiendo el resto de la ley; por eso Duchemin ha sido conducido al patíbulo con la cabeza cubierta por un velo negro y con los pies desnudos.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La fotografia nelle funzioni di polizia e processuali, per Umberto Ellero.
—Milano, Società Editrice Libreria, 1908. Dos tomos (en un solo volumen) de 306 y 328 páginas, respectivamente, 20 liras.

Sin salir del antiguo sentido de la función penal del Estado—predominante todavía, y Dios sabe por cuánto tiempo, incluso en los espíritus que presumen de más novadores,—y hasta para servirlo, se va haciendo cada vez más necesario afinar y educar las facultades de policías y jueces instructores. Como con otros mil cargos sucede, éstos también adquieren de día en día un carácter más técnico (más científico, es uso frecuente decir). No sirve cualquiera para desempeñarlos; es preciso una educación especial preparatoria. Los acostumbrados concursos en que se llamaba á todo el mundo, sin cuidarse antes de proporcionar á nadie las condiciones de aptitud apetecibles, están dejando su sitio vacante al sistema de la preparación *ad hoc*, que cuida de formar diligentemente los órganos destinados á tales ó cuales fines.

No es otra la razón de las enseñanzas que en casi todos los países se van proporcionando á los funcionarios más directamente encargados de perseguir á los delincuentes y á otros individuos socialmente peligrosos, los cuales saben muy bien aprovechar las grandes facilidades que la vida moderna les

ofrece para ocultar sus fechorías y despistar á sus perseguidores. No obedece tampoco á diferente propósito el establecimiento de las recientes Escuelas denominadas de policía científica, donde se hace lo posible por dotar á los alumnos de las más indispensables armas intelectuales, que habrán menester utilizar el día de mañana, y donde, por lo mismo, se aprovechan cuanto es posible, al efecto, las invenciones y enseñanzas que las ciencias y las artes ponen á disposición de todo el mundo, y entre ellas, como muy principal, el uso adecuado de la fotografía (de personas, de habitaciones, de lugares, de objetos robados ó en que pueden haber quedado huellas—aun invisibles á primera vista—de un crimen cometido, etc.).

La fotografía judicial constituye hoy una disciplina aparte, bastante desarrollada, de la que pudiéramos quizá llamar ciencia ó enciclopedia (*Criminalística* la denominó Gross, uno de sus principales fundadores y cultivadores) destinada á cazar á los delincuentes, á poner en claro sus delitos y á deshacer todas las argucias que acerca de ellos y de su propia intervención en los mismos pueden inventar. Y en la Escuela de Policía científica de Roma—quizá la mejor y más completa que al presente existe,—fundada y dirigida por el profesor Ottolenghi, entre otras materias á las cuales se presta atención, encomendadas cada una de ellas á un ayudante, también profesor, que á la misma consagra sus esfuerzos, la de la fotografía judicial ocupa un lugar señalado, y su enseñanza y cultivo se hallan á cargo del Dr. Ellero.

El cual, en el reciente volumen cuyo título va más arriba, reúne cuanto de más interesante y preciso conviene tener presente respecto de la materia. Da nociones no poco extensas (en el primer tomo) de la teoría general de la fotografía, señalando las modificaciones que en ella hay que introducir cuando se la quiera aplicar á las funciones de policía y de instrucción de causas criminales. Resume la historia de la misma. Señala la contribución que al progreso de la fotografía judicial han prestado Bertillón, Reiss y otros, y las innovaciones que el

mismo Ellero ha hecho, perfeccionándola. Enseña con el detalle preciso, acompañando la doctrina de muchos grabados que la ilustran, el modo de utilizar dicha fotografía, y muestra la difusión que necesariamente va adquiriendo y los indudables servicios que presta y está llamada á prestar en lo futuro.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El Conde de Aranda</i> , por Francisco Espinosa y González-Pérez...:	5
<i>Los primitivos pintores españoles</i> , por Emilio Bertaux.....	19
<i>Naturaleza de la «Ciencia del lenguaje»</i> , por Julio Cejador.....	34
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	51
<i>Parnaso internacional: En el cementerio de Arrow</i> , de Lord Byron	63
<i>España fuera de España: España y Napoleón (1804-1809)</i> , por Pedro Rain.....	67
<i>Goya</i> , por Valeriano de Loga.....	80
<i>La crónica periodística</i> , por Francisco F. Villegas.....	107
<i>Un veredicto injusto</i> (Troens-Magt).—Novela por Johan Bojer....	115
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	141
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	148
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	205